This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL7 151.23

HARVARD COLLEGE
LIBRARY

¡¡LOS HOMBRES DE BIEN!!

(1867)

PRIMERA PARTE

DEL «BECERRO DE ORO»

El autor se reserva el derecho de traduccion y reimpresion; perseguirá en virtud de las leyes, decretos y tratados internacionales todas las copias ó traducciones hechas sin su consentimiento y contra sus derechos.

El depósito legal se ha hecho en Paris, y se han cumplido las formalidades prescritas por los tratados en los diferentes Estados, con los cuales Francia tiene convenciones literarias.

S. PRUVONENA.

Está en prensa « EL OLIMPO, » que es la segunda parte « DEL BECERRO DE ORO, » é independiente de ¡¡ LOS HOMBRES DE BIEN !! « EL OLIMPO » comprende los años de 1868 á 1872 de los sucesos contemporáneos, Vienen despues « LOS SEIS CORONELES, » tercera parte « DEL BECERRO DE ORO » que abraza de julio de 1872 á 1874.

Tipografía Lahure calle de Fleurus, 9, Paris.

SEGUNDO PRUVONENA

ROMANCE CONTEMPORÁNEO SOBRE EL PERÚ

(1867)

¡¡ LOS HOMBRES DE BIEN !!

PRIMERA PARTE

DEL «BECERRO DE ORO»

PARIS
LIBRERÍA ESPAÑOLA DE E. DENNÉ SCHMITZ
COMISIONISTA PARA ESPAÑA Y LAS AMÉRICAS
2, CALLE DE FAVART, 2
1874

SAL 7151.2.3

Harvard College Library
Gift of
Archibald Cary Coolidge
and
Clarence Leonard Hay
April 7, 1909.

¡¡LOS HOMBRES DE BIEN!!

El título de este romance, comparado con los caracteres de los personajes que contiene, demuestra bien que no ha entrado, en el ánimo de su autor, solicitar el favor de sus contemporáneos, la mayor parte, actores y responsables de los sucesos de 1867 á 1872. Cuando en una sociedad, á consecuencia de contínuos excesos, se llega al trastorno de la moral, hasta el punto de que sean tenidos por hombres dignos aquellos que con sus hechos, para adquirir riquezas, han escrito la sentencia de su deshonor, y por indignos los que, en una vida independiente y laboriosa, se han abstenido de los actos degradatorios de los otros; no es extraño que aparezca un libro como ¡¡Los Hombres de bien!! destinado á despertar en el presente á los buenos, y á condenar para la posteridad á los malos. Un libro de esta importancia

es esencialmente moral y patriótico; lo primero, porque, toda sociedad en decaimiento y descenso moral, necesita, para corregirse, ver los males y sus consecuencias en toda su terrible desnudez, pues de otro modo no se opera la reforma de las costumbres políticas y sociales; lo segundo, porque es altamente patriótico que en el torbellino de pasiones que se unen y estrechan con el vínculo del interés personal, móvil y engendro de las calamidades públicas, haya una voz que se alce para confundirlas y dominarlas, en bien de las generaciones que nacen.

En un libro de esta clase hay que preguntar: ¿Es cierto todo lo que aquí se dice?—Desgraciadamente, todo es la verdad, y para que no lo fuera serian preciso dos cosas; la una, hacer desaparecer los archivos oficiales, las leyes y decretos, resoluciones y órdenes del Gobierno, juntamente con la conciencia del pais y la tradicion que le es inseparable, la otra, que todas las fortunas de mala índole improvisadas con el huano, los empréstitos, los ferro-carriles y los contratos, manifiestamente onerosos y lesivos, fuesen restituidas al Tesoro público de donde han sido usurpadas.

Tres fuentes impuras tienen las fortunas improvisadas entre nosotros, que datan de 1860 á

1872 — el huano con sus prórogas y empréstitos interiores — los empréstitos y agencias financieras en Europa — y los ferro-carriles : aquellas han sido siempre, todos lo saben, el resultado del soborno y la corrupcion de los consignatarios para los ministros y camarillas, hasta el punto que meretrices públicas han dispuesto, alguna vez, de la riqueza pública; para saber de los otros, basta recorrer sus respectivas cuentas en las oficinas de contabilidad, correspondientes á los años de 1860, 1865, 1869 y 1870, las acusaciones y correspondencias de la Comision fiscal, y los cargos hechos en los Congresos á los agentes y contratistas de esas operaciones, escandalosamente exactorias del erario nacional; y los últimos, nadie lo ignora, han corrompido desde los mas altos á los mas bajos funcionarios, derramando su ardiente virus en las diversas clases de la sociedad. Tenemos la caridad de no citar personas; pero lo que da la medida de la prostitucion es que, en nuestros tribunales, se siguen juicios por cantidades procedentes de comisiones y cargos vendidos á vil precio, ni mas ni menos que, como los pretorianos vendian en Roma los empleos públicos, desde el imperio á la decuria. En un pais, en semejante estado moral, el autor de un libro como ¡¡Los Hombres de bien!! no trabaja sino para la posteridad,

ella le hará justicia; la posteridad, que debe ser formada por la segunda y tercera generacion, cuyo patrimonio disiparon y defraudaron los de la presente, pues otra cosa no quiere decir, venir viviendo hace doce años sobre un déficit que corresponde por bienios, á la renta de seis años posteriores, déficit causado por la usurpacion de la fortuna pública.

¿Cómo se ha hecho esta usurpacion? En este libro hay un ejemplo. El ferro-carril de Chimbote á Huaraz y Recuay, fué presupuestado por el ingeniero en jefe en 38.000,000 de soles, y adjudicado en 3 de junio de 1871 por 33.250,000, y suspensa esta contrata, readjudicada á los mismos contratistas en 31 de octubre siguiente, por 24.000,000. Estos contratistas transfirieron la negociacion, comprometiéndose el transferatario á un desembolso de tres ó cuatro millones, repartido públicamente entre los concesionarios, las sociedades anónimas oponentes, y otros; de suerte que la obra debe hacerse por su ejecutor en la suma de 20.000,000 de soles, y suponiendo únicamente el 20 % de utilidad, resulta que se ejecuta por 16.000,000, una obra presupuestada en 38 y contratada en 24!! De este modo se han hecho las usurpaciones.

Lo propio puede decirse de los empréstitos de

1865 á 1871; en general la usurpacion ha sido su ley, y el actual Gobierno, como el precedente, han decretado juicios y cárceles para sus ejecutores.

En cuanto al huano y sus prórogas, la usurpacion de algunos millones fué solo miniatura para enriquecer dos docenas, de 1860 á 1868; pero la usurpacion de 1869 y 1870, todos las saben, corrompió en número considerable de personas, los tres poderes del Estado, con la circunstancia de que, sabiéndolo el pais y conociendo á los agentes corruptores, les conserva en predicamento social y les mantiene en la estimacion pública.

Semejante sodomía de pasiones confundidas, irritadas y ennegrecidas por el estímulo concupiscente del dinero, necesitaba, hay que confesarlo, el fuego purificador de este libro, de El Olimpo que le sigue, y de Los seis Coroneles que está en boceto, para complemento del Becerro de oro.

¿No hay acaso hombres de bien en nuestra pátria? Decir que no, seria una blasfemia inícua; sí, los hay en todas las esferas sociales, dignos y probos, almas purísimas, corazones incorruptibles. Muchos hay como estos. — En la Magistratura judicial, Vidaurre en la suprema, La Rosa en la superior; en la Administracion pública, Reyna en la Contabilidad, Figuerola en las Adua-

nas, Villena en las Tesorerías; en los Congresos, Vijil; en el foro, Ovalle; en el comercio, Roca y Garson, Denegri; entre los propietarios, Salinas, Unanue, Fernandez Prada; en el clero, Moreira, Roca; en el ejército, La Puerta, Beltran; en la marina, Ferreyros, Carrillo. Hay, pues, hombres honrados en el Perú, pero entidades desgraciadamente inactivas, que horrorizadas con el malestar social y político, se han encerrado en el hogar, sin comprender que ese malestar será un dia la herencia de sus hijos. A estos invoca este libro, en el dia de la posteridad, para que no ignoren que sus padres tuvieron, en su época, el llamamiento del patriotismo.

El libro de ¡¡Los Hombres de bien!! es propiamente una reseña histórico-política, saturada con un ligero enredo, para imprimirle una portada romanesca y literaria. No es otra cosa la intervencion de Magdalena, la *Carosa*, de doña Petronila la usurera, y de Teresa y Esperanza, víctimas de la guerra civil; entre ellas figura Elena, que representa la Caridad, para formar una lazada entre el arrepentimiento de la una y la magnanimidad de las otras. Las predicciones de M. Paul, astrólogo y espiritista, son puramente un esmalte novelesco; nadie lo tome á lo serio.

La concurrencia de Alejandro á los Congresos

de 1870 y de 1872 viene á representar la crítica austera del pais en esos cuatro años; porque él se hará oir entre los dos bandos que se disputan por los mismos medios y para los mismos fines, la posesiòn de la riqueza nacional.

Tal es en extracto el tomo de ¡¡Los Hombres de bien!!

Segundo Pruvonena.

Paris, 16 de marzo de 1874.

¡¡LOS HOMBRES DE BIEN!!

TRASMISIÓN DEL PODER

PRÓLOGO

Desde muy temprano se anunciaba con una tarde sombría, en la ciudad de Arequipa, una de aquellas noches lóbregas en que cubierto de nubes el horizonte é interceptados los últimos rayos solares, apenas se deja sentir la fuerza de la luz tímidamente crepuscular.

Era el mes de agosto de 1867, estacion de lluvias y tempestades en que la electricidad atmosférica influye decisivamente en la naturaleza como en el hombre, imprime la melancolía y la tristeza en cuanto tiene vida y organismo, y solo deja salida y espacio para las meditaciones del filósofo ó á los proyectos y combinaciones de los criminales.

Llenos estaban los cafés y los billares de aquella

numerosa juventud endémicamente autopática que, no encontrando industria ni trabajo, yace en flor sepultada en la vida sedentaria y de disipacion y entrega su espíritu y actividad á las agitaciones de la política, camino mas corto, en las tradiciones de la ciudad, para que sus hijos obtengan una posicion, un empleo, ó un grado en el ejército.

La agricultura, las artes, el comercio, el clero y las letras son ahí el monopolio de algunos, que tienen de sus antepasados sus haciendas ó sus chacras ó unos topitos de tierra, de unos pocos maestros de taller, de unos cuantos extranjeros negociantes por mayor, de algunos relacionados con el obispo y los canónigos y de tres ó cuatro notables abogados que apenas obtienen con trabajo paciente los honestos recursos de una sóbria y moderada subsistencia.

No es extraño, por consiguiente, que en un pais, donde abunda la juventud y disminuye el trabajo, la vagancia sea general, se enerve la vida del hombre, y que en medio de la desesperacion se haya pensado y se piense siempre en la guerra civil, como recurso fatal para poner en movimiento y actividad tantas fuerzas humanas en reposo.

Es así, como se explica y comprende la razon de ser, que ha llevado al ejército y los diversos empleos del Estado, tan considerable número de hijos del Misti esparcidos desde el Loa hasta el alto Marañon; la razon de ser, de que muchísimos sastres, plateros, carpinteros, albañiles y aun abogados, vaguen militarizados en la república, hasta el caso que uno de estos desempeñara en una época el cargo de jefe de Estado Mayor de un ejército en campaña, y en fin, la razon de ser, de que todas nuestras con-

mociones políticas, desde treinta años, hayan tenido su cuna en las orillas del Chili, en donde, como no hay regla sin excepcion, existen sin embargo familias honestas y honorabilísimas por sus virtudes públicas y privadas, de donde han salido en nuestros tiempos magistrados como Gandarillas y Bustamante, pero adonde, por un concurso de circunstancias, van todos los que gobiernan la antigua tierra de los Incas á halagar las pasiones de la feroz multitud para conservarse en el poder supremo, como en un mercado en que es preciso pasar por todo para hacer el comercio de la vergüenza y el honor.

A este género de cuna por su orígen y á esta clase de hombres de Estado por adopcion perteneció el hoy general Campo, que tuvo á bien contraer matrimonio con una guapa señorita arequipeña, siendo prefecto de ese departamento en 1865, y que no obstante, creyó mas patriótico, cuando de él se trataba, ponerse del lado de la pátria, rebelándose contra el gobierno á quien servia, que mantenerse fiel á la confianza del general Cepet y hacerse de las orejas grandes en la cuestion con España; el cual señor, entonces coronel, no pensó del mismo modo, cuando uno de los que le habian elevado al poder creyó igualmente patriótico ponerse del lado del pais, para contener y refrenar sus excesos dictatoriales. Pero en aquella época, como decíamos, se trataba de su persona, y sin otro raciocinio, hizo llamar á los jefes de la fuerza, coroneles Anul y Solla, á la prefectura departamental, les puso al pecho una pistola y los cogió prisioneros, se proclamó luego jefe superior político y militar, y organizó una cruzada revolucionaria, con la cual llegó á Lima en noviembre de 1865, á órdenes del vice-presidente Perrosé, en el que hizo

una segunda edicion de Cepet, elevándose en seguida á la magistratura de dictador supremo, por el voto de unos cuantos badulaques que capitanearon la plebe en la plaza de armas de Lima, merced á lo cual, despues de meter en el cuerno de la abundancia de nuestras armas la Constitucion y el vice-presidente que la representaba, declaró la guerra al gobierno de España, obtuvo la victoria del 2 de mayo, y como emperador romano en el Capitolio, despues de enviar á sus rivales al destierro, se hizo nombrar presidente constitucional sin constitucion, por el precoz talento y feliz concepcion política del entonces y ahora todavía pobre y honrado ministro Perkin, autor del célebre decreto que convertia los recibos de contribucion en boletas de ciudadanía.

Pero el hombre pone y Dios dispone, por cuyo motivo, en el mismo lugar y ciudad de su primitiva exaltacion al supremo mando y de su generacion presidencial, allí quiso la mala suerte del dictador echar las semillas de su destruccion, y para enseñar á los soberbios que nada hay estable en el mundo, y que las torres mas altas se ven por los suelos, allí se organizó una revolucion en el mes de agosto de 1867, tan luego que se supo habia sido proclamado en el Congreso y sirviendo de centro y caudillo el ex-presidente Perrosé, allí tambien se decretó el último dia del dictador y de la presidencia, en nombre del régimen legal.

Por entonces habian afluido á Arequipa los jefes y oficiales dispersos de la expedicion constitucional, á que puso fin la muerte del mariscal Castilla en la campaña de Tarapacá, todos los indefinidos y en cuarentenas de la época dictatorial que no eran otros que los vencidos de 1865 y los compañeros de Cam-

po en aquella época y en 1866, que descontentos en 67, se propusieron, por amor á su querida pátria, derribar al feliz caudillo para hacer mas tarde el sacrificio de ocupar su puesto y la deseada silla del primer magistrado de la República.

Aquella revolucion, como hemos dicho, tenia al general Perrosé por caudillo, que equivale á decir, el hombre del nombre, porque el organismo se hallaba en distintas representaciones personales: era la cabeza el doctor D. Juan M. Lopar, antiguo revolucionario arequipeño, con hoja de servicios activos desde 1843 y por añadidura magistrado, ó sea hombre de consejo, para quien desde aquella campaña constitucional, como esta, el Perú no habia dado un paso y esperaba solamente para salir de la inercia el soplo de vida del valeroso octogenario. Los miembros de la revolucion estaban en todas partes esparcidos y dispuestos á ponerse en movimiento. Eran los Restiegus, los Sollas y los Anuls, que buscaban con ahinco la revancha, el coronel Herenze que desde su prision flotante conmovia el departamenta del Cuzco, y el coronel Tabal que, regresando del destierro, debia secundar la rebelion en el Norte; por cuyos medios, dividido el ejército del dictador, tenia que ser impotente para sostenerlo, sin que le quedara otro recurso que el muy triste dilenma político de abdicar ó pedir misericordia.

El dia en que comienza este episodio, el prefecto de Arequipa estaba alarmadísimo, no sabia qué hacer con su persona, y los espías puestos á los conjurados le tenian confuso y atolondrado; las noticias le llovian por minutos: aquí recibia al coronel *Chichafuerte* para saber que el pueblo se estaba reuniendo en Santa-Marta, por ahí venia el capitan *Sacatripas*

con el soplo de que en la casa de Perrosé estaba el doctor Lopar y los Restiegus; entraban en seguida el *Bebe Rocoto* y *Tachito* asegurando haber visto al niño Domingo Mioga conversando con la *Carosa* cerca del cuartel de gendarmes. Para semejante incendio el prefecto era por consiguiente una bomba de poca presion, la hidra revolucionaria aparecia en todas partes, y se hacia por lo menos indispensable dar órdenes de seguridad pública.

El batallon « Junin », compuesto de 600 plazas con ocho compañías armadas con rifles winchester, guarnecia la ciudad, de cuya fuerza era primer jefe el coronel Genís. El prefecto le hizo llamar y le dijo :

— ¿ Sabe V., coronel, que la revolucion va á estallar ?

— Se habla mucho de revolucion, señor prefecto, pero no la creo posible, porque el pueblo está desarmado y no hay caudillo, pues muy sabido es que Perrosé no es hombre que se ponga al frente, á mas de que mi batallon y la gendarmería son incorruptibles; habrá una asonada si se quiere, pero tan luego que esto suceda, unas cuantas patrullas tranquilizarán la ciudad.

— Mire V., coronel, que la *Carosa*, mujer del capitan Alvaredo, ha estado esta mañana en conversacion con Mioga; repuso el prefecto con cierta desconfianza.

— Alvaredo, señor prefecto, es uno de mis mas leales capitanes; contestó con entera conviccion el coronel.

— Su confianza de V. es muy grande; yo sé de buen orígen que esta noche le asaltan el cuartel.

— Todo puede suceder, pero sin éxito.

— ¿Y si le sublevan el batallon?

— Imposible, señor; mi batallon, desde mi segundo hasta el último soldado son muy fieles, y V. S. convendrá en que no se asalta fácilmente una fuerza de línea disciplinada moral y armada como la mia.

El prefecto no insistió mas, le recomendó sin embargo la vigilancia así como que estuviera listo para el primer momento igual encargo hizo al jefe de los gendarmes, dándoles, por *santo* y *seña* del dia, las palabras *Coronel Alerta*.

El coronel Genis volvió á repetir al prefecto la confianza que tenia en su batallon, advirtiéndole que solo se iba á separar del cuartel despues de la lista de cinco de la tarde hasta las siete de la noche, dos horas en que dormiria en su casa para poder soportar como en los dias anteriores las contínuas veladas que pasaba con su fuerza sobre las armas.

El jefe de « Junin » se retiró de la prefectura, fué en seguida á su batallon y dejó acordados con el mayor todos los puestos de guardia; ordenó mantener de reten una compañía sobre las armas relevable de hora en hora, que á las cuatro se tocara llamada de oficiales para que á lista de cinco estuviese reunida toda la plana mayor, y que desde ese momento, con excepcion del ayudante, ninguno saliera del cuartel.

Hechos estos arreglos se dirigió á sus habitaciones que se hallaban en una casa de la vecindad, y en seguida, sin quitarse mas que la levita, se acostó á dormir, teniendo á la mano su espada y sus pistolas para tomarlas en cualquier instante.

Mientras que en la prefectura y en el cuartel del batallon « Junin » se tomaban las que se creian mas

seguras precauciones, los revolucionarios por su parte se decidian definitivamente á la ofensiva.

El maestro Vargas, alias *Sinfondillo*, tenia al fin de la calle de Santa Rosa una casita humilde y sin ninguna apariencia, elegida por los conspiradores para su última reunion. Allí estaban á las tres de la tarde de ese mismo dia reunidos el general Perrosé, los Restiegus, Solla, Anul y Mioga, esperando, para tomar su última resolucion, la llegada de la mujer de Alvaredo y la del teniente indefinido Rocales.

Cerca de las cuatro de la tarde llegó al fin una preciosa y original muchacha, de cabellos dorado rojos y ojos verdes, conocida con el sobrenombre de la *Carosa*, pero á quien sus amigos llamaban simplemente Magdalena, porque tampoco sabian mas. Era esta una guapa mujer de 17 á 18 años, nacida en Lima, de alegre y picante fisonomía, de nariz romana, pestañas crespas, mejillas con hoyuelos, barba partida, sonrisa graciosa y constante, de regular estatura, flexible y voluptuoso movimiento; agregaba á este caprichoso conjunto de la naturaleza un temperamento moral, viril, valeroso y superior á todo; su centro de vida y actividad estaba en las inquietudes, intrigas y agitaciones de la revolucion en que, como hija de soldado, habia abierto los ojos en su pais y recibido sus primeras impresiones hasta que, de 12 á 13 años, y ya *rabona* de un sargento, se habia venido á Arequipa á refinar sus cualidades, aspirando y reproduciendo en fecundo ingenio todos sus instintos; la *Carosa* se habia hecho célebre en la época y revolucion de Campo, en febrero de 1865.

Cuando entró en la casa del maestro *Sinfondillo*, los conspiradores, inclusive el vice-presidente Perrosé, le formaron una rueda; porque llevaba en sí

misma el porvenir de todos y el éxito de la revolucion á título de querida del capitan Alvaredo, que mandaba la cuarta compañía del batallon de «Junin,» para el cual la única persona influyente era la *Carosa*, á quien amaba hasta el delirio, en cuyos cabellos tenia enredada toda el alma, como en sus hoyuelos reconcentrado todo su cariño.

— Ven, mi *Carosita*, le dijo abrazándola el general Perrosé, de tí depende todo, hija mia.

— Mi general, contestó ella con maliciosa sonrisa, si de mí depende lo que V. quiere, cuente usted con todo, con todo mi general.

— ¿Te dijo Mioga que te voy á regalar diez mil soles?

— Sí señor, pero yo le respondí, que no seria por dinero que comprometiera á Federico; pues V. sabe que yo, como todos, estoy tambien resentida por las ingratitudes de Campo.

— Pero veamos, ¿qué has hecho, qué te ha dicho Alvaredo?

— Al principio se negó, mi general, me puse entonces muy séria, él vino, me dió muchos abrazos, hasta que al fin de todo se decidió, pero con una condicion.

— La que quiera, dínosla y está concedida.

— Federico no cree digno de él y su amistad con el coronel encabezar el movimiento, pero si otro lo hace, él lo seguirá con su compañía, y la ocasion es magnífica, mi general, porque la cuarta compañía entra de reten á las seis de la tarde, hora en que Genis debe estar en su dormitorio.

— Magnífico, Magdalena, le dijo el coronel Restiegu, escríbele ahora mismo que está aceptado lo que exige, que nosotros haremos el movimiento sobre la

guardia de prevencion, siendo la señal un tiro de revolver, en cuyo instante Alvaredo saldrá con su compañía y dominará el cuartel.

— Que se proclame jefe del batallon, agregó Perrosé.

Uno de los conspiradores ofreció á la *Carosa* papel y pluma para llevar en seguida su carta: ella la escribió, terminando con estas palabras: « Ya ves, Federico, que tu suerte depende de tu valor y resolucion de un momento, y yo espero no seas irresoluto ni cobarde, si quieres contar siempre con los besos de tu — MAGDALENA. »

Despues que esta carta fué conducida al cuartel de Junin, el coronel Restiegu volvió á decirle:

— Pero surge, Magdalena, una dificultad en que no hemos pensado.

— ¿Cuál, mi coronel?

— Que para que hagamos el movimiento en la guardia de *prevencion* es necesario saber la *seña* y el *santo* del dia, porque como ha entrado la quinta, mandada por el primo de Genis, no habrá medio de penetrar en el cuartel despues de las seis, en que será ya de noche.

— Luego V., mi coronel, me considera una chiquilla? ¿Cree V. que yo ignoro que para asaltar un cuartel es preciso saber el *santo* y *seña* del dia? ¡Vaya! entonces nada se haria; fué lo primero que exigí de Federico, me los dijo con mucho sigilo: el santo es *coronel* y la seña *alerta*.

— ¡Magnífico! ¡Esta *Carosa* es muy hábil! dijo el general Perrosé á sus compañeros; con razon Campo te quize tanto, y quién sabe .. *Carosita*. .

— Es por eso mismo, mi general, que me tiene muy ofendida, contestó ella con altiva arrogancia.

—Falta aun saber, agregó el general, si Genis no se quedará en el cuartel desde la lista de las cinco, como lo hace á veces, acostándose en la mayoría ó en la habitacion de su primo.

— ¿Quién? ¿el coronel? no, mi general, lo que es hoy le acabo de ver entrar en sus piezas donde los Garcías; de seguro que no irá á la lista, pero sí, estará muy temprano en el batallon; respondió la *Carosa*.

— Pero, ¡cómo tarda Rocales! decia con inquietud el coronel Restiegu.

— Cuando Rocales se demora habrá algun inconveniente, contestó el coronel Solla, porque ese muchacho es muy hombre.

— Lo que no haga Rocales nadie lo hace, agregó Restiegu, yo le conozco mucho, es resuelto y valiente como pocos.

— Lo que mas me agrada en él, dijo el general Perrosé, es su reserva y su actividad; si se porta como espero, le hago coronel.

En este momento llegó á la casa el teniente Rocales, venia con un sombrero de fieltro y capeta de paño azul con vueltas azul celeste, bajo la cual, al desembozarse, dejó ver su espada y dos revolvers en la cintura.

— Acabo de ver á Genis entrar en sus piezas; me asomé por la ventana, y se ha acostado sobre su sofá; dijo Rocales.

El teniente Rocales era un jóven de 22 á 24 años, pálido, cabellos y ojos negros, velados y dormidos, parietales comprimidas y pómulos salientes, nariz recta, lábios delgados, boca pequeña, con mostacho tambien pequeño; su altura solo podia ser de 160 centímetros, con una organizacion esbelta y com-

plexion esencialmente nerviosa y sanguínea. La naturaleza habia impreso en él una figura poco espiritual, pero en la que se dejaban sentir todos los signos de la audacia, el coraje y la ambicion. Su palabra no era extensa para nada, su raciocinio muy lacónico, pero en cuya terrible concision envolvia y resolvia cualquier proyecto, por noble ó criminal que fuera; ante su palabra no habia ya qué decir, hombre de ejecucion y espíritu práctico, buscaba en los hechos la solucion principal de todos los cálculos. No era Rocales mas que un simple teniente, á cuya clase habia ascendido desde soldado con ocho años de servicios, y ya sus antecedentes y valor acreditado le habian atraido un cierto prestigio y ascendiente, así en Arequipa como entre sus compañeros y jefes del ejército, no siendo menos evidente que contaba en su foja de servicios de bravo oficial estos tres casos, — testigo del duelo de Tovar y Garate — haberse batido á pistola con Giroux, hombre muy temible por su destreza y valor — y haber muerto en un duelo á espada á otro valiente oficial.

— Todo está listo, mi teniente, le dijo el general Perrosé luego que entró, vamos á ver si se porta usted como siempre.

— Entonces, mi general, á la obra, ahora mismo; ¿quiénes vienen conmigo? yo estoy listo, ya lo ve usted, vengo con mi espada y mis revolvers.

Todos se miraron á las caras, reinó silencio entre todos, y como ninguno respondiera, Rocales agregó con desden y fria resolucion:

— Yo iria solo, mi general, pero como puedo morir, necesito otro que me reemplace en el peligro.

— No irá V. solo, Rocales, contestó Restiegu; Aureliano y yo iremos con V.; con el santo y seña,

que son *coronel* y *alerta*, se apodera V. del centinela, penetra V. en la guardia y nosotros le seguimos.

— No basta aun, mi coronel, necesitamos uno mas; porque, como Genis está tan cerca, podria despertar á los primeros tiros y venir al cuartel, todo estaria entonces perdido, Alvaredo mismo retrocederia; necesitamos, repito, otro hombre resuelto que lo agarre y lo asegure en el camino.

—Ese otro soy yo, dijo entonces el capitan Delgado, *indefinido*, yo que le tengo muchas ganas, por haberme botado del cuerpo.

— Si tú, macamama, tienes valor para pegarle un tiro, le dijo Rocales, aquí te doy mi revolver bien cargado, yo no necesito mas que uno.

— Ya verás lo que es Delgado; contestó este recibiendo el revolver.

— Si es así, adelante; vamos, mi coronel, á tomar el cuartel, repuso Rocales á los Restiegus, y dirigiéndose á la *Carosa* le dijo : — Bueno será, Magdalena, que para el caso de que Alvaredo vacile á última hora, estés cerca del cuartel al momento de tomarlo, tú eres valerosa, yo lo sé, tu presencia nos será muy útil.

— No seré yo la que falte, mi teniente Rocales, usted me conoce bien; se limitó á contestar Magdalena.

Los Restiegus, Rocales y Delgado salieron á dar el golpe.

En cuanto al caudillo de la revolucion, él se retiró en el acto, despues de ordenar á los coroneles Anul y Solla fueran á colocarse cerca del cuartel de gendarmes para secundar el movimiento, unidos al segundo jefe de la fuerza, comprometido á seguir al ba-

tallon «Junin;» dispuso igualmente que el maestro *Sinfondillo* se reuniera con el pueblo en los barrios de Santa Rosa, San Camilo y la Alameda, y estuviesen listos para las seis de la tarde. En seguida salió muy disfrazado y se dirigió á su casa con las espaldas bien guardadas por Goide Sacima y otros revolucionarios: en ella encontró al doctor Lopar y otros.

— ¿Qué hay, pues, Pedroy? le dijo este.

— Todo está arreglado, el movimiento es á las seis de esta tarde.

— Pues entonces, si salimos con felicidad, hazme llamar, yo me voy ocultamente á la casa de Varenguel, no lo digas á nadie.

— Y yo haré lo mismo que V., mi doctor, yo me voy donde los Ramoñas; no lo diga V. tampoco á nadie.

¡Así son nuestros caudillos! ¡Su carrera comienza y termina siempre del mismo modo! ¡la miseria de espíritu, siempre la miseria!

Cerca de las seis de la tarde iban cuatro hombres embozados y bien armados con espadas y revolvers al cuartel del batallon «Junin;» cuatro hombres con la conciencia de la árdua empresa que acometian y que, sin embargo, ninguno se preocupaba de la vida, absorbidos por el sentimiento de la ambicion y la venganza; cuatro hombres que llevaban en sus propósitos el porvenir del pais, que iban á cambiar de un golpe la faz de los sucesos y las cosas, á romper la nueva legalidad establecida en la Constitucion de 1867 y á hacer revivir el anterior órden de cosas, levantando tras ellos una situacion política enteramente desconocida.

Cuando estuvieron á una cuadra del cuartel, se detuvieron un momento, para acordar la ejecucion del asalto.

— Váyase V., Delgado, á la esquina de los Garcías, desde allí atiende V. al cuartel y á la salida de Genis, si sale en efecto, durante el asalto y los tiros. V. lo asegura sin remedio, pero si no, se viene V. donde nosotros en cuanto nos vea entrar; le dijo Aureliano Restiegu.

Delgado se dirigió á su puesto.

— Es V., Rocales, dijo entonces T. Restiegu, el que dá el golpe al centinela, ya V. sabe el « santo » y la « seña » para el caso de que, por ser ya tarde, encuentre las puertas cerradas.

— Sí, mi coronel, pero hay que considerar que, si por casualidad el capitan está en la prevencion, puedo morir en medio de la guardia, pues el primo del coronel no es cobarde, y todo se habrá perdido.

— No tema V. por eso; al tiro de V. al centinela, que es la señal dada á Alvaredo, este saldrá con su compañía del reten y eso bastará para contener toda resistencia en la prevencion, á mas de que yo y Aureliano vamos trás de V. y entramos en seguida.

— Entonces á la obra, repuso Rocales, guarden VV. una corta distancia, el valor y la resolucion es el todo.

— Por cierto, no tenga V. recelo, avance no mas que el tiempo es ya muy corto.

Rocales se desembozó en el acto, se echó la capeta al brazo izquierdo, bajó las faldas á su sombrero de fieltro, examinó bien los fulminantes de su revolver y en seguida avanzó con paso firme y resuelto á la prevencion del cuartel. Tuvo la fortuna de encontrar aun las puertas abiertas, pero le detuvo un inconveniente: la guardia se relevaba y era preciso esperar: este inconveniente instantáneo tenia, sin embargo, la ventaja de que disminuyéndose la guardia mientras

se relevaban todos los puestos, la ejecucion era menos peligrosa.

Entretanto los Restiegus acordaron que uno de ellos se iria al cuartel de gendarmes, luego que fuera tomado el batallon « Junin. »

Verificado el relevo de la prevencion alcanzó á oir Rocales la voz del sargento de guardia que decia al cabo cerrara las puertas, dejando abierto el postigo, con el centinela de parte de adentro. Comprendió con la rapidez del rayo que su golpe seria mas difícil cerradas las puertas, y echándose en brazos del destino, se lanzó sobre el centinela.

— ¡Alto! ¡quién vive! le gritó este.

— ¡La pátria! contestó Rocales con un grito salvaje, pegándole un tiro y matándolo de redondo, antes que el soldado montara su rifle.

Al tiro salió el subteniente del cuarto ó habitacion de banderas.

— ¡A las armas! los de guar.....

No habia acabado de articular la palabra, cuando de otro tiro le levantó la tapa de los sesos, y lo dejó en el sitio.

El sargento de guardia entretanto le apuntó con su rifle, é iba á hacerle fuego, cuando Rocales hincando la rodilla derecha le metió el revolver bajo los brazos y le traspasó el corazon.

— ¡Viva el general Perrosé! dijo entonces, con la terrible voz del hombre que se encuentra sobre tres cadáveres hechos por su mano.

El capitan de guardia al oir los tiros corrió á la prevencion con la espada en la mano, penetró en medio de los soldados despavoridos y confusos, y atravesó á Rocales de una estocada, pero este le acertó al mismo tiempo el cuarto tiro sobre la mejilla izquierda.

Al ver caer á su capitan, un soldado lanzó á Rocales un bayonetazo por la espalda, al cual el intrépido conspirador pudo todavía contestar con otro tiro que le acertó tambien en la cara.

En esos instantes Alvaredo salió del reten con su compañía, la formó delante de la prevencion, y se proclamó jefe del cuerpo, vivando al general Perrosé.

Rocales le dijo :

— Lo que importa ahora es, que en el acto ponga V. centinelas en las cuadras, no sea que se armen las otras compañias; déjeme V. la guardia.

Alvaredo obedeció á Rocales : este tomó un rifle y se colocó de centinela : dos soldados quisieron entonces salir á la vez, seguramente donde Genis, el bravo centinela hizo fuego al primero, lo mató de golpe, pero el segundo escapó del cuartel.

En ese momento penetraron los dos Restiégus.

— ¿Qué es de Alvaredo? preguntó el coronel.

— Está colocando centinelas en las cuadras, contestó Rocales.

Restiegu se dirigió al interior en busca de Alvaredo.

La presencia de un coronel en uniforme y tan conocido de los soldados como Restiegu, impuso á estos gran respeto, de suerte que, cuando el coronel llegó á la primera cuadra, todos los soldados corrieron á formarse. Alvaredo se acercó en ese acto y recibió del coronel la órden de poner todas las compañías sobre las armas, pero en sus respectivas cuadras. Restiegu fué, de una en una, haciendo reconocer como jefe del cuerpo al capitan Alvaredo, al que ascendió en el acto á teniente coronel.

Mientras esto sucedia en el interior del cuartel, un tiro de fusil resonó desde la prevencion.

El soldado que escapó de Rocales habia ido en efecto donde el coronel Genis. Apenas tuvo tiempo este para salir de su casa sin levita, pero con su espada y su revolver, cuando al pasar la esquina recibió un tiro de Delgado que le atravesó el pulmon; sin embargo, Genis, haciendo uso de su arma, le contestó con otro tiro y lo mató de golpe; siguió su camino ya herido y arrojando sangre, logró llegar á su cuartel, y ciego por la indignacion no observó que caia en las manos de Rocales, del nuevo centinela, que le hizo fuego á boca de jarro.

Como este tiro habia hecho venir al coronel Restiegu, ordenó en el acto cerrar las puertas del cuartel quedándose dentro, dueño del batallon Junin. Los cadáveres fueron luego recogidos y llevados al cuarto de banderas.

Con la muerte de Genis todo terminó; los demás capitanes siguieron la revolucion al grito de ¡viva el general Perrosé! ¡Un solo hombre, sobreviviendo á dos heridas muy graves, recibidas en reñida pelea, acaba de crear, sobre siete cadáveres, un nuevo órden de cosas!

— La revolucion ha triunfado, mi general, decia Aureliano Restiegu al vice-presidente Perrosé en casa de los Ramoñas; vaya V. E. ahora mismo al cuartel de Junin, mientras yo voy á tomar con Solla y Anul la fuerza de gendarmes.

El general Perrosé salió en efecto y se dirigió al cuartel, donde el coronel Restiegu le hizo reconocer como presidente de la República, y este le nombró jefe de Estado Mayor general. El doctor Lopar salió tambien de la casa de Varenguel y se reunió con S. E., que le hizo en el acto ministro general.

Entretanto Rocales estaba agonizante, empapado

en sangre y cuasi exánime: fué conducido á la casa del presidente con el ascenso á teniente coronel efectivo y primer edecan de Gobierno.

— Lo primero que hay que hacer, dijo el coronel Restiegu á S. E., es sacar de aquí esos cadáveres.

— ¡Pues qué hay muertos!! exclamó candorosamente el nuevo jefe del Estado.

— Pocos, mi general, ahí están en el cuarto de banderas, asómese V. E.

El presidente seguido del doctor Lopar y Restiegu fueron al cuarto indicado.

— ¡Pero este es Genis!! volvió á exclamar el general Perrosé.

— Sí, es Genis, aquí murió, pero vino herido de muerte por Delgado, á quien él mató en la esquina de los Garcías, ahí está Delgado junto á él; he hecho recoger su cadáver, con él son ocho los muertos, no hay mas.

— ¿Así es, dijo entonces el doctor Lopar, que VV. se han batido dentro del cuartel?

— No, señor ministro, todos han muerto en la prevencion, por la sola mano del bravo comandante Rocales.

— ¡Es posible!! ¿solo ese muchacho ha muerto á todos estos?

— Es que él defendia su vida, á costa de la de sus adversarios.

— ¡La defensa es legítima! dijo entonces S. E.

— Tiene razon V. E., repuso el ministro, y dirigiéndose al jefe de Estado Mayor agregó: — Es preciso que esos pobres difuntos sean enterrados esta misma noche, porque no debemos presentar al pueblo este horroroso espectáculo; cuide V. asimismo señor coronel, que la tropa no se imponga de este su-

ceso lamentable. ¡Cuánto desgraciado! ¡Lo que cuesta el órden legal!!

El doctor Lopar lamentaba esas desgracias con su hipócrita sensibilidad, porque su conciencia, aunque con las telarañas de ochenta años, no podia echar en olvido que él era uno de los principales conspiradores, y que en el dia no remoto de la justicia eterna llevaria su buena parte de eterno castigo y suplicio perpétuo, por tan grave responsabilidad.

Al siguiente dia de estos acontecimientos se publicaba en Arequipa un bando con el cual se hacia conocer el nuevo órden de cosas en el sur de la República, se restauraba la legalidad constitucional y se armaba la ciudad, levantando por todas partes fortificaciones y trincheras.

La noticia de la revolucion de Arequipa con sus detalles sangrientos produjo en la capital de la República una inmensa sensacion, y como en todo pais dividido por intereses de partido, creó, desde luego, muchas esperanzas como sembró tambien la consternacion en muchos corazones; porque, si de un lado el dictador y sus amigos veian descender á su ocaso el sol de su fortuna hasta entonces refulgente, de otro, los numerosos enemigos del gobierno respecto de quienes Campo, con su honradez administrativa, era insuperable inconveniente á los proyectos de dilapidacion y latrocinio, tomaron desde el mismo dia aliento y arrojo para seguir el camino de los revolucionarios de Arequipa.

En aquella época el coronel Campo, con sus actos políticos inconsecuentes, habia perdido la fé de sus correligionarios que lo elevaron al poder, creyendo en

la firmeza de sus convicciones, le quedaban solamente dos cosas en verdad recomendables é interesantes: el alto honor y gloria inextinguible del 2 de mayo y su probidad administrativa, bastantes, en efecto, en nuestro pais para que los hombres de bien pidieran al cielo, como la vieja de Siracusa, por la vida del tirano.

El coronel Campo desconoció completamente, por su ignorancia y falta de ilustracion en los principios, que así como en el hombre no pueden existir dos conciencias, así en el régimen republicano el gobierno de la libertad, que es la conciencia de la democracia, no puede ser mas que una sola, y que allí donde falta la libertad falta la república, y por consiguiente desaparece el sistema. Debido á semejante actitud personal en el jefe de un partido, tuvo la debilidad de consentir en el innecesario golpe de 1865 á la Constitucion del Estado para hacerse dictador, cuando le era mas simple, en el noble camino de una ambicion legítima, continuar bajo la égida de la ley, hacer con ella la guerra á España, y, sin provocar resistencias, elevarse al poder por la senda de la probidad política, de la honradez cívica, que consiste en obedecer con fidelidad los preceptos del pacto social. No era por consiguiente extraño para ningun hombre pensador encontrar á Chepoca, *conservador*, en el ministerio de Relaciones Exteriores, y á Dorpa, hasta entonces *conservador* tambien, en el de Hacienda, pero sí lo era y mucho observar, con dolor, unidos en el mismo consejo á Galvez José, ardiente radical, á Perkin, liberal exaltado, y á Tejeda, pacífico y convencido demócrata. Pero como los radicales lo subordinaban todo al honor nacional, prefirieron el sacrificio impuesto con tan heterogénea amalgama política á di-

vidir sus propias fuerzas delante del enemigo extranjero, aguardando al éxito de la guerra para operar con la eleccion de Galvez el restablecimiento definitivo del gobierno liberal. El pais tuvo la desgracia de perder el 2 de mayo al único hombre inquebrantable de estos tiempos, pérdida que puso fin á todas sus esperanzas, que trastornó lo que quedaba, al punto que el ministro Perkin decretara la eleccion de un presidente constitucional y una Constituyente como si fuera posible efecto sin causa, ó hijo sin generacion ni madre, llevando el contrasentido hasta hacer elegir al mismo Campo, sin que fuera la eleccion incompatible con el poder ejercido. Este orígen, impuro en sana política, debia traer deplorables resultados: dislocado el gabinete, se echó Campo en brazos de la reaccion, y no siquiera representada por hombres eminentes, sino por mediocridades ridículas, elegidas como para herir con el sarcasmo á los hombres convencidos en el régimen de la libertad : los constituyentes siguieron sin embargo su camino hasta el dia en que Campo, sin coraje para arrojar de una vez la dignidad, se lanzó en la tortuosa senda de las intrigas contra la existencia de los representantes, en la seduccion de otros para que abjuraran sus creencias, siendo el primero el mismo Perkin, y en el llamamiento de los reaccionarios para sostener su gobierno. Persiguiendo la libertad con el despotismo y á sus representantes con el deshonor y la calumnia, su popularidad estaba perdida, y por grande que fuese el resplandor del 2 de mayo, el hombre estaba solo, tenia que descender solo, y encontrarse despues solo y en la oscuridad, apagada para él la lampara luminosa que le mantuviera en el poder.

Cómo se verificó aquella caida, el pais lo sabe muy

bien; porque á esta hora nadie ignora quiénes y cómo mataron en Trujillo al bravo coronel Lasava, quiénes y cómo mataron en Cajamarca al fiscal honrado y ardiente republicano Arístides Casafranca, á cuyos crímenes, como el de Arequipa, debió su enjendro, por el punible ayuntamiento del odio y la venganza, la revolucion que acaudilló en el Norte el coronel D. José Tabal, uniéndose allí, como Perrosé en el Sur, á todos los hombres de dudosa conciencia política y todavía de mas dudosa honorabilidad.

El coronel Tabal llenó sin embargo durante tres meses su limitada mision, reducida al mantenimiento de la guerra civil, para dividir así las fuerzas militares del coronel Campo. Este, aunque valiente soldado, prefirió á los cuatro meses de campaña, levantar el sitio de Arequipa, resignar el supremo mando y retirarse al extranjero, antes de repetir la escena trájica de 1858, esto es, tomar un baño de sangre en su tálamo nupcial.

La llegada del coronel Campo al Callao con las fuerzas sitiadoras de Arequipa, despues de dejar victoriosa la revolucion en el Sur, produjo honda impresion en el ánimo de las gentes patriotas, de los hombres de bien y de todos los que, desde ese momento, divisaban levantarse á lo lejos la nube de alados y hambrientos buitres que vendrian nuevamente á devorar las entrañas de la pátria.

En los trastornos de las corrientes revolucionarias la sociedad es siempre víctima de las dominaciones mas ridículas; porque entonces salen á la superficie las cosas mas inmundas, como se levantan del fondo de los rios agitados las sucias algas que enturbian, sobrenadando, las aguas cristalinas.

El carcelero del general Castilla en 1865 y el amigo de los despiadados opresores del que fué mas que su padre, salieron entonces á la escena pública, se apoderaron de la situacion acéfala del pais y formaron un gobierno local, sirviéndose del municipio y de su alcalde, como se sirven de los viejos tapices los tramoyistas de los teatros, para representar una escena en que los comediantes unas veces de reyes, y otras de asesinos, ladrones ó verdugos, representan sucesivamente el rol que les es característico.

La túnica del Cristo quedó por consiguiente dividida en tres girones, uno en el Sur, otro en el Centro y otro en el Norte. La República entregada é indefensa á toda esta gente honrada, decente sociedad, debia ser, como va á verse en el romance que comienza, el objeto del escarnio, el estupro y la ruin rapacidad de aquellos que, con las manos ensangrentadas en los cadáveres de Arequipa, Trujillo y Cajamarca, tenian un dia que pagar muy costosa la maldicion de las santas y proféticas Escrituras.

EL BECERRO DE ORO

PRIMERA PARTE

¡¡LOS HOMBRES DE BIEN!!

I

LA CAROSA Y LA CRISIS

En el mes de enero de 1868, las campanas de la catedral de Lima anunciaban á la República, el advenimiento de un nuevo órden de cosas; el fuerte de Santa Catalina inflamaba sus cañones, publicando con estruendosa solemnidad el feliz arribo al Callao del nuevo magistrado supremo; el ejército de gala y formacion en la plaza principal, demostraba, con las armas en descanso, el término de la guerra civil, y que fiel custodio de la Constitucion, estaba allí para servir de garantía al representante de la legalidad; los funcionarios políticos y civiles se apresuraban á ser los primeros en acreditar con su presencia al héroe de Arequipa la satisfaccion del pais, libre al fin por sus esfuerzos del férreo despotismo dictatorial;

el clero no sabia cómo rodear al restaurador de la religion y los fueros de la Iglesia; y la opinion, por los mejores y mas competentes órganos, dejaba conocer sus fundadas esperanzas de recobrar, despues de dos años, el perdido bienestar, la tranquilidad y la prosperidad pública; en fin, cuanto se comprende con el nombre simbólico de la felicidad general, es decir, concisa y lacónimente, el estómago y el bolsillo bien repletos, sin mucha fatiga ni mucho trabajo.

El general D. Pedro Perrosé, segundo vice-presidente constitucional de la República, seguido de sus consejeros políticos, compañeros de armas y del pueblo de Arequipa, acababa de hacer, sin encontrar á su paso el inconveniente de Atila, su entrada triunfal en la capital, y de recibir las riendas del gobierno de las manos de su hermano el coronel don Francisco, y los resortes de la política de las de su sobrino D. Manuel Rigoyeni, patriotas á quienes el pais, en sus momentos de conflicto, habia impuesto el doloroso sacrificio de volver, á pesar suyo, á las fatigosas labores de la vida pública, renunciando, con abnegacion, los tranquilos goces del hogar doméstico.

En fin, para no ir mas lejos, el presidente Perrosé estaba en el sillon presidencial con toda su legalidad, pero como la legalidad es una colmena perseguida por avispas, aquellos rapazuelos muertos de hambre durante dos años, se preguntaban los unos á los otros cómo y de qué manera podria exprimirse el panal para devorar la poca miel acumulada con los ayunos, fatigas y maceraciones de la dictadura.

Una de las necesidades imperiosas del régimen legal era por consiguiente la formacion de un gabinete, que al mismo tiempo que inspirara confianza al pais,

representara, por las ideas de sus miembros, el espíritu y las tendencias de la nueva administracion. Animado con este pensamiento, el mismo dia de su llegada á la capital, S. E. hizo llamar al ministro general con el objeto de acordar tan importante asunto.

— Necesitamos, doctor Lopar, formar hoy mismo el ministerio; fué la primera palabra del jefe del Estado.

— Ciertamente, querido Pedro, contestó el ministro, pues yo tambien deseo descansar despues de tantos trabajos y descargarme de esta inmensa responsabilidad.

— ¿Y quiénes serán, mi doctor, los hombres mas convenientes?

— Para formar un ministerio en estas circunstancias me parece lo mejor fijarnos en personas de consejo y experiencia, á lo menos para los ramos de Gobierno y Hacienda, porque en cuanto al de Guerra, tú sabes que desde Arequipa lo tenemos ofrecido á Zuvirila.

— Como hombres de consejo yo creo, dijo el presidente, que los podemos sacar de la Córte suprema de Justicia, y entre los de mas experiencia, debemos elegir una persona que á sus antiguos servicios agregue buenas relaciones, respetabilidad, y popularidad en el pais.

S. E. y el doctor Lopar se echaron á investigar entre los jueces supremos, cuáles serian los dos escogidos y á propósito, para los ramos de Justicia y Hacienda. Del doctor Mariátegui se dijo que, aunque muy bueno por su saber y alta reputacion, tenia sin embargo el inconveniente de ser enemigo del clero y hombre intransigente y muy severo; de Riveyro, que no obstante su grande ilustracion en los negocios pú-

blicos, habia fracasado completamente en la cuestión española; del doctor Paz Soldan, que, á mas de los inconvenientes de Mariátegui, era un hombre violento y terrible en un ministerio; y así, por este género de autopsia, el presidente y Lopar llegaron á ponerse de acuerdo en que los señores Gomez y Muñiz por su carácter apacible y conciliador venian como de perilla para el Consejo del Gobierno constitucional, el primero, por su probidad para las finanzas y el segundo para la cartera de Justicia y negocios eclesiásticos. No quedaba mas que hacer la eleccion del hombre preciso para el ramo de gobierno, cuestion importante, porque envolvia la solucion de asuntos políticos y administrativos de grande entidad.

— ¿Le parece á V., mi doctor, dijo el presidente, llamar al mariscal Lafon, persona tan popular como respetable?

— Ciertamente, mi Pedro, tu eleccion es muy feliz, sobre todo, cuando lo primero que hay que hacer es pensar en nuestra pobre Arequipa y en su ferro-carril, que, como lo has prometido, debe hacerse y contratarse como el primer acto de tu gobierno.

— Entonces, mi doctor ¿está todo hecho?

— Sí, y hoy mismo si tú quieres podemos nombrar á los ministros, pero será siempre necesario hablarles para tener su consentimiento; voy á ocuparme de esto inmediatamente.

El doctor Lopar hizo llamar en el acto á los dos vocales y al mariscal, y dos horas despues el gabinete de la legalidad quedaba formado y juramentado, habiendo entre sus cinco miembros, algunos, que desde luego sabian adonde les ajustaba el zapato, y otros, que apenas tuvieron tiempo para pensar, en esos momentos á cuántos codos habrian de montar en dias

posteriores las aguas del diluvio, ni si llegado el desborde encontrarian lugar de salvacion en la nueva arca de la alianza.

La noticia del nombramiento de los ministros circuló al instante en la capital, y como ese acto regularizaba los negocios públicos y el despacho administrativo, cada hombre pensó en aligerar su negocio.

No bien estuvo así establecida la nueva administracion, se presentó en palacio una guapa moza, viajera del Misti, llegada el mismo dia en la escuadra que condujo á S. E., la cual, conocida generalmente con el sobrenombre de la *Carosa*, querida del capitan Alvaredo, jefe de la cuarta compañía del batallon Junin, habia animado el feto revolucionario en Arequipa la noche de los asesinatos del cuartel y proclamacion del nuevo órden de cosas; pobre muchacha, que aunque nacida en Lima, no conocia á nadie en la ciudad, que abandonó seis años antes, tras de un sargento de húsares, á la muerte de su padre en una prision y de su pobre madre en el hospital de Santa Ana.

El presidente no supo qué hacer, conmovido por las abundantes lágrimas de la *Carosa*, mucho mas cuando se le debian seis mil soles, resto de diez mil ofrecidos por sus importantes servicios el dia de la revolucion, reconocidos despues en un decreto supremo, expedido en setiembre, por el ministerio general y se le habia prometido el pago al llegar á la capital.

— Ahora es imposible, *Carosita*, hacer mada; acabo de nombrar los ministros que no pueden al momento ocuparse de estos asuntos; le dijo S. E.

— Pero mi general, contestó ella, yo no conozco á

nadie en Lima, no tengo con qué comer ni pagar siquiera el tambo en que me he hospedado, y ruego á V. E. que se me dé cualquiera cosa á cuenta de mi expediente; súplica renovada en medio del llanto y la desolacion.

Preciso fué por consiguiente apelar al ministro nombrado, aunque solo para que ordenara una buena cuenta:

— ¿Y cuánto quieres, *Carosita?*

— Lo que V. E. guste, con tal que me lo den hoy, aunque sean solamente quinientos ó mil soles.

— Resta ahora saber si habrá plata en el Tesoro; dijo S. E.

— ¿Cómo no ha de haber, señor, cuando acabo de informarme que Campo, antes de irse, envió á la Tesorería 350,000 soles de la comisaría general?

— Tienes razon, debe haber dinero, y voy á darte una recomendacion para el ministro; le contestó S. E.

Efectivamente, de su puño y letra escribió el general Perrosé una esquela dirigida al doctor Gomez, con la cual salió muy consolada la *Carosa*, esperando recibir el mismo dia la buena cuenta de su expediente.

La primera diligencia del ministro de Hacienda despues de prestar el juramento de estilo, fué, como la de todos los que se encargan de nuestras difíciles finanzas, informarse del estado de la Caja fiscal, á cuyo fin hizo llamar al tesorero, viniendo á saber por él, que el hermano de S. E. y su sobrino político en los dichosos dias de su omnímodo gobierno se habian desplumado los 350,000 soles que el dictador devolvió antes de su abdicacion, y que por consiguiente el fondo de la caja nacional se hallaba relumbrante, puro y limpio como una patena. El ministro

movió la cabeza de un lado á otro como diciendo: « Esto no puede ser, me encuentro en un bosque, y lo que es peor, á la media noche. »

El señor Gomez hizo llamar en el acto al coronel Perrosé, prefecto y comandante general del departamento.

En estos momentos de contrariedad y angustia se presentó en su despacho la *Carosa* y le entregó la siguiente esquela :

« Don José Luis : debemos á la portadora cuanto somos, porque sin ella no se habria efectuado el movimiento de agosto en Arequipa. Tiene su expediente reconocido por 6,000 soles, hágale V. dar mil á cuenta, y en la primera oportunidad, el resto. Su atento seguro servidor, — PERROSÉ. »

Como debe presumirse, despues de esta carta y con la noticia de que la caja fiscal estaba mas limpia que una patena, el ministro se quedó de una pieza, considerando que, si para este primer asunto estaba en completa inópia, su situacion seria mucho mas difícil en los que sobrevendrian mas tarde; pero como no podia desatender la recomendacion del jefe del Estado, tan lacónica como terminante, preguntó á la *Carosa* en los términos mas afables :

— ¿Tiene V., hijita, su expediente?

— Sí, señor ministro, aquí está; contestó la muchacha, desatando un pañuelo en el cual estaban envueltos sus papeles.

El ministro recorrió con la vista un escrito presentado por doña Magdalena Peñaranda al Gobierno de Arequipa en el mes de setiembre, en el cual referia con todos sus pelos y señales la participacion y méri-

tos contraidos por ella en el movimiento, la promesa que le habia hecho S. E. de darle diez mil soles, de los que solo tenia recibidos cuatro mil en vales á 50 por ciento, y concluia diciendo, que si no hubiera sido por ella que comprometió á Alvaredo, no habria tenido lugar la revolucion, no habria muerto el coronel Genis ni los otros, ni Rocales á quien llamaban el « matasiete, » llevaria las palas blancas de comandante. En este escrito, el vice-presidente y su anciano ministro general habian puesto con la mayor sangre fria del mundo, el decreto que sigue :

« Arequipa, setiembre 22, de 1867. — En consideracion á la notoriedad de los servicios de la recurrente y á la justicia de su reclamo, y teniendo presente que ha recibido de la Comisaría general cuatro mil soles en vales á 50 por ciento; se le reconocen como deuda nacional la cantidad de seis mil soles, pagaderos tan luego que el Gobierno esté establecido en la capital de la República. Comuníquese y regístrese. — Rúbrica de S. E. — LOPAR. »

— ¿De modo, señorita, que es un hecho que V. tuvo parte en estas cosas? preguntó el ministro á la *Carosa*.

— Solo en el movimiento, señor, pero si hubiera sabido que Rocales iba á matar á tantos, y sobre todo al pobre coronel Genis, por nada me meto en estas cosas con el general Perrosé.

— ¿Pero es cierto que ese solo oficial mató á los siete?

— Tan cierto, señor, como V. está ahí sentado, pero lo que mas pena me dió fué la muerte de Genis,

porque yo conocia á la señora Esperanza y á sus hijitos, que ahora son huérfanos.

— Está bien, señorita, repuso el ministro, lleve V. su expediente y vuelva V. mañana, de dos á cinco de la tarde, para ordenarle el pago.

Magdalena se retiró guardando sus papeles.

El ministro se quedó solo y pensativo en su despacho, porque un hombre de bien no puede nunca comprender, no solo la comision de esos crímenes enormes, pero ni siquiera que, en el hervidero de las revoluciones, puedan ser friamente autorizados por los que se titulan hombres de Estado, viejos de consejo y personas honradas: el ministerio comenzaba, pues, á quemarle las manos como una ascua ardiente.

Al fin llegó el coronel Perrosé.

— ¿Está V. bueno, señor coronel? fué el saludo del ministro.

— Un poco cansado, señor ministro, porque como V. S. me ve, con espuelas y espada, así paso ocho dias con hoy vigilando el órden público, pues quedan todavía muchos rojos dictadores en la capital; ¿qué manda V. S.?

— Llamo á V., señor prefecto, porque estoy asombrado con la noticia que me ha dado el tesorero, asegurándome no existe un centavo en la caja, y diciéndome que V. ha dispuesto en pocos dias de los 350,000 soles que dejó el coronel Campo, antes de irse del pais.

— Ni como quiere V. S. que existan, despues de todo lo que hemos hecho y trabajado para derrocar la dictadura, mucho mas, cuando 350,000 soles son un buñuelo para tantos gastos extraordinarios.

— Bien está todo eso, señor prefecto, pero veamos

cuáles han sido esos gastos; V. comprenderá que hago estas averiguaciones por el crédito mismo de su hermano y de la nueva administracion.

— Muy sencilla es para mí la explicacion que se me exige, contestó el coronel Perrosé y continuó : A Pedro le mandé en el acto 50,000 soles para la comisaría del ejército del Sur; al coronel Tabal le remití á Chiclayo otros 50,000 para la del ejército del Norte; al doctor Muepora le envié al Callao 30,000 para los gastos urgentes; aquí hemos gastado con el doctor Rigoyeni 200,000 en la revolucion, dinero que nos han prestado los amigos del órden, y los últimos 20,000 se han invertido simplemente en buenas cuentas y socorros á las fuerzas de la plaza. Yo presentaré mis cuentas. Hay mas : como S. E. debia entrar hoy, como ha entrado, recibido con la correspondiente pompa oficial, y ayer no habia fondos en Tesorería, he pedido 100,000 soles á la consignacion de Schiutti para estos gastos, de los cuales creo que sobran 20 ó 30,000 en poder de mi secretario, porque nunca acostumbro manejar yo mismo los fondos fiscales; si V. S. gusta, los remitiré hoy mismo al Tesoro, pero advierto desde ahora, que no respondo del órden público, porque sin plata, V. S. debe saberlo, los hombres honrados no hacemos nada para mantener el régimen legal.

— Tiene V. razon, señor prefecto, contestó el ministro repitiendo, los hombres honrados no pueden hacer nada sin la plata del Estado.

— Entonces ¿puedo retirarme?

— Sí, retírese V., siga V. sus trabajos y quehaceres por el órden público.

El coronel Perrosé salió del ministerio de Hacienda con las orejas muy coloradas y la boca muy amarga,

pues lo que menos esperaba de un hombre, á quien todos suponian muy pacífico, era que fuese un pregunton tan indiscreto.

Estupefacto se quedó el ministro con lo que acababa de oir, no sabia si estaba despierto ó soñaba en lo que le acababa de referir el hermano de S. E., y en medio de estas confusiones dejó su despacho y se dirigió donde el presidente del consejo, doctor Lopar.

Entretanto el prefecto se encaminó á la secretaría de la prefectura, llamó al secretario y le dijo con tono altivo y arrogante :

— ¿Cuánto tiene V. de los 100,000 soles de Schiutti?

— Creo que hay, mi general, ochenta y cinco mil; pues en la secretaría llevaba el D. Francisco el título de general que le habia dado Cepet, por sus méritos de marras.

— ¿Hizo V. lo que le dije ayer, de entregar en el Tesoro los 100,000 soles y sacarlos en seguida para la comandancia general?

— Sí señor, así lo hice, y yo mismo firmé el entero y el recibo.

— Pues ahora mismo lleve V. al Tesoro 30,000 soles de parte de la comandancia, como sobrante de la suma que tenemos recibida, exponiendo en el oficio que daremos cuenta documentada al Supremo Gobierno; en seguida ponga V. las correspondientes notas á los ministros de Gobierno y Guerra, renunciando por causa de enfermedad la prefectura y la comandancia general. Todo esto ahora mismo, de modo que esté hecho antes de las cinco de la tarde.

Con efecto, todo fué hecho el mismo dia, el dinero estuvo en el Tesoro y las dos renuncias en sus respectivos ministerios.

El pais quedaba así huérfano por la separacion de su ilustre servidor, y el Gobierno sufria el primer cólico en el primer dia de la nueva administracion. ¡Es una calamidad, los hombres honrados nunca pueden estar tranquilos!!

II

LOS ISRAELITAS

Cuando el ministro de Hacienda llegó al despacho del doctor Lopar en el ministerio de Relaciones exteriores, parecia aquella oficina de Estado una sala de beneficencia pública, ni mas ni menos como uno de aquellos dias en que los albaceas despues de avisos en los periódicos, fijan una fecha para distribuir á los pobres el legado de limosna que, por consejo de su confesor, deja algun descamisador de huérfanos, conventos, ó monasterios, ó ladron del Tesoro público, que, sin mas que este suficiente pasaporte, cree irse derechamente al cielo con su confesion y su hostia, sin necesidad de restitucion.

— ¡ Qué es esto, compañero, está V. invadido! exclamó el financista delante del diplomático.

— ¡ Qué quiere V., compañero, cosas de Pedro, no pudiendo él entenderse con esta gente, me hace la caridad de echármela encima! Esta es la herencia del ministerio general!

— Pero ya son las cinco de la tarde, puede V. decirles que vengan mañana.

—¡Qué he de decirles, compañero! si cada uno quiere órdenes contra V., pues ya saben, no sé de qué modo, que Campo dejó en Tesorería 350,000 soles, y como los pobres macamamas no han comido desde Islay ni conocen á nadie en Lima, se encuentran con una vacuidad desesperante.

— Pues si con eso cuentan, envíelos V. á la prefectura, porque segun el tesorero, la caja está mas limpia que una patena y no hay un real; dijo el ministro frotándose las manos.

—¡Cómo que no hay un real! ¡imposible! ¿acaso no es cierto el reintegro de Campo?

— Cierto es y muy cierto, pero tambien lo es que el hermano de S. E. y su sobrino político han invertido, segun ellos, esta suma para derrocar la dictadura; y no solo esa, sino todavía 100,000 soles mas que, segun dicen, recibieron ayer de los consignatarios de Alemania.

—¿Y en veinticuatro horas se han acabado igualmente estos 100,000 soles?

—Creo que no, porque el prefecto me ha dicho hace una hora que le queda un resto de veinte ó treinta mil, pero me ha agregado que si los devuelve no responde del órden público, con que así, es preciso pensarlo mucho para poner el dedo sobre ese resto.

—¡Pues compañero, dijo con cierto aticismo el doctor Lopar, nosotros somos niños de teta!

—¡Así lo veo! contestó con sardónica sonrisa el ministro de Hacienda.

—¿Y qué haremos en este caso?

— No hay mas que ir á hablar con S. E., en cuanto á mí, lo digo con harto sentimiento, la legalidad de este modo no me satisface, mañana mismo renunciaré la cartera.

— Iremos en el acto, esto es un escándalo; repuso el ex-ministro general, con la cara tan larga como un melon.

El doctor Lopar no sabia la region en que se hallaba, las cartas de S. E. por un lado y los edecanes de Gobierno por otro, llegaban á su despacho conduciendo legiones de necesitados pretendientes, cada uno queria buena cuenta, ninguno tenia un real para comer en Lima aquella noche, y despues del entusiasmo de la victoria, la verdad mas amarga y terrible aparecia á los ojos de la multitud, esto es, la necesidad de alimentarse cada 24 horas por lo menos en un pais donde un bifsteck vale dos reales y tres un par de huevos fritos, donde el rocoto pasa por fruta de conserva, y donde en los arrabales un bebe apenas alcanza para humedecer los labios.

Haciendo un esfuerzo supremo el presidente del Consejo, salió á las antesalas y patios del ministerio, y dijo á sus compatriotas con el mas tierno semblante y compungido tono : « Hijitos, ya es muy tarde, vuelvan ustedes mañana, esta noche voy con mi compañero para arreglar las cosas con mi Pedro; tengan ustedes paciencia por solo este dia. »

Figúrese el lector mas de trescientas personas que desembarcaron en el Callao á las siete de la mañana, sin haber almorzado ni un pedazo de galleta, trescientas almas que vienen á tierra con un hambre feroz y que han pasado todo el dia en Palacio esperando los mas un socorro, algunos, buenas cuentas por sueldos de seis meses de revolucion, y no pocos, una órden privilegiada contra el afamado Tesoro de Lima, y se podrá comprender el murmullo aterrador de esos habitantes de la tierra del fuego, dispuestos á todo por un mendrugo de pan, y en una ciudad que se ilumi-

naba aquella noche en celebracion de la llegada de S. E., en cuya plaza principal los desgraciados hijos del Misti tenian por enemigos intransigentes los pavos, las gallinas, y los hermosos camarones de toda una *noche buena*.

Siempre se ha dicho y lo confirma la historia, que los arequipeños son hombres de ingenio, rápida concepcion y espíritu práctico, y como entre ellos estaba el bravo corifeo maestro *Sinfondillo*, perteneciente á la plana mayor con grado de capitan, tuvo que ser y fué el héroe de una situacion para él y para todos tan anómala : tomó, pues, la palabra, y dirigiéndose á sus compatriotas, les hizo esta concisa pero muy práctica arenga :

« ¡Paisanos! á nosotros que hemos hecho este Gobierno no se nos bota muertos de hambre y como á perros; vamos donde S. E., él nos dará qué comer y dónde dormir. »

¡¡ Donde S. E., paisanos!! repitieron todos, abandonando el palacio, pero trasladándose en interminable hilera á la casa del presidente.

Así como en el verano salen las hormigas á buscar en los terrados el grano para el invierno, así salieron de la casa de Gobierno los vencedores de la dictadura, en solicitud del general Perrosé para obtener de él mismo alguna cosa, mientras se hacian los arreglos anunciados por el doctor Lopar.

Cuando este y el ministro de Hacienda estuvieron solos, comenzaron á discutir el modo de conciliar la necesidad de ver en su casa á S. E. con el conflicto de encontrar allí tantos patriotas reunidos.

De esta perplegidad vino á sacarlos el general Zuvirila, que habiendo recibido la renuncia del comandante general, se les apareció con la cara muy triste

anunciándoles el principio de una crísis y quién sabe de una contrarevolucion.

— Compañeros, les dijo el ministro de Guerra con franqueza militar, cuando Pancho afloja el puesto estamos seguramente sobre un avispero, ó sobre un volcan que dá lo mismo.

— ¿ Cómo sobre un volcan ? ¿ pues qué hay ? preguntó el doctor Lopar.

— ¡ Qué ha de haber, lean ustedes ! Zuvirila presentó un oficio de Perrosé.

Iba el ministro á leer el oficio cuando entró despavorido el del ramo de Gobierno.

— Mis amigos, expuso este, estamos en un horno, el prefecto me acaba de dejar el puesto, y este incidente es de mal agüero el primer dia de la administracion.

— Pero si no solo es eso, mi general, replicó el de Guerra, si me acaba de renunciar tambien la comancia general.

— ¡ Pero Dios mio ! qué hay ¿ díganme ustedes lo que sepan ? preguntaba con inquietud el mariscal y agregaba ¡ esto no se concibe sin una horrible reaccion ! ya hay quien dice, en las calles, que Campo no se fué á Chile y que desembarcó en el Sur !

El oficio de renuncia decia simple y secamente lo que sigue :

Señor ministro de la Guerra :

« Habiendo terminado hoy, con la entrada triunfal de S. E., los sacrificios que me impuso el patriotismo, renuncio el cargo con el cual he trabajado sin cesar hasta derrocar la dictadura. Oportunamente presentaré las cuentas de los fondos públicos administrados por la comandancia general, en este difícil período de restauracion constitucional. »

En los mismos términos estaba contenida la renuncia de la prefectura.

— ¡ Pero esto es horroroso! exclamó el doctor Lopar, agregando: ¡ qué términos! ¡ no se pueden imaginar mas amargas reticencias!

— Nada hay horrible, señores, dijo con mucha calma el ministro de Hacienda, pues yo sé de dónde nace todo esto. El prefecto se ha resentido, porque le hice llamar para saber la inversion que habia dado á los 350,000 soles que dejó en el Tesoro el coronel Campo, y no solo se los ha gastado, sino aun, salvo un pequeño sobrante, cien mil mas que habia pedido ayer á los consignatarios de Alemania : ya saben ustedes lo que hay.

— ¡ Qué rico Pancho!! exclamó Zuvirila, abriendo tamaños ojos.

— ¡ Canastos!! dijo á su vez el mariscal, y agregó, esto se llama en buen castellano « saber chuparse el dedo. »

En estos momentos entró un edecan de S. E. llamando al presidente del Consejo con suma urgencia.

El Consejo acordó trasladarse á la casa presidencial, aunque eran ya cerca de las siete de la noche y los cohetes de luz de los fuegos artificiales comenzaban á iluminar la primera fiesta gubernamental.

La casa de S. E. era la de su hermana la viuda del gran mariscal Castilla, que aunque no engendró legítima prole, pero se tomó la pena de purgar los placeres de su matrimonio, criando y educando cuervos que le sacaran los ojos, y llevando su adoptiva paternidad, á costa de la República, hasta elevar á dos de sus cuñados á la alta clase de generales y al tercero á la de coronel, supliéndole el generalato con el turron azucarado de dos años de gobernacion de nues-

tras auríferas islas, en donde este que no se duerme en las pajas hizo lo que el castor, fabricó poco á poco su casita para las eventualidades del porvenir.

Tan grandes como son los patios de la histórica casa de la calle de las Divorciadas, fueron inundados desde las seis de la tarde de ese dia por el pueblo de israelitas que llevaba por Moisés al maestro *Sinfondillo*, quien con todos sus compatriotas no debia ni podia acostarse con el estómago vacío, despues de un mareo y una navegacion de tres dias, y mucho menos cuando militaba á su favor la furiosa razon de la necesidad, superior á toda razon de Estado; punto sobre el cual, sea dicho de paso, están de acuerdo, tratándose del bolsillo, todas las altas clases de esa flor y nata que en nuestra tierra, como en todas partes, se titula la gente selecta, blanca, notable, decente y honrada de la distinguida sociedad.

La entrada de los ministros en la casa de S. E. produjo un murmullo sordo pero significativo; una especie de ronquido general de lobos polares se dejó sentir en todos los corredores. El Consejo atravezó, sin embargo, por medio de las fieras y logró penetrar en el principal de la casa.

S. E. se paseaba á lo largo del salon con el semblante muy agitado, el espíritu inquieto y las manos crispadas en los bolsillos, pero como estos se hallaban vacíos desde Arequipa, nada podian coger en el fondo, para dominar la terrible y por momentos amenazadora crísis.

— ¿Qué es esto, E. S.? ¡Muy concurrido está V. E.! Dijo el ministro de Gobierno al jefe del Estado.

— Cómo ha de ser, señor mariscal, así son los gajes del poder; á toda esta gente se le ha ocurrido que porque es de Arequipa y ha venido de puro no-

velera, la he de mantener en Lima; contestó S. E. con manifiesta contrariedad.

— Pero en fin, mi Pedro, tienes que hacer algo por ellos; expuso el presidente del Consejo.

— Así es, agregó el de Guerra, porque de otro modo no se moverán de tu casa, y tú no necesitas tener aquí tanto macamama.

— ¿Me dijo V., compañero, preguntó el doctor Lopar al señor Gomez que en poder de Pancho quedaban 30,000 soles?

— A lo menos así me lo ha dicho el prefecto, salvo que del mediodía á esta hora los haya gastado tambien.

— Todo cabe en lo posible, dijo Zuvirila sonriéndose.

En este instante llegó el doctor Muñiz, ministro de Justicia:

— ¿Qué significa esto, compañeros? Preguntó al ver el Consejo reunido con cierta inquietud y á S. E. dando largos pasos, con las manos en los bolsillos.

— Cosa insignificante, le contestó el ministro de Hacienda en voz muy baja, es el hermano de S. E. que se ha disgustado y ha renunciado, porque le pedí cuenta de las fuertes sumas de que ha dispuesto.

— Siempre suceden estas cosas, y lo peor es que vengan en los primeros momentos del ministerio.

El ruido de los herrajes de un caballo sobre el empedrado de los patios llamó la atencion de S. E. y los ministros; era cabalmente el prefecto y comandante general dimisionario que venia precedido de todo ese alboroto.

— ¡Aquí está Pancho! dijo S. E. con el aire alegre del hombre que encuentra al fin una tabla de salvacion, en medio del naufragio.

El coronel D. Francisco Perrosé habia sido elevado á la clase de general por sus buenos servicios y fidelidad á la administracion de 1865, generalato convertido en humo durante la diabólica dictadura de Campo que tuvo tambien la diabólica creencia de que, no pudiendo un presidente nombrar generales conforme á la Constitucion, sin propuesta y aprobacion del Congreso, los generalatos conferidos por Cepet y el agua de borrajas eran sinónimos. D. Francisco no pensaba sin embargo del mismo modo, y en cuanto Campo tomó soleta, lo primero que hizo fué, de acuerdo con el doctor Rigoyeni, titularse general en todos los documentos públicos que salian de aquel laboratorio político, en que se habia derrocado la dictadura despues que el dictador se marchó al extranjero. ¿Tenia razon D. Francisco? Sí que la tenia y muy lógica, porque si el coronel Restiegu se titulaba general desde Arequipa, con la fruicion del empleo, esto es, con el goce de los trescientos treinta y tres soles mensuales, ¿por qué razon él, que estaba en el mismo caso, era tambien revolucionario como el otro, y sobre todo hermano de S. E., no habia de tener los mismos fueros y preeminencias? « Quiero ser y seré, » se decia, y como en nuestro pais basta decir esto, para ser lo que uno quiere, aunque sea mas redondo que una bola y mas guapo que una gallina, el hecho es que D. Francisco se ha salido con la suya, ha hecho aprobar su clase en el Congreso de Droyfas y es general como una loma por los méritos, pasion y muerte del vicepresidente Herenze; aquel que consintió inhumano en la profanacion, incendio y escarnio de los cadáveres de julio, á quien la justicia misteriosa hizo despues víctima del mayor Cernojo, meses posteriores al en que tuvo la fortuna de poner el Cúmplase como jefe del

Estado en la ley que hacia presidente constitucional al noble caballero D. Manuel Dorpa.

Como que entraba en su casa, y en tiempo de guerra, no tuvo inconveniente el prefecto para presentarse en el salon con espuelas roncadoras, y con el polvo todavía de las últimas jornadas : S. E. le salió al encuentro con fraternal confianza y este franco saludo:

— ¿Me dice el ministro que tienes 30,000 soles del Tesoro?

— Los tuve pero ya no los tengo; contestó este.

— ¡Puf!! hizo con maliciosa sonrisa, cubriéndose los labios con la mano, el ministro de Hacienda.

— No se ria V. S., replicó muy sério el prefecto, si no los tengo es precisamente porque los he mandado al Tesoro desde las cuatro de la tarde, pues no quiero fondos públicos en mi poder, ni que se me llame otra vez para humillantes averiguaciones.

— No, señor D. Francisco, se apresuró á decir el ministro con la misma seriedad, ya le he dicho á V. que solo indagaba esas cosas, por el crédito de la nueva administracion.

— Pero en fin, ¿cómo haremos para salir de esta gente? volvió á repetir S. E. con timidez vacilante.

— Si te parece, yo pediré á cualquier amigo tres mil soles para distribuirles, y agregó con marcado retintin, con tal que el señor ministro me los devuelva mañana mismo, puesto que ya tiene dinero en arcas fiscales.

— En el acto, Pancho, en el acto, porque es preciso salir de esta multitud que me agobia.

El prefecto entró en un escritorio contiguo y envió cuatro letras á uno de sus amigos con el edecan de S. E.

Entretanto el Consejo de ministros se retiró á un departamento privado.

— Supongo que ya sabe V. E. que estamos sin prefecto, dijo el ministro de Gobierno.

— Y sin comandante general, agregó el de Guerra.

— Y todo por el asunto de las cuentas, repuso el doctor Lopar.

— ¡Oh! eso es imposible, replicó el presidente, ¡una renuncia el primer dia del Gobierno! ¿qué va á decir el pais? Francisco debe estar loco, solo así se concibe esto, es preciso hablar con él, lo llamaremos.

— Aquí tienes, Pedro, los 3,000 soles; entró diciendo, con cierto tono, el dimisionario.

— Los repartiremos á diez soles por cabeza, ¿ne les parece á ustedes? preguntó S. E. á los ministros.

— ¡Oh! eso es mucho, Pedro, bastará darles dos á cada uno; dijo el doctor Lopar.

— Que sean cuatro siquiera, á bien que salen del Tesoro; agregó Zuvirila.

— VV. son muy parcos, dijo el general Lafon, estos pobres diablos los han servido, y á lo menos para librarse de ellos algunos dias, yo soy de la opinion de S. E.

— Como que V. no los conoce, señor mariscal, replicó Lopar, de aquí salen y se los toman en chicha.

— ¿Y como cuántos habrán? porque es preciso saber si con 3,000 soles alcanza para todos; da tú Pancho un vistazo y fíjate bien en el número.

El prefecto echó la vista por una ventana y, con un ojo certero por instinto, dijo:

— Parece que hay muchos porque están en monton, pero no llegan á 300.

— Entonces que vayan dos edecanes, los formen en batalla y les den los diez soles.

— Pero que les adviertan, que todo el que reciba salga lueguito, porque estos macamamas son capaces de meterse dos veces en la fila; agregó el ministro de la Guerra.

En efecto, el prefecto llamó á los dos edecanes, les dió los 3,000 soles y les hizo las prevenciones necesarias.

Cuando los israelitas vieron caer sobre ellos el maná del desierto, bajo la forma del escudo de la República con el consabido cuerno, ocuparon al instante su puesto en fila de batalla con el maestro *Sinfondillo* á la cabeza. Cada uno recibió sus diez soles, como una gratificacion de parte de S. E. á los patriotas arequipeños que le habian acompañado en los dias del peligro, pero fueron advertidos que, hasta tanto no se hicieran las liquidaciones, les era prohibido volver á la casa de S. E. y á los ministerios.

Bastaron 2,600 soles para apagar el incendio, de suerte que media hora despues el presidente y los ministros recobraron al fin la tranquilidad necesaria para los asuntos de Estado.

El prefecto tomó los 400 soles restantes para distribuirlos él mismo á los *inconcurrentes*.

Despues que S. E. estuvo mas tranquilo, dijo á su hermano:

— ¿Con que es cierto, Francisco, que nos renuncias la Prefectura?

— Sí, por dos razones. La primera, porque no quiero que nadie dude de mi patriotismo ni de mi honradez, y la segunda, porque siendo yo general, ascendido por un gobierno legítimo, no puedo convenirme á que tus ministros me titulen coronel.

— Pero si nadie duda de tu manejo, sobre todo cuando ahí estarán tus cuentas, y en cuanto á tu ascenso, tienes muchísima razon, pues si Restiegu es general, tú tambien debes serlo, puesto que ambos fueron hechos por un mismo presidente. ¿ No les parece á VV. ? preguntó S. E. á los ministros.

— Así será si V. E. lo cree; contestó frunciendo las cejas el ministro de Hacienda.

— El próximo congreso examinará y aprobará, no lo dudo, esos actos; dijo á su vez el mariscal.

— Y nosotros que te recomandaremos, Pancho; agregó Zuvirila.

— Nada mas justo, repuso el doctor Muñiz.

— Bien; si así es, retiro mis renuncias, contestó el prefecto; pero es entendido que como Restiegu debo seguir recibiendo y usando mi título de general con mi sueldo.

— Eso es lo de menos, pues no hay gran diferencia entre un sueldo y el otro; respondió el presidente, para quien el generalato era mas bien cuestion de presupuesto que constitucional.

Terminada la crísis, S. E. pudo dedicar algunos minutos al comedor: ocupadísimo todo el dia, en los negocios del Estado, apenas habia tenido tiempo para ciertas cosas principales de la vida de familia, y le faltaba aun asistir aunque fuese al último cohete de los fuegos artificiales.

Los ministros se retiraron á su turno, dejando instalada y en via la nueva administracion de la legalidad de 1868.

III

MALOS ENCUENTROS

Al salir Magdalena del ministerio de Hacienda tuvo la buena ó mala suerte de encontrarse, en el patio de palacio, con una de aquellas diurnas lechuzas que revolotean siempre entre las oficinas y el Tesoro, como aquellos avechuchos lo hacen al rededor de los emplos, atraidos por el olor de las lámparas que los devotos colocan en los altares; una de aquellas mujeres compradoras de sueldos que se lanzan á esa industria usuraria, despues de un escandaloso divorcio ó de un desengaño á los cuarenta años. Era esta una señora de esa edad, flaca y escuálida, pero muy ataviada y muy garbosa, de fácil palabra y maravilloso olfato, nombrada Petronila Salamanca, la cual reconoció en el acto á la *Carosa*, le recordó quién era, y la hizo muchos cariños.

— ¡Cómo te he conocido, mi vida! exclamó la Salamanca despues de tres minutos, y agregó, aunque la edad te ha hecho cambiar un poco.

— No debo, mi señora, haber cambiado mucho,

pues solo cuento diez y nueve años; contestó ella con viveza.

— No digo que hayas desmejorado, por el contrario, has ganado mucho, pues ya no tienes las señales de la viruela, que te dió á los diez años.

— Tiene V. razon, mi señora, tuve esas señales hasta dos años despues que llegué á Arequipa, en que una escarlata me las volvió á borrar.

— Ahora solo necesitas una cosa, Magdalena; la dijo doña Petronila con picante intencion.

— ¿Qué cosa, mi señora? contestó ella con curiosidad.

— Claro está, volver á tu aire de limeña, vestirte elegante y ponerte buena moza, como era tu pobre mamá en el tiempo del general, una linda muchacha que supo atrapar al torazo de Peñaranda. ¿Y qué haces tú por palacio, Magdalena?

La *Carosa* desconfió un instante, pero llevándose del cariño de la señora y de las señales inequívocas que le daba de su madre, padre y abuelo, no dudó ya de su sinceridad, y dicho y hecho, se hicieron conocidas.

La *Carosa* le refirió en seguida toda su historia; le dijo que á la muerte de su madre, hacia seis años, en el hospital de Santa Ana, y de su papá en Casamatas, se habia encontrado sola y sin amparo de edad de trece años, hasta que encontró un dia al sargento brigada de húsares, Pedro Quispe, con el que se *comprometió* y lo siguió á Arequipa, donde este murió pocos meses despues asesinado en la ranchería, sin dejarle otra cosa que el sobrenombre de *Carosa* que él mismo la habia puesto, y con el cual era conocida de todos los arequipeños; le dijo que al año siguiente tuvo la fortuna de encontrar otro compro-

miso con un comerciante polaco que la estimó y le dió mucho lujo, pero que este, perseguido por la justicia, tuvo que abandonarla el año de 1865; que en la época de la revolucion de Campo, á quien ella queria mucho, le habia hecho grandes servicios en Arequipa, á los que le habia correspondido ingratamente; y en fin, que habiendo conocido mas tarde al oficial Alvaredo, capitan de la cuarta compañía de Junin, vivió desde entonces con él, que ahora era jefe del cuerpo hecho por Perrosé á consecuencia de nuevos servicios que ella y él habian prestado á la revolucion de agosto, y que, como el batallon habia venido y se iba á quedar en Lima, habia resuelto volver á su pais, porque Alvaredo le habia prometido casarse con ella desde el principio.

La Salamanca, que oia todo esto, abriendo tamaños ojos, le dijo:

— Pero esto no es un motivo para que andes por palacio, tú tienes algo aquí, Magdalena.

— Ciertamente, doña Petronila, contestó ella candorosamente, el gobierno me ha prometido pagarme 6,000 soles, resto de 10,000 que se me ofrecieron y de los que solo me ha dado 4,000 en vales.

— ¿Y tienes los vales, Magdalenita?

— Sí los tengo, me los guarda Alvaredo.

— Lo mismo que no tenerlos, hija mia, primero porque nadie guarda mejor lo suyo que una misma, y segundo porque esos vales y papel de estraza son la misma cosa.

— ¡Oh! no, mi señora, porque S. E. me dijo esta mañana que mis vales me los pagarian, antes de tres meses.

— Todos los gobiernos dicen lo mismo, así decia Campo, y los suyos no se pagaron hasta los dos años;

todos dicen lo mismo ¿y los 6,000 restantes? preguntó ávidamente la usurera.

— El ministro me acaba de decir que vuelva mañana para darme 1,000 á cuenta, y agregó, aquí tengo mi expediente con mi decreto supremo.

Como hemos dicho, doña Petronila tenia cuarenta años largos de talle, como eran sus gloriosos antecedentes. Nació en Concepcion, pueblo de la provincia de Jauja, en 1824, hija de un comerciante de regular fortuna, á quien la mala suerte arrastró á la miseria, por cuyo motivo fué la muchacha de tierna edad recibida graciosamente en 1839, por una vieja comadre del doctor Arisa, cura de la parroquia: este, al cabo de cuatro años, encontró mas sustanciosa á la chica de diez y nueve que á su antigua comadre, y sin otro raciocinio alzó con ella para Lima, en la época del *concurso* de 1841, en que fué promovido á la parroquia de Santa Ana de la capital, donde la estableció á su lado, con el nombre de su comadre Petita. Por espacio de siete años doña Petita vivió en buena amistad con su compadre, hasta que este, metido en revoluciones y cosas mayores, fué procesado criminalmente, por falsificador y envenenador, y condenado á diez años de presidio con sus cómplices. Cierto es que el cura fué indultado por el Congreso de 1853 y rehabilitado mas tarde en el ejercicio de su ministerio, pero para entonces su comadre, acostumbrada á tres años de libertad, prefirió seguir de simple amiga del cura, á continuar bajo su patronato y parentesco espiritual. Sea que estuviera organizada para usurera, sea porque en los años de párroca hubiera comprendido cuánto valen cuatro reales, el hecho es que, á los pocos dias de la prision de su compadre, doña Petita realizó cuanto tenia, reunió 7,000

pesos y se puso á comprar sueldos en las puertas del Tesoro, con cuya industria al fin de diez y ocho años, tuvo casa propia, ricos muebles, calesa y mula, y lo mejor, 50 ó 60,000 pesos disponibles, buena salud, viveza y actividad prodigiosa.

— ¿De manera, Magdalena, que tú crees que mañana te pagan 1,000 soles? dijo, pues, á la *Carosa* con cierto tono burlesco.

— Por cierto que sí, me lo acaba de prometer el señor ministro.

— El dia del juicio por la tarde, cuenta con ellos, como que tú no sabes que no hay un real en el Tesoro y que Pancho Perrosé se ha mamado cuanto dejó el dictador.

— Eso no puede ser, porque un ministro sabe lo que dice y lo que tiene, y el señor Gomez es muy formal y muy sério.

— Así debia ser, pero las intenciones sobran y lo que falta es plata; ven donde el cajero, y verás que tu hombre formal habla como un papagayo.

Efectivamente, doña Petita y la *Carosa* se dirigieron y se acercaron al cajero.

— Buenos dias, señor cajero, le dijo saludándole la vieja, apretándole la mano y rascándole la palma con el dedo pulgar.

— Servidor de V., mi señora Salamanca; contestó el cajero con suma gravedad.

— ¿No es cierto, señor, que no hay ni para pagar las viudas?

— V. lo sabe, doña Petronila, pues si hubiera estaria V. cubierta de sus recibos por mas de 12,000 pesos.

— ¿Y cuándo habrá plata?

— No sé, pero como debemos ajustar antes al

ejército y los consignatarios no aflojan un peso, me parece que este mes se quedan todos tocando tablitas.

— ¿De modo, señor cajero, que no hay ni esperanza? preguntó con tristeza la *Carosa*.

— A menos que el ministro no haga milagros, no tendremos un real en todo febrero, es porque lo saben todos, que se apresuran con tiempo á vender sus sueldos; contestó el cajero, cerrándole á la Salamanca el ojo izquierdo.

La pobre *Carosa* se quedó fria, toda su fortuna en plata traida de Arequipa eran sesenta soles, que ese mismo dia habia empleado en comprar para Alvaredo una levita, una espada y un kepi, no le quedaban mas que veinte reales, ó dos soles, y debia pagar su cuarto en el tambo de Polvos-azules, é ir por la noche á comer con el jefe de Junin á cualquiera fonda.

Por otra parte, aunque era cierto lo que decia el cajero, no era menos evidente que la Salamanca lo tenia interesado en todos sus negocios con el dos por ciento, y que ambos tenian inteligencias acordadas para poner siempre en lúgubre situacion las arcas fiscales, delante de los interesados. Los cajeros hacian así sus legítimas *buscas*, daban del ave, de cuando en cuando una pluma á su jefe, y se hacian ricos en pocos años de cazería, porque los usureros de Lima, sobre los 7 á 8 millones de las listas, especulan á lo menos por la tercera parte, con un lucro mínimo de 8 á 12 por 100 al mes.

La *Carosa* y la usurera salieron del Tesoro.

— ¿Y ahora qué haces, Magdalena? le preguntó la vieja.

— No lo sé, voy á informar á Alvaredo, porque contan-

do con estos mil soles empleé lo que tenia en comprar le algunas prendas, no me que dan masque dos soles; los ojos de la pobre muchacha se llenaron de lágrimas.

— No te aflijas, sin embargo, hija mia; para la fonda nada necesitas, porque tú y tu querido pueden venirse á comer conmigo, yo estoy siempre sola; vengan VV. á las seis de la tarde, en casa hablaremos, y si quieren mil ó dos mil soles, yo se los daré en el acto, sobre el expediente y los vales; yo vivo en el número 13, calle Belaochaga, no lo olvides.

— Muchas gracias, doña Petita, no olvidaré las señas; contestó suspirando la *Carosa*.

La vieja acababa de tender su red, y segun ella el pez debia tragar el anzuelo: un expediente de 6,000 soles á mas de 4,000 en vales no es bicoca, equivale al trabajo de un mes de compra de sueldos que se haga en un dia, y suponiendo que generosamente diera 50 por 100 y que el pago se le hiciese en dos ó tres meses, siempre era un negocio de 4,500 soles, mal contados, de segura utilidad. La vieja se decia: el comandante no tiene equipaje ni reloj, Magdalena está poco menos que desnuda, y faltos de una peseta, estos pájaros no vuelan.

La *Carosa* se dirigió de palacio al cuartel de San Lázaro, ocupado por el batallon Junin; fué pensando por todo el camino lo que deberia hacer para proporcionarse recursos, si como parecia indudable, á pesar de los deseos del ministro, no habia plata en el Tesoro. La *Carosa* conocia bien á Alvaredo, codicioso como un judío, y su mayor inquietud consistia en que sin dinero habia de estar rabioso é impaciente, mucho mas cuando le habia dicho á bordo del vapor en que vinieron de Islay, que en Lima se gastaba mucho si vivian juntos como en Arequipa, lo que no

podia ser, porque él, teniendo familia, economizaria esos gastos, pero con el sacrificio de estar separado de ella públicamente. La *Carosa* tenia reconcentrado en Alvaredo todo su cariño, porque aunque no su primer hombre, era su primer amor, su vida é ilusiones; soñaba con su matrimonio, como con el ideal de la rehabilitacion y de su constancia, y como todas las mujeres empujadas por el destino á los bordes del abismo, habia consagrado toda su alma y reconocimiento al hombre que la habia salvado, amándola, y la iba á honrar y purificar, dándole su nombre y su porvenir.

Con estas tristes reflexiones llegó al cuartel: desde Arequipa tenia la costumbre de entrar sin el menor obstáculo, pues todos los oficiales sabian perfectamente las íntimas relaciones y acendrado cariño de su comandante: grande fué su sorpresa, cuando al llegar aquella tarde á las puertas del cuartel, el primer dia de su estada en á Lima, el centinela le dijo ¡atrás! y se hizo preciso llamar al oficial de guardia.

— ¿Qué es esto, mi subteniente, á qué viene este atrás? dijo la *Carosa* con mucho candor.

— ¿A qué, Magdalena? á que ya no estamos en Arequipa sino en tu tierra, y aquí la disciplina es mas severa; espérate en la prevencion mientras aviso al comandante.

No sin extrañeza esperó la *Carosa* en la prevencion el permiso de Alvaredo, pues no comprendia lo que pasaba. Poco rato despues regresó el oficial de guardia:

— Magdalena, le dijo, lo siento mucho, pero no solo no puedes entrar, porque el comandante está con la visita de su familia, sino que dice te vayas al momento y le esperes en el tambo, despues de la lista de cinco.

Como herida por un rayo quedó la *Carosa* con el corazon petrificado. ¿Cómo es posible, se decia, que Federico, que me ha prometido casarse conmigo, se avergüence de nuestras relaciones en Lima? ¿Qué familia es esta, á quien guarda mayores consideraciones que á mí, su mujer de tres años? ¿Él que se se ha paseado públicamente conmigo en Arequipa, no puede recibirme en Lima en su cuartel? Aquí debe haber algo demasiado grave.

— Dígale V. á Alvaredo que está bien; fué la única respuesta de la *Carosa* y salió en seguida.

Pero en lugar de dirigirse al tambo, se acercó á una frutería de la misma calle en la acera opuesta al cuartel, y entró en la tienda con el pretexto de tomar alguna cosa.

— Mi vida, dijo á la frutera; ¿quiere V. que tome aquí mismo granadillas y cerezas?

— Con mucho gusto, señorita, contestó la frutera, tome V. asiento; ¡vea V. qué cerezas tan frescas!

— Gracias, mi vida, repuso ella, tomando la silla que colocó de parte de adentro, recibiendo al mismo tiempo su plato de fruta.

Tenia la *Carosa* el propósito de no moverse de la tienda hasta no ver salir á la familia de Alvaredo. Así sucedió; minutos despues que ella, salieron dos señoras del cuartel, la una al parecer madre de la otra, pero esta conduciendo de la mano una niñita de seis años preciosa como un ángel: Alvaredo les hizo compañía hasta fuera de la guardia, y casi hasta enfrente de la frutería, en cuyo sitio se despidió.

— Te esperamos, pues, á las seis y media, dijo la mas jóven.

— A las seis y media, Erminia, no faltaré, contestó Alvaredo.

—Dále, hijita, un beso á tu papacito, agregó la otra señora, dirigiéndose á la niñita.

—Ven, ángel mio, contestó este tomando á su hija en los brazos y dándole muchos besos.

— Hasta luego, Erminia, contestó él.

La familia siguió su camino, Alvaredo regresó al cuartel, pero la *Carosa* con el corazon oprimido y sofocando el estallido del dolor y de las lágrimas, dijo á la frutera con cierta indiferencia :

— ¿ V. conoce, mi vida, esa familia?

— No, señorita, pero sí al niño Federico que ha llegado hoy de Arequipa con su batallon; debe ser su esposa, porque hace siete años se casó de subteniente, y yo lo sé, por vivir aquí tantos años, con cuyo motivo conozco á todos los jefes y oficiales que han ocupado el cuartel.

La *Carosa* pagó sus cerezas y salió en el acto, proponiéndose seguir á la familia hasta donde fuera, para conocer la casa, aun cuando Alvaredo no la encontrara en el tambo : mujer de grandes pasiones, vehemente y hermosa, á pesar de su género de vida, no podia reprimir en su alma, entre los tormentos de la duda los aguijones para ella mas agudos y mas crudos á cada instante, y su dolor era mas intenso á medida que el corazon le anunciaba, ser cierto el matrimonio de Alvaredo, como le acababa de decir la frutera.

Alcanzó á la familia en la primera calle de San Lázaro, la siguió varios minutos, subió tras ella el puente y quedó sorprendida al ver se dirigian á la misma calle donde estaba hospedada : siguió no obstante y observó que entraron en una pequeña casa de buenas apariencias, dirigiéndose al principal. ¿ Qué hago ? se preguntó la *Carosa* en medio de sus an-

gustias; y de súbito adoptó una idea y la puso en práctica, entró resueltamente en la casa, saludó á la señora que le pareció la madre, y le dijo:

—¿La señora del comandante Alvaredo está en casa, mi señora?

—Sí, señorita, acaba de entrar, tome V. asiento.

Erminia salió: era una mujer tambien hermosa, alta, de cabellos y ojos negros, nariz graciosa y son risa espiritual; aunque un poco marchita, su fisonomía apenas revelaba 22 á 24 años.

—¿Es V. señorita, la que me busca?

—Sí señora, contestó la *Carosa* con el estudiado disimulo de su dignidad ofendida, vengo á pedir á V. un favor cerca del comandante, aunque no tengo el honor de conocer á V.

—Lo que V. guste, señorita, contestó Erminia, con tal que Federico lo pueda hacer.

—He venido de Arequipa para conseguir la licencia final de un hermano mio, que está en su batallon, y solo V. puede hacerme esta obra de caridad.

—¿Cómo se llama su hermano?

—Tiene, mi señora, el mismo nombre del comandante, es mi hermano materno, y yo me llamo Magdalena Peñaranda.

—Rara coincidencia, señorita, que su hermano tenga el mismo nombre de mi esposo, circunstancia que será un motivo mas para servirla á V. con mucho gusto, cuente V. que, si la licencia depende de Federico, bastará que yo se la pida para que V. la obtenga; vuelva V. mañana por la respuesta.

—Muchísimas gracias, contestó despidiéndose la *Carosa*.

En la puerta de la calle se detuvo, y con los ojos

hechos un rio de lágrimas elevó su corazon al cielo y dijo : « te juro, Dios mio, que Federico ha muerto para mí. »

Con este voto se fué á su casa, pero no bien acabó de abrir, en los altos del tambo, la puerta de su habitacion, cuando reparó á Federico subiendo precipitadamente la escalera; se dijo entonces : « ahora me darás mis vales, ó no me llamo Magdalena. »

IV

TRABAJOS GUBERNATIVOS

La administracion Perrosé, legítimo corolario de toda reaccion de mala índole sin principios ni conciencia moral de su mision y su destino, estaba de antemano definida en la opinion pública y en el criterio de los hombres pensadores : ¿ con quiénes se habia juntado este caudillo para combatir á Campo? No era con sus correligionarios compañeros de campaña, peregrinacion y triunfo de 1865, porque aunque muchos de estos estaban descontentos con la indefinible política del dictador y del presidente, reconocian sin embargo, en el fondo de sus actos, el incontestable buen ejemplo de la moralidad personal en el manejo de la Hacienda, suficiente y fecundo título para la estimacion del pais. Estaba, pues, y debia estar el nuevo jefe del Estado unido á todos los cómplices de los atentados contra la pátria en 1864 y 65, á todos aquellos que, despues de saquear las arcas fiscales, no encontraron otro medio de cubrir sus latrocinios que entregar la República al enemigo extranjero, y entregárla maniatada en los tratados

Vancoví-Pareja, é indefensa por el desarme general de sus marinas y sus costas. A traidores y ladrones se unía, pues, la legalidad, y con elementos que salen del lodo político y social no se ha edificado ningun buen gobierno, en el tiempo ni en la historia; á traidores que, despues de la ocupacion del territorio por Pinzon y de las badulaquerías de Mazarredo, no tenian vergüenza para juntarse, en el mismo hogar y en la misma mesa, con Pareja, Lobo y Mendez Nuñez; á rapaces que, en los negocios de empréstito, amonedacion, guano, vestuarios, caminos, caballos y obras públicas, no habian hecho mas que continuar las interrumpidas depredaciones de 1852 y 1860.

El coronel Campo no era siquiera un hombre de pensamiento propio é iniciativa política, pero quizo ser y fué presidente honrado en su administracion, y esto solo bastaba para la gratitud nacional en un pais impelido y trabajado por la prostitucion, en los horrores del bajo imperio.

Como ante todo el historiador, como el novelista, debe ser imparcial con los buenos por lo mismo que, como la justicia de Dios, tiene que ser implacable con los malos, no importa quiénes sean, quede esto como regla á lo que hemos de decir en romance, ya que son ellos los que inspiran estas páginas, con sus contínuas y gratuitas difamaciones.

Eran pues las doce del dia, hora en que S. E. habia madrugado para los negocios públicos y hecho llamar á consejo al nuevo gabinete, sesion en la cual debian definirse la política, el espíritu y tendencias de la nueva legalidad.

Reunido el consejo, el presidente abrió la sesion, proponiendo diversas cuestiones gravísimas y de suma trascendencia para el crédito de la misma le-

galidad, como para la futura situacion económica del Estado.

Propuso :

La nulidad de todos los actos de la dictadura, la abrogacion de las leyes sancionadas por el Congreso de 1867 y de todos los actos administrativos de la presidencia de Campo :

El reconocimiento y pago de todos los sueldos y diferencias, en los años de 66 y 67, y el restablecimiento de todos los empleados existentes, hasta el 8 de noviembre de 1865, fecha del régimen caído:

Adquisicion de recursos fiscales, por medio de empréstitos y negociaciones con los consignatarios del guano :

Convocatoria á eleccion de presidente y á Congreso, conforme á las anteriores leyes de colegios electorales :

Obras públicas de alta importancia, siendo la preferente á todas el ferro-carril de Arequipa, segun el trazo perfil y presupuesto de los ingenieros Plumas y Echegaré, hecho seis años antes :

Exequias nacionales inmediatas á la memoria y restos del gran mariscal Castilla; y para coronar el edificio,

Nombramiento de autoridades políticas y altos funcionarios de hacienda, restableciendo en el dia la antigua direccion y contabilidad fiscal.

No discutió mucho, por cierto, el consejo de ministros, pues el diario oficial anunciaba aquella misma noche, la nulidad de los actos de la dictadura, de las leyes y decretos de la Constituyente, y registraba la disposicion para liquidar los dos años de sueldos y diferencias á todos los antiguos pensionistas del Tesoro, sobre los cuales S. E., sacudiendo como Júpiter

la blonda cabellera, hacia caer una lluvia de oro. Por supuesto, los periódicos publicaban además las cosas de familia, el decreto de los honores fúnebres al mariscal, y como para halagarle en su tumba, el nombramiento de D. Manuel Rigoyeni en el empleo de director general de Hacienda.

¿Quién era en 1868 el general Perrosé para titularse presidente constitucional de la República? cuáles eran sus legítimos poderes? El general Perrosé habia sido proclamado segundo vice-presidente por cuatro años el 2 de agosto de 1862, por consiguiente, sus poderes bien determinados é improrogables habian caducado el 2 de agosto de 1866, conforme á la Constitucion de 1860, que en sus artículos 85, 88 y 89 define con el carácter de perentorios y fatales los períodos de los jefes del Poder ejecutivo. Pretender, pues, que Perrosé representaba la legalidad en 1868, era insultar el buen sentido del pais, con un sarcasmo tanto mas ridículo, cuanto que el mismo Perrosé habia dado el golpe de muerte al régimen constitucional, sublevándose contra el primer vice-presidente en 1865. El general Perrosé nada era ni podia ser á la legalidad, y sus títulos políticos, tan espúreos como los de la dictadura, carecian completamente de fundamento jurídico, como, en rigor lógico, han carecido tambien de fuerza y valor legal todos los hechos que se han derivado de aquel orígen, esto es, los actos políticos y administrativos de la administracion del coronel Tabal. ¿Cuál es el Congreso que proclamó á este jefe del Estado? no es otro que el Cuerpo legislativo de 1868; ¿y cuál es la entidad ó significacion legal y política de este Congreso? ninguna, evidentemente ninguna; porque, segun lo dispuesto en la Constitucion de 1860, los Congresos, para gozar de índole legal, deben fun-

dar sus decisiones en los dos tercios de las anteriores legislaturas, renovándose únicamente en un tercio al bienio; si, pues, en el de 1868, no hubo la base legal porque se infringió la Constitucion, eligiéndose á todos los representantes, es incontestable que los actos de tal corporacion han sido y son írritos y completamente nulos, y como su primer acto fué la proclamacion del presidente Tabal, la administracion de este no es mas que el efecto espúreo de una causa que tambien lo era. Y si alguno alegara que el consentimiento de la nacion, por haber elegido aquellos representantes, ungía y consagraba la legalidad de sus actos, por el mismo principio eminentemente revolucionario quedarian consagrados y ungidos los actos del presidente Campo, consiguientes á su proclamacion en 1867 por representantes electos directamente en el pais.

Pero como entre nosotros el éxito ó resultado es la única causa justificativa de los medios, el general Perrosé, sin ser nada legalmente en la República, apeló al derecho de revindicacion, por el tiempo en que habia sido separado de su segunda vice-presidencia, y á este título, en alto grado ridículo, aconsejado por el eminente jurisconsulto doctor Lopar, se elevó nuevamente al poder sobre los cadáveres de Arequipa, Trujillo y Cajamarca.

El nuevo órden de cosas, ó sea dicho la nueva constitucionalidad, solo sirvió, para lo que debia servir y sirven entre nosotros todas las causas políticas, para aherreojar á unos y elevar á otros, someter á botin la caja pública, y, á fin de fiesta, regalar al pais el gobierno abisinio que debia concluir en 72, bajo la sentencia profética de los libros sagrados, es decir, « muriendo á cuchillo los que á cuchillo mataron. »

Inspirados con la política y propósitos adoptados

en el Consejo, los ministros del general Perrosé regresaron á sus puestos, para resolver con sus actos los destinos futuros del pais, y devolver á la sociedad el suspirado bienestar tanto tiempo perdido.

Relaciones exteriores. — Inmediamente que el doctor Lopar entró en su despacho, hizo llamar al oficial mayor á quien se dirigió en estos términos :

— Tráigame V. la lista del cuerpo diplomático y consular en el extranjero.

— Aquí está, señor ministro, contestó el empleado, sin disimular una sonrisa que. bien traducida, significaba : « este hombre se propone alguna barbaridad. »

— ¡Lea V.! dijo con seriedad el anciano pero novel diplomático.

El empleado leyó :

— Embajada de Lóndres y Paris, — El Sr. Rivero.

— Ese Pancho ha sido mi condiscípulo, déjele V.

— Legacion de Washington, — doctor García y García.

— ¿Quién es este?

— Es un abogado jóven, casado en la familia de los Delgados.

— ¿De estos señores que me han visitado dos veces?

— No sé, señor ministro, si son ellos los que han visitado á V. S.

— Déjele V., veremos mas tarde.

— Legacion de Chile, — D. José Dorpa.

— ¿Hermano del que fué ministro?

— No señor, su tio; el oficial mayor reventaba de risa.

— Póngale V. una cruz, dijo el ministro.

— Legacion de Bolivia, — subsiste el nombramiento del doctor Carnijo.

— ¡ Cómo ! ¡ el ranita !

— No sé quién es el ranita, señor ministro.

— Ese que estuvo con Campo, y á quien Zeagarra le quitó el cañon en Catarindo.

— Creo que sí, señor ministro.

— Cruz con él, señor oficial.

— Por lo demás, no me parece importante, para hacer alteraciones, el cuerpo consular; indicó respetuosamente el empleado.

— Sin embargo, veamos quiénes están en Paris y Lóndres.

— En Paris, — Marcó del Pont.

— Este debe ser hijo de un antiguo amigo mio comerciante de Arequipa, déjele V.

— En Lóndres, — doctor Casós.

— ¿ Es este el cónsul que nos ha dirigido las notas sobre el aumento del precio del guano ?

— Sí, señor ministro.

— ¿ Y este individuo es acaso pariente del diputado impío del Congreso ?

— No sé si el doctor Casós es impío, pero es él nuestro cónsul en Lóndres.

— En el acto, señor oficial, destitúyalo V.

— Pero señor ministro, será preciso nombrar otro, porque ese consulado es el mas importante.

— *¡ Acacáu !* exclamó el doctor Lopar, ahora recuerdo que Rigoyeni me habló anoche, para que pusiera á un tal Quintana, que me dijo era de la familia de los señores Elías ; ¿ no es así ?

— Creo que no, ó que sí.... no lo sé.

— Pues nómbrele V. hoy mismo, nada quiero con herejes, cualesquiera que sean sus servicios.

GOBIERNO. — Cuando el general Lafon llegó á su despacho, le era poco menos que imposible abordar el sillon del ministerio, todos los asientos de la antesala y del despacho mismo estaban ocupados, parecia aquello, y poco menos así lo era, un teatro en dia de beneficio, con la sola diferencia de no saberse si el Estado, el ministro ó los pretendientes, eran los agraciados.

Sea dicho en verdad, el mariscal es todo un hombre de corte, experiencia y mundo, digno de los tiempos de Luis XIII y Ana de Austria, y en el gabinete de Perrosé podia afirmarse, á buen seguro, que era el político mas consumado y hábil, cuando no fuese por otra cosa que por el grande olfato de las situaciones, los hombres y las cosas, adquirido en la bicoca de 60 años de peripecias, altos y bajos de la suerte, y para decirlo todo, de carrera pública.

Al primer golpe de vista descubrió, entre pretendientes importunos y conversadores estériles, á un hombre de esos que, por su frescura y franca fisonomía llenan el hueco y en quien, aunque no conocia personalmente, adivinó con maravilloso instinto debia ser lo único fértil en ese bosque de parásitos. Era este caballero una especie de gringo criollo, muy pulcro, aunque severo en su séria *toilette*, con ojos verdes, completamente afeitado, lo que daba á su fisonomía el puro esmalte de la porcelana.

Como el mariscal no hiciese estudiadamente atencion al hombre que mas le interesaba, su hijo que estaba siempre á su lado, le hizo al oído la siguiente advertencia:

— ¡ Papá, el señor Gimegs!! este es el caballero de quien te hablé anoche.

— ¡ Hola! señor Gimegs, dijo el mariscal, con un

tono de buena fé manifiesta para todos, pero no para aquel, hombre que sabe con comentarios como sabe Gimegs, los mandamientos y las obras de misericordia.

— Siga V., mi general, sus altas atenciones, no se ocupe V. de mí, esperaré con calma, tenemos tiempo para todo; contestó este, con su aplomo tan singular como habitual.

— A esta respuesta de todo un campechano de mano franca y abierta, no pudo menos que corresponder el ministro, invitándole á entrar en su gabinete privado, y encargando al jóven le hiciese entretanto la corte.

El señor Gimegs pasó á esa habitacion privada.

El ministro se ocupó en seguida de despejar las nubes del horizonte, citando á los mas para el siguiente dia, rogando á uno volver en la noche, y remitiendo á otro á la mesa de partes; luego llamó al oficial mayor:

— Mi doctor, le dijo, es preciso hoy mismo ocuparnos de los funerales de Castilla y nombrar la comision que vaya por sus restos; haga V. que el jefe de la seccion me forme inmediatamente una razon bien clara de las obras públicas pendientes y en proyecto; asimismo necesito una lista de los prefectos y subprefectos de la República, de los que deben ser destituidos y reemplazados á juicio de V., pero que sean hombres de órden; vaya V. redactando el decreto para elecciones de presidente, vice-presidentes, senadores y diputados á Congreso, á fin de que las elecciones comienzen en abril y terminen en mayo próximo, por supuesto, haciendo el apunte de los que debemos recomendar, dejando los correspondientes claros para los amigos íntimos, pues S. E. quiere, antes de ocho dias, dar al pais esta prenda de paz y de legalidad.

— ¡ Muy bien ! ¡ muy bien ! mi querido mariscal; contestó con voz melíflua el jefe de la oficina.

— Por supuesto que la firma de hoy, con las circulares de costumbre, estará expedita para las cinco de la tarde, á fin de que, los correos de esta noche y vapores de mañana, lleven al Sur y al Norte la importante noticia de la organizacion del nuevo gabinete; repitió el ministro.

— Sí, mi mariscal, sí; todo se está trabajando, V. S. I. no se preocupe por nada, ya se lo he dicho, lo único que no se hace es lo que no adivino, despues se hace todo, todo mi mariscal; contestó el conspícuo oficial mayor con un tono de confianza y proteccion que solo dá el convencimiento de una alta, superior y aguda inteligencia.

— Bien; ahora, doctor, que nadie entre en el gabinete, á menos que me llame S. E. ó sea alguno de los miembros del Consejo.

El ilustre ministro dejó el sillon de su despacho y entró en su camarilla privada, prorrumpiendo con este saludo al ver á Gimegs :

— Sin el honor de conocer á V. personalmente, señor Gimegs, ya le estimaba muchísimo, por sus trabajos en el progreso de Chile, y sobre todo, porque todos me hablan unánimemente de su carácter franco y leal; á los soldados nos satisface en alto grado la franqueza.

— Amigos que no faltan, mi general, y aquí está uno de ellos; contestó Gimegs, palmeando graciosamente la nuca del vástago del mariscal.

— El general dijo para su capote : « este hombre es un mundo, con él hay que irse con tiento, pero ya veremos, el diablo no sabe tanto por diablo. »

— Con que, mi amigo Gimegs, ¿es cierto que V. quiere el camino de Arequipa?

— Segun y conforme, mi general, si ustedes lo contratan en buenas condiciones, quieren cumplirlas y arreglan el embarazo de la concesion de Pickering, lo tomaré con voluntad.

— No hay que temer del contrato Pickering, pues, á mas de estar vencidos sus plazos, ese sugeto ha hecho quiebra en Lóndres.

— ¿Tienen ustedes comunicacion oficial de ese suceso?

— Nada menos que una nota de nuestro cónsul.

— Siendo así, el primer obstáculo no existe.

— En cuanto á las condiciones, repuso el ministro, el Gobierno fija las de los planos y presupuesto de los ingenieros Plumas y Echegaré.

— ¿Es decir?.. indicó Gimegs.

— ¡Diez millones!!

— ¡Eso es imposible! aquellos ingenieros calcularon como para el Estado, que cuando falta plata pone el resto para no perder lo gastado, pero los contratistas no podemos pensar del mismo modo, mucho menos, despues de seis años, en que los materiales aplicables á ferro-carriles y los salarios de los obreros han subido enormemente; déjeme V. S. sin embargo veinticuatro horas para pensarlo, no está lejos que nos pongamos de acuerdo por 12 millones de soles, no de pesos, en cuya moneda hicieron sus cálculos Plumas y Echegaré; solo sí le hago una advertencia, mi general.

— La que V. guste, mi amigo Gimegs.

— Que si esta noche S. E. habla de esto á V. S. se digne manifestarle dos cosas; que hago el camino

en dos años fijos, pero ni por un centavo menos de 15.000,000 de soles.

— ¡ Imposible, señor Gimegs, imposible! eso sería doblar el presupuesto de 1862.

— No me comprende V. S., mi general; le encargo únicamente que V. S. diga eso á S. E., sin estar lejos de aceptar la obra por doce ¡ vaya! esto es solamente para afianzar el negocio, entre hombres de mundo nos entendemos ¿ no es cierto, mi general?

— Por supuesto, mi amigo Gimegs, contestó en tono de confianza el ministro, y agregó — pero quedamos en una respuesta fija para mañana, porque la cosa apura. S. E. está muy comprometido con Arequipa á decretar la obra en la primera quincena de su gobierno, y esta mañana mismo han venido á solicitármela tres ó cuatro grandes negociantes, con quienes no he querido comprometerme discretamente, recordando lo que me habia dicho mi hijo. El general iba con Gimegs, de potencia á potencia.

— Solo veinticuatro horas, mi general, contestó Gimegs, y quién sabe menos.

El futuro contratista tomó su sombrero, tendió cordialmente la mano al viejo mariscal, se abrochó la levita, dijo adios al jóven, y dejando sembrada una semilla de fecundas esperanzas en esos terrenos fértiles y descansados desde 1852, salió del gabinete hablando consigo mismo por los patios de Palacio. Al pasar por el Tesoro decia : « al fin hallé un hombre de mi calibre y un pais que me conviene; » sacó luego su pañuelo de batista, se limpió el sudor de la frente, y se fué por media plaza con paso largo y habitualmente compasado.

HACIENDA. Sea que las noticias de la anemia fiscal

asustaran á los pretendientes; sea que los diez soles dados á los arequipeños, la noche anterior, hubiesen producido algun efecto calmante; ó que los rumores de que D. Francisco habia limpiado la patena, tuvieran alejados á los acreedores, el hecho evidente y singular en su clase es, que el ministro de Hacienda, al regresar del Consejo, encontró su despacho mas escueto que una sala de *de profundis*.

La infeliz *Carosa* era la única que, con los ojos hinchados de llorar toda la noche la pérdida de Federico, le esperaba en un rincon, como alma que hace penitencia para salird el limbo, con la piadosa intercesion de los santos Padres.

Este suceso, raro en su género, picó la atencion y curiosidad del ministro, porque al fin siempre es interesante, siquiera como cuadro social, el hecho excepcional de una muchacha que, sin proteccion de nadie, va á una oficina de palacio confiada en la justificacion de un funcionario; así es que el señor Gomez compadecido la hizo entrar bondadosamente en su padescho.

— ¿Parece que llora V., señorita? le dijo con ternura.

— Sí, señor, he llorado toda la noche y esta mañana; la *Carosa* exhaló un suspiro y se limpió las lágrimas con el pañuelo.

— ¿Y por qué, señorita, tanta afliccion?

— Porque soy muy desgraciada, señor; estoy hospedada de caridad en una casa, y no sé cómo vivir en esta ciudad honestamente y sin los riesgos de la prostitucion, si el gobierno no me paga mi expediente.

Tan extraño le pareció semejante lenguaje al ministro, en una mujer que consideraba poco menos que mujer perdida, que no pudo menos de decirle:

— Y si el gobierno le pagára su expediente, ¿qué haria V. despues?

— Creo, señor, que me iria á un convento, yo no he nacido para la vida del deshonor; contestó la *Carosa* bajando avergonzada la frente.

El ministro tocó su campana, á cuyo timbre apareció un portero.

— Llame V. al tesorero, le dijo, y volviéndose á la *Carosa*, le pidió su expediente.

Con el excelente corazon de un hombre bueno, le puso y firmó el decreto de pago y cancelacion total, mandando se tomara razon en la Direccion de Hacienda; pero reparando luego que se habia equivocado, pues solo debia ordenar una buena cuenta de 1,000 soles, lo iba á enmendar, mas reflexionando, se dijo—mejor es una obra de caridad con esta infeliz que hacerla penar Dios sabe hasta cuándo.

El tesorero llegó.

— Me ha asegurado el prefecto que ayer le mandó á V. 30,000 soles para la caja.

— Sí, señor ministro, ahí están.

— Vaya usted entonces con esta señorita á la Direccion, que se tome razon de este expediente, y páguele V. en el acto.

— ¡Cómo, todo mi expediente!

— Todo, sí señorita, todo, no llore usted mas, ni vuelva á entrar en palacio.

La *Carosa* se precipitó en las manos del ministro, cubriéndolas de besos tan ardientes como la fiebre que la devoraba desde el dia anterior. En seguida salió con el tesorero.

Pocos minutos mas tarde recibia Magdalena en el tesoro los 6,000 soles; guardó bien su dinero y se fué directamente á la calle de San Marcelo, entrando

despues de tres horas á la habitacion de reja, donde la noche anterior la habia conducido su suerte misteriosa, en busca de la Salamanca y huyendo del hombre que acababa de despedazarle el alma y extinguir sus últimas ilusas esperanzas.

Al separarse la *Carosa* del ministro, entraba, en el despacho de este, el señor D. C. Schiutti, consignatario del guano en Alemania; Schiutti, que habiendo residido muchos años en Arequipa y casado con una buena moza arequipeña, tenia el derecho, á título de extranjero, de tratar á todos los hijos del Misti, cualquiera que fuese su posicion, con la misma confianza con que los peruanos trataríamos en Berlin al príncipe de Bismarck.

— Bravo, mi don José, le dijo con risueño sarcasmo, y parece que V. no quebrara un plato, ¿quién es esa linda muchachuela?

— Una pobre de Arequipa que ha llorado todo el dia porque no tenia que comer y le he pagado su expediente.

— ¡Siempre el mismo hombre! excelente y humanitario con los pobres, aunque dicen que V. es terrible con los que no lo parecen.....

— No es así, señor Schiutti, yo soy bueno para todo lo que es legal, pero no transijo con lo que no lo es; á esto se reduce mi conducta.

— Vamos á la prueba, contestó el consignatario. ¿Encuentra V. S. legal refrendarme con su «visto bueno» esta órden del comandante general Perrosé?

El ministro recorrió la nota que aquel le presentó, en que el prefecto, fundándose en las circunstancias urgentes, pedia para el Tesoro 100,000 soles á los consignatarios de Alemania, al pié de cuyo oficio estaba el recibo de la entrega.

— Sí, dijo, no hay otro remedio, y en prueba de ello, vea V.; el ministro puso en seguida del recibo la cláusula «Refrendado» y firmó.

— Schiutti guardó esa nota, pero luego sacó otro papel con mucha calma, diciéndole:

— ¿Y en esta otra, que ha sido la condicion de la segunda?

El ministro leyó la otra nota en que el comandante general decia simplemente, que restablecido el régimen legal, las cosas volvian á su primitivo estado, y que por consiguiente los consignatarios de Alemania podian seguir fletando buques y cargando guano, con sujecion á los contratos vigentes.

— ¿Pero, señor Schiutti, este documento es innecesario para el cumplimiento de su contrato de consignacion?

— ¡Ay, mi D. José! el gato escaldado huye del agua fria! mas sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena! el pais de VV. es de muchos volcanes, ¿y quién me garantiza que mañana, si hay una contrarevolucion, no nos salgan con la antífona de que fletamos y cargamos guano sin licencia?

— En fin, dijo el ministro, moviendo la cabeza con mucha buena fé, sino es mas que por eso, aunque me parece inútil, tenga V.; y le puso y firmó la misma cláusula de refrendacion.

De ávido gozo ensanchaban sus órbitas los ojos del consignatario: con esa simple palabra *refrendado*, que restablecia con el gobierno sus interrumpidas relaciones oficiales, acababa de ganar la cuestion pendiente en el arbitraje del senado de Hamburgo; acababa de ver revocada á su casa la órden de suspension de fletamentos y de carguío, existente diez y ocho meses antes, por decreto dictatorial; en fin, con esa

palabra *refrendado* acababa de salvar 100,000 toneladas de su cuenta y riesgo contratadas en Europa, con forzamiento y alza de fletes, perjudicando al Tesoro nacional; palabra que valia para la casa mas de 3 millones en caja, y la adquisicion de su crédito mercantil argüido por el mismo gobierno; mal inmenso hecho al Estado con la sencilla buena fé de un hombre de bien, y con la circunstancia de no quedar ni siquiera copia de esos diabólicos documentos en las oficinas fiscales. ¡¡Que Dios tenga en buen lugar al que sugirió esos documentos, explotando una generosa hospitalidad!!

Guerra y Marina. Como habia cesado la guerra, poco tuvo que hacer ese dia el general Zuvirila, limitando sus actos á dos cosas muy urgentes; *decretar una provision de vestuario* para todo el ejército, armada y gendarmerías, y contratar 12,000 *rifles* para reformar el armamento de nuestras fuerzas.

Justicia. Recordando el doctor Muñiz que un jardin botánico habia sido el sueño del ilustre doctor Heredia, quiso marcar su etapa con el decreto para su construccion y plantificacion: tampoco olvidó que, hallándose mal acomodada la Corte Suprema en el mismo palacio, era mas conveniente destruir la escuela normal de Instruccion primaria y elemental de artes, para hacer mejor aplicable la ley en el nuevo templo de Astrea, sobre todo, cuando el palacio estaba tan lejos de los jueces y la pobre escuela se hallaba mas cerca.

V

NUNCA ES TARDE PARA EXPLICARSE

Recordarán nuestros lectores que despues de la entrevista de la *Carosa* con Erminia, esta juró á Dios que «todo habia terminado entre ella y Federico,» y que cuando le sintió subir los escalones del tambo de *Polvos azules*, se dijo: «ahora me darás mis vales, ó no me llamo Magdalena.»

Al ver la *Carosa* á Federico, le preguntó con estudiada sangre fria:

— ¿Tú vienes directamente del cuartel?

— Sí, Magdalena, ¿de dónde quieres que venga?

— ¿Por qué no me dejas teentrar hoy, como lo hacias en Arequipa?

— Porque tenia de visita á mis primas, y como aquí todo se mira mal, me pareció mejor que no entraras, ¿pero qué es esto, Magdalena, no me das un beso?

— ¿Por qué no, Federico? contestó ella, y le dió no uno sino dos besos, con lo que le dejó tranquilo.

— ¿Y viste á S. E.? le volvió aquel á preguntar, agregando, pues el presidente te ofreció una buena cuenta de 1,000 soles, al llegar á Lima.

— Sí, contestó ella, he hablado con el general y me ha dicho le deje los papeles para la primera ocasion.

— ¡Y se los dejaste!

— Por cierto; repuso ella con estudiado candor.

— ¡Qué mal has hecho, Magdalena, ya no los ves mas en tu vida!

— No lo creo, porque S. E. me ha asegurado delante del ministro que me pagará el todo y de preferencia, y que en lugar de 1,000, me darán mañana 2,000 soles, creo que con esto puedes uniformarte.

— ¿Y á qué hora te los darán, no te han dicho?

— Sí, el ministro me dijo fuera á las cinco de la tarde por la órden de pago.

— Yo vendré, Magdalena, para ir contigo.

— Tú solo irás por ellos si te parece mejor, porque como tú has de guardar el todo, lo mas seguro es que tú los recibas.

— No, iremos ambos al Tesoro, pero al ministerio entrarás tú sola.

— Como quieras, Federico.

— No olvides que tienes que firmar tambien en los vales.

— Cierto; ni me acordaba de lo que me dijiste en el buque, pero si lo crees necesario.....

— Sí, eso es indispensable, Magdalena, para hacerlos refrendar.

— Entonces, mañana cuando recibas los 2,000 soles, trae los 8,000 en vales para firmarlos.

— ¿Pero por qué mañana? aquí los tengo, fírmalos de una vez, será lo mejor.

— Como quieras, Federico; contestó con la mayor simplicidad la *Carosa*.

Alvaredo sacó los vales de su cartera de campaña que llevaba en el bolsillo, la *Carosa* los tomó para

firmarlos, pero observando que en el cuarto no habia tintero ni pluma, salió de la habitacion, diciéndole:

— Voy á buscar con que firmar; pero al salir llevó consigo los ocho vales.

Federico se quedó en el cuarto esperando á la *Carosa;* calculaba que con los vales y los 2,000 soles, de los que solo la daria 500, haria efectivos de 6 á 8,000 soles, á expensas de la pobre muchacha ¡ en su helado corazon no entraba mas que el cálculo!

Cuando aquel esperaba el regreso de Magdalena, subió á los altos un sirviente del tambo, llegó á la habitacion y preguntó:

— ¿El comandante Alvaredo?

— Soy yo, ¿qué manda V.? contestó.

— En la puerta de la calle hay una muchacha que pregunta por V. de parte de la señora, que dice ser su esposa.

Alvaredo salió de la habitacion, bajó precipitadamente la escalera y en el patio se encontró con Magdalena.

— ¿Dónde vas? le dijo esta, afectando mucha inocencia.

— Vuelvo en un momento, no tardaré ni media hora; contestó él saliendo del tambo.

— Mira, Federico, que si retardas me iré sola á comer.

— Media hora solamente, Magdalena; repitió aquel, y se fué.

Siempre son víctimas de hábiles intrigas los hombres que no conceden á las mujeres el buen sentido y la perspicacia que ha dado la naturaleza á la que parece mas inocente: Alvaredo cayó, pues, en las redes de la *Carosa.* Ella habia comprendido por completo su situacion, estaba convencida que el amor de

ese hombre, durante tres años, solo era una necesidad de su aislamiento en Arequipa, y que al regresar á Lima y encontrar á su esposa, no quedaban en su corazon mas que pasiones venales, el deseo de apoderarse de la suma que el Gobierno le habia decretado, para abandonarla en seguida á la miseria y degradacion. La *Carosa* decidió entonces recobrar sus vales, percibir ella misma el valor de su expediente y separarse definitivamente de un hombre pérfido y de sentimientos indignos. Con este propósito le inspiró la mayor confianza, consiguió su objeto y lo hizo salir del tambo figurando la llamada de su esposa.

Tan luego que Alvaredo salió, la *Carosa* dijo para sí, mirándole con desden : « ¡Corazon miserable, tu mayor pesar es perder mi dinero! » Inmediatamente llamó al patron, y sacando de sus dedos una sortija de brillantes, le dijo :

— Me voy ahora mismo donde una señora amiga mia, doy á V. esta sortija en prenda de lo que le debo del cuarto, y como es alhaja de valor, súplame V. diez pesos mas hasta mañana que se los devuelva y pague mi cuenta. El patron no tuvo inconveniente en servirla, le dió el dinero y un mozo para que le condujera su equipaje, compuesto de un baul y dos sacos de viaje.

La *Carosa*, seguida del mozo, dejaba minutos despues el tambo de Polvos azules, sin indicar su nueva direccion.

Entretanto Alvaredo llegó á su casa muy inquieto, presumiendo que Erminia supiera de sus relaciones con Magdalena, puesto que le habia hecho llamar de las habitaciones de esta, así es que cuando entró en la casa, á dos pasos del tambo, creyó disculparse diciéndola :

— ¿Quién te dijo, Erminia, que yo estaba en la habitacion del mayor Ortiz?

— ¿A mí? ¡nadie! ¿cómo quieres que lo sepa?

— ¡Cómo, nadie! y entonces ¿cómo has sabido que estaba en el tambo?

— ¡Yo hijo mio! ¿Estás en tu juicio?

— Sé franca, Erminia, tú me has hecho llamar.

— No, te digo que no; pero ya que estás aquí, vamos á comer, pues son las seis y cuarto.

Erminia y Federico, su mamá y Zoilita, así se llamaba la chiquilla, pasaron al comedor.

Alvaredo, confundido por la incertidumbre, no podia explicarse el enigma de la llamada que su esposa le negaba y queriendo salir de dudas insistiendo en que fuese cierto el hecho, le preguntó :

— ¿Dónde está la muchacha que mandaste?

— ¿Pero estás loco, Federico? si yo no te he llamado ni tengo muchacha.

— No, no puede ser; tú has visto á alguien, despues que saliste del cuartel, que te ha dicho que yo venia donde el mayor.

— Pues, hijo, te juro que no; á la única persona que he visto, delante de mamá, es á una pobre señorita que vino á pedirme un servicio, que tú le puedes hacer y se lo he prometido.

— ¿Y quién es la señorita?

— Se llama Magdalena Peñaranda.

— ¡Magdalena Peñaranda! esclamó Alvaredo en cuya inteligencia penetraba un rayo de luz, y agregó — ¿y qué quiere conmigo esa señorita?

— Poca cosa, Federico, ha venido de Arequipa para conseguir la licencia final de tu tocayo; Erminia se echó á reir.

— ¡Mi tocayo! ¿cómo se entiende, Erminia?

— Sí, porque tienes en tu batallon un soldado arequipeño que se llama como tú, Federico Alvaredo, hermano de madre de esa señorita, que, sabiendo soy tu esposa, se empeña conmigo por su licencia final; le he prometido conseguirlo y vendrá mañana por la respuesta.

Alvaredo guardó un momento de silencio, se explicó entonces el misterio y comprendió que Magdalena se habia valido de esas suposiciones, para conocer y descubrir su verdadera posicion : recordó contrariado la ligereza con que le habia dejado los vales, y no pensó ya mas que en acabar la comida, para volver al tambo, pues mas que sus culpas le pesaba la niñería de que era víctima.

— ¿Con que nada me contestas, Federico? le preguntó Erminia.

— Cómo no, cuando venga mañana dile que vaya por su hermano al cuartel puesto que tú lo deseas, y como son cerca de las siete y media, me voy antes que llegue la lista de ocho.

Alvaredo se levantó de la mesa y abrazó á su esposa y á su hija prometiéndoles volver á las diez, si conseguia encontrar al mayor Ortiz, pájaro que, como se ha visto, habia alzado el vuelo y cambiado de nido. Salió, pues, de la casa y se fué al tambo, subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera, y llegando al cuarto de la *Carosa*, lo encontró cerrado. Lo primero que se le ocurrió fué que como él se habia retardado una hora, ella se habria ido á comer; preguntó entonces al cuartelero si la señorita habia dejado para él algun aviso, y supo con gran sorpresa que se habia ido del todo hacia una hora. Como herido por un rayo se quedó con la noticia y se dirigió al patron para saber adonde se habia dirigido, á lo que este le

contestó que lo ignoraba, porque la señorita no le habia dicho más, sino que se iba donde una señora amiga suya.

Vinieron entonces mil conjeturas á Alvaredo, ya suponia una intriga de alguno de sus oficiales, ya que Magdalena huviera encontrado personas de su familia para sugerirle una separacion, pero siempre concluia con lo difícil que le iba á ser recobrar la confianza de su *Carosa*, recuperar los vales y recibir los 2,000 soles al dia siguiente. En estas incertidumbres se dirigió á su cuartel, encargó al mayor la ronda que le correspondia, y á las nueve de la noche se lanzó de hotel en hotel por todo Lima, en busca de Magdalena.

Esta, como puede presumirse, era mujer tan hábil como previsora y perspicaz, así es que, saliendo del tambo con el mozo, llegó á la esquina de Santo Domingo donde lo despidió, llamando á otro cargador con el cual tomó la direccion de la calle de San Marcelo para irse donde la señora Salamanca; pero como habia olvidado el número de la casa, despues de muchas preguntas y muchas vueltas, cerca ya de las nueve de la noche, se resolvió á pedir hospitalidad en cualquiera parte, antes que irse á ningun hotel, recelosa de las persecuciones de Alvaredo. Con este propósito se entró en la casa que le pareció de mayor respeto, eligiendo una de la plazuela de San Marcelo.

Entró, pues, resueltamente; un criado, como de cincuenta años, salió á preguntar qué se le ofrecia, á lo que ella contestó simplemente que deseaba ver á la señora. El criado la rogó tomar asiento en los corredores y fué á avisar al principal.

Dos señoras conversaban en ese momento en el salon, la una como de treinta y seis años y la otra de treinta y ocho á cuarenta, ésta vestia luto riguroso;

eran, la una, la señora Elena Urdanivia y Asecaux, la otra, la señora Teresa del Campo y Casafranca, viuda del doctor Arístides Casafranca, inícuamente asesinado en Cajamarca en la revolucion del régimen legal.

— ¿Qué hay, Norberto? preguntó la señora Elena.

— Hay, señora, una niña en el corredor que pregunta por V.

— ¿Alguna pobre sin duda?

— Así parece, señora; contestó el criado.

La señora Elena sacó su monetario, tomó cuatro soles y dijo á Norberto:

— Toma para esa pobre niña, pregúntale su direccion y apúntala en tu libro, en la lista de los dias 15.

El criado salió.

— No puedes considerar, Teresa, dijo con este motivo la señora Elena, como está Lima de niñas pobres vergonzantes, te aseguro que, aunque para mí es grande satisfaccion socorrerlas, se me aflige el corazon á cada paso.

— Si esto sucede en Lima, querida Elena, figúrate cómo estarán nuestros pueblos del interior, yo, que vengo de ver su espantosa miseria, puedo decirte que el pais atraviesa la peor de sus épocas.

Norberto volvió á entrar, diciendo:

— La señorita me ha devuelto los cuatro soles, no viene por limosna, sino para hablar con la señora de la casa.

— Hazla pues entrar, sabremos lo que es.

Norberto lo hizo así, la *Carosa* entró, mientras que el cargador con sus baules esperaba en la puerta de la calle.

VI

EL GENIO YANKEE

La casa número 48 de la calle de «Lescano» contaba entre sus distinguidos moradores, en enero de 1868, un importante huesped recien llegado de Chile, precedido de una fama singular, un huesped de fabulosa existencia, resúmen, por decir así, de lo sobrenatural, porque era uno de aquellos hombres que habian dicho á la naturaleza, APÁRTATE, en sus insuperables obstáculos, y al mundo, ADMIRA y CONTEMPLA, con las grandes empresas; un hombre que habia salvado los abismos de los Andes, haciendo caminar las locomotoras á 2,000 piés de elevacion para entrelazar, á cuarenta leguas de distancia, dos riquísimas y populosas ciudades, en que habia dejado esculpido el sentimiento estético de lo bello y el gusto del arte, tanto en sus palacios moriscos, como en sus costumbres opulentas y maravillosas soirées.

Sobrábale mundo al huesped para desconocer que establecerse, recien llegado, en plena sociedad, habria sido prematuro é infantil; por el contrario, colocarse, como Solon, en medio de un areópago, revestirse de

cierta conciencia sobre todo, y tener en curiosidad y boca abierta á todo un pueblo, era ir á su objeto como se va por el rádio de la circunferencia al centro. En esta colina del dios Marte estaba constantemente reunido un círculo de personas facultativas, en las ciencias exactas y de aplicacion, un tribunal infalible sobre el valor de las cosas y la posibilidad de ejecutarlas, é inapelable en materia de consulta. En ese círculo, que ya se suponé de ingenieros, con su correspondiente tapicería de hombres de negocios y letras, estaban representados todos los ramos, topografía, mensura y nivelacion, hidráulica, caminos, puentes y calzadas, cuanto podia requerirse para explotar en un pais, titulado vírgen, los tres reinos de la viavilidad, es decir, obras públicas por cuenta propia, por contrata, y por administracion.

Una escuela de ingenieros de las mejores capitales de Europa no hubiera estado mejor provista de útiles é instrumentos, ni mejor surtida de planos de grandes caminos, que lo estaba la casa de la calle de Lescano para hacer comprender á Lima y al erario nacional, cómo y de qué manera, á costa de algunos doscientos milloncejos, era posible cubrir todo el suelo de los Incas con una red de caminos de fierro y suprimir á sus habitantes las distancias, aunque al siguiente dia despertáran sin un centavo para el billete indispensable de pasaje. En ese círculo formaban como números de roleta todos los ingenieros del Estado, Bakus, Alleon, Plumas y una docena mas, de quienes era capataz el ahora desvalido y entonces millonario Rapinowski, sin que hiciera falta, por supuesto, un ilustre agrónomo, mas distinguido por su hábil conocimienio de los capitales necesarios para la aclimatacion del trigo y las patatas, que por su peri-

cia en el cálculo del valor reproductivo de estas plantas : este hombre precioso fué el hábil Soda que, espumoso como su nombre, habia legado á Chile, despues de diez años de empleo, el maravilloso descubrimiento de la cerveza fabricada con lúpulo y cebada.

Aquel hombre que venia á regenerar el pais, lanzándolo en las vias del progreso material *continuo* y *en alto grado productivo*, era precisamente Mr. Gimegs, que acababa de salir del ministerio de Gobierno, despues de decir al ministro, que Plumas y Echegaré habian hecho en 1862 los cálculos del camino de Arequipa como para el Estado, en 10.000,000 de pesos ú ocho en soles, sin importarles la inexactitud, pero que él, como contratista, lo haria en dos años fijos y por 15.000,000 de pesos ó sea 12 millones en soles; ¡la friolera de 50 °/₀ de aumento!

Con impaciencia esperaba su círculo á Mr. Gimegs en la casa de la calle de Lescano, pues todos sabian que en ese momento se elaboraban las bases del porvenir.

— Estoy seguro, decia el secretario Sueros, que Mr. Gimegs deja concluido el negocio.

— No, no lo creas, contestaba Zegars, él no es hombre que arregla las cosas de un golpe, cuanto mas las desea, se muestra mas indiferente para conseguirlas.

— Sagacidad que nunca comprendieron en Chile, á cuya falta de buen sentido deben la pérdida del primer hombre de la América; agregó el doctor San Estéban.

— Y eso será lo mejor, repuso Rapinowski, porque si, como puede suceder, me llaman de palacio para consultarme, yo les diré que la obra es imposible por menos de 16.000,000 de soles.

— ¿Qué dise? preguntó Bakus á Zegara, que se encontraba en babia con su terrible sordera.

— ¡Que cree imposible el camino por menos de 16.000,000!! le gritó aquel.

— ¿Millones de qué? volvió Bakus á preguntar, alzando la voz.

— ¡De qué han de ser! ¡de soles! dijo Rapinowski.

— ¿Para ganar seis? repuso Bakus riéndose como buen yankee.

— No, Mr. Bakus, para ganar ocho, le replicó Rapinowski con una carcajada estrepitosa.

— ¡Ah! Lo entiendo, V. tiene razon, pero los peruanos ya no son tan cándidos.

— Cierto, si pensáran de otro modo, pero aquí las cuestiones se reducen á «coman y comamos;» le volvió á decir su interlocutor.

— No del todo, señor Rapinowski; dijo con estudiada gravedad el doctor San Estéban, ofendido en sus graves sentimientos nacionales.

En ese momento llegó Mr. Gimegs.

— ¿Y pues, en cuánto? le preguntó Sueros, como cosa entendida.

— Eso es lo que vamos á saber todavía, contestó aquel, y agregó — papel y pluma en el acto, no hay tiempo que perder.

El silencio reinó entre todos; Gimegs preguntó:

— ¿Dónde está el trazo y perfil de Bakus?

— Aquí, señor, repuso Sueros desenvolviendo sobre la mesa un plano de dos metros.

— ¿Cuántas millas exactas?

— Noventa y dos.

— ¿Cuántas planas?

— Sesenta y cuatro.

— ¿De obra de arte?

— Veinte y ocho.

— Señor Bakus, hay que hacer ahora mismo el cálculo de esta obra, todo comprendido, salarios, materiales, túneles, puentes, muelles, estaciones, máquinas y carruajes.

Bakus dictó al secretario :

64 millas planas á soles. 30,000, todo incluido.	1.920,000
28 de obra de arte á soles. 80,000, id.	2.240,000
9 túneles y puentes, unos con otros á soles. 100,000.	900,000
1 muelle provisorio para Megia, 150,000.	150,000
2 estaciones de grande efecto y capacidad en 300,000.	600,000
6 máquinas de potencia á soles. 20,000	120,000
40 carruajes, carros, etc., término medio de 2,000	80,000
Extra, sobre los valores, 30 °/₀.	987,000
Escritorio, etc.	3,000

— Creo que no hay mas; dijo Bakus.

— Sí hay, mi amigo Bakus, repuso el contratista, y sacando su libro de « memorias, » dictó así :

C. . . . . soles.	300,000
L.	150,000
A.	75,000
P.	75,000
Y.	75,000
C.	75,000

G.	50,000	
M.	50,000	
F.	50,000	
B.	50,000	
E.	25,000	
L.	25,000	
S. S.	25,000	
O.	25,000	
Z.	25,000	
L.	25,000	
Ingenieros.	100,000	
Obras de caridad.	100,000	
Préstamos.	100,000	
	1.300,000	1.300,000
	pfs.	8.000,000

— Sume V. ahora; dijo Gimegs al secretario.

— Total, ¡ ocho millones!! contestó este.

— ¿Ya ve V., dijo entonces Echegaré á Rapinowski, que, así y todo, teníamos razon?

— Pero mi amigo, ¿qué negocio seria una obra de 8.000,000, con la utilidad de 1.300,000?

— ¡Oh! ¡eso seria un pobre plato de lentejas! repuso Zegars.

— ¡Ca! replicó Sueros, ¡no hay ni para limpiarse los dientes!

— Pues, con estas lentejas me iria yo á vivir como un duque en Paris; agregó Alleon.

— Pues yo no, señores, me quedaria en el pais, me fabricaria una buena casa y viviria de mis rentas; dijo Plumas.

— De suerte, mis buenos amigos, que si hago la obra por 12.000,000, hay muchos hombres felices,

muchos pobres socorridos, muchos agujeros tapados, y 4.000,000 seguros; dijo con tono solemne Mr. Gimegs.

En este momento el criado anunció la comida, y Solon con su areópago fueron al comedor.

Todos tomaban en silencio la suculenta sopa del contratista, divisando en lontananza un brillante porvenir, cuando el polaco rompió la conversacion de esta manera:

— ¿Sabe V., señor Gimegs, que si comienza V. con tantas prodigalidades los peruanos van á dejarle sin camisa en poco tiempo?

— Mayordomo, cierre V. las puertas del salon; fué la respuesta de Gimegs.

— Digo esto, por ese abecedario que me parece una locura, con la cuarta parte, meto yo á todos en mi caja de instrumentos.

— Rapinowski, respondió gravemente el señor Gimegs, es preciso que V. sepa que, mientras yo esté en el Perú, solo tengo que observar una regla para los buenos negocios.

— ¿Cuál, Mr. Gimegs?

— « Hacer sin hablar, » porque en boca cerrada no entran moscas; replicó este, blanco como un papel, por la necia indiscrecion del polaco.

Iba á responder Rapinowski, cuando el mayordomo anunció á varios caballeros en los corredores de la casa.

— Abra V. en el acto, dijo Gimegs á su criado, y en seguida, el café, buenos vinos y cigarros, y agregó dirigiéndose á su círculo: ¡señores, ruego á VV. mucha discreccion!

Una comision de arequipeños, presidida por el coronel Sacima, venia en nombre de la gran ciudad á

pedir á Mr. Gimegs la aceptacion del contrato por los diez millones, pues ya se decia en el público que el esforzado obrero rehusaba la obra por menos de quince.

Recibió Gimegs la comision con exquisita galantería; el café, los vinos y los habanos en ricos platones de Christofle recorrian los asientos, confortando los espíritus y animando las conversaciones amigables.

— ¿Cómo quieren VV. señores, decía Rapinovski por un lado y á media voz, á los comisionados, que se arruine el señor Gimegs? Esto no puede ser, voluntad le sobra, pero ese camino tendrá un costo intrínseco de 15.000,000, pues solo el túnel de Quishuarani se llevará la tercia parte: hablen VV. con S. E., si el gobierno se estira un poco, es decir, á 14, ó á los 15 millones, Mr. Gimegs hará la obra en dos años y quizá en menos: ¡VV. no lo conocen, pero este hombre es un prodigio!

— Yo haré, señores, cuanto pueda por complacer al gobierno, á la ciudad de Arequipa y al pais; contestaba Gimegs á la comision.

— De un esfuerzo depende todo, decia por otro lado el secretario.

— Con la experiencia de Pickering no hay tiempo que perder, lo que importa es tomar la palabra á S. E.; agregaba Zegars á varios comisionados.

Al fin la comision se retiró, dirigiéndose á la casa del presidente, resuelta á pedirle los quince millones para Arequipa.

Cuando salieron los comisionados, el señor Gimegs dió tres paseos en el salon, tomó luego su sombrero, pero en lugar de ir donde S. E., cambió de rumbo y tomó la direccion de la casa del mariscal.

El hogar pacífico y solitario del hombre público habia en pocas horas recobrado la esplendidez y grandeza social de otros tiempos : los salones de la calle de Ayacucho, iluminados con profusion, dejaban conocer de los transeuntes que el sol renacia por el oriente, que la vida pública, como luciérnaga fosfórica y tropical, fulguraba en el espacio, que la actividad política restauraba su perdido imperio, y que nunca como entonces podia decirse : « Donec eris felix multos numerabis amicos ; tempora si fuerint nubilla, solus eris. »

El mariscal no estaba sin embargo en el salon; las faenas administrativas comenzaban á privarle los dulces goces de la sociabilidad, imponiéndole el dormitorio como necesario ostracismo, para discurrir en silencio el acierto en los negocios peliagudos del Estado. Los *conservadores* y *hombres de órden* le absorbian, ocupábase con ellos de arreglar con tiempo las listas de los senadores y diputados que debian ser recomendados por el gobierno y elegidos por los pueblos, para dar buena direccion al voto público luego que saliese el decreto de convocatoria, cuando se presentó Gimegs en el salon, vestido de paño negro, camisa blanca como el ampo de la nieve, el sombrero en la mano derecha, la accion y el pulcro semblante del verdadero gentleman :

— Señores, dijo, dirigiéndose á todos, tengo el alto honor de saludarlos; y reparando en una señorita que hacia los honores de la casa, agregó : mi señorita, á los piés de V.

— ¡ Señor, contestó la señorita con una graciosa cortesía, sin poder ir adelante por ignorar el nombre de su inesperado interlocutor.

— ¡El señor Gimegs, señorita! se apresuró á de-

cirle uno de los cincuenta cortesanos reunidos en la sala.

— ¡Señor Gimegs! repitió la señorita con el semblante dulce y distinguido de una limeña de la mas alta sociedad.

El solo nombre de Gimegs produjo en el salon un rumor vago é indefinible: en unos, porque hasta entonces creian ideal la existencia de tan maravilloso personaje; en otros, porque suponiéndole de setenta años, alto, flaco, de grandes patillas, ojos y cabellos negros, se quedaban sorprendidos á la vista de un hombre de cincuenta, de fisonomía simpática, fresco, robusto, ancha frente, ojos verdes, cabellos rubios y sonrisa espiritual; y no faltó quien se dijera, — « pues, señor, si este es Gimegs, es un hombre como todos; » — ni otro que agregara: — « en él se conoce al hombre de sociedad y de mundo; » — aunque un tercero repuso: — « este es gallo de mucha estaca. »

El mariscal entró en estos momentos en la sala, todos se apresuraron á saludarle, con palabras escogidas por su advenimiento á los negocios, manifestando, que al fin el pais habia conquistado para el gobierno sus antiguas columnas; solo Gimegs guardó discreto silencio y compostura respetuosa, hasta que reparando en él el mariscal, se le acercó con afable actitud, diciéndole:

— ¡Señor Gimegs! ¡V. por aquí!! ¡Esta es su casa, su propia casa, señor Gimegs!!!

— Mi general, contestó él, esto es para mí tanto mas satisfactorio, cuanto que la casa de V. S. es el centro de la distinguida sociedad de esta culta capital.

Como es de suponerse, la conversacion circuló so-

bre el tino con que S. E. habia elegido, para su gabinete, á los hombres mas notables por sus antiguos y buenos servicios á la pátria y sobre las esperanzas que ya renacian para la felicidad y prosperidad pública.

— ¡Al fin saldremos de tanta pobreza! exclamaba un comerciante relacionado con el ministro.

— ¡Gracias á Dios! ya no será un delito ser viejo para ser respetado en sus derechos adquiridos! repetia incansable una víctima de las *cuarentenas dictatoriales*.

— Por cierto, decia otro, á lo menos va á comenzar la época de la ley que, esos pícaros rojos, habian conculcado para siempre.

— Ahora sí, mis amigos, ya no hay por qué dudar del camino de Arequipa; propalaba en los círculos un hijo del Misti.

Al oir esto el ministro se apresuró á decir :

— Aquí está, señores, el hombre llamado á salvar esas distancias, el señor Gimegs á quien deben VV. rodear, porque de él depende todo; el Gobierno está resuelto á contratarle la obra magna, y dar á Arequipa lo que desea con tanta justicia.

— Precisamente, mi general, contestó un arequipeño, en este instante la Comision se encarga de pedir á S. E. los quince millones que el señor Gimegs exige por el camino, porque, como muy bien lo ha expuesto el hábil ingenero Rapinowski, el contratista no debe arruinarse por nosotros.

— Señor general, se apresuró á decir entonces Gimegs, sabiendo precisamente que la Comision ha ido con esa súplica cerca de S. E., vengo yo para decir á V. S. y á todos, que son innecesarios quince millones y que ejecuto la obra por solo doce, en los térmi-

nos proyectados por los ingenieros del Estado, porque ni mi intento ni mi estímulo es el dinero, sino la satisfaccion de dar al pais lo que dejo en Chile, un gran camino que suprima las cordilleras y los desiertos, haga felices á los pueblos y vivifique su comercio.

— ¡Es posible! exclamó el mariscal, quiere decir que V. solo pide un pequeño aumento de dos millones.

— Nada mas, mi general, respondió Gimegs, con admirable estoicismo y diestra magnanimidad.

— Pues caballeros, esta noticia es muy gorda y vale la pena de que se le comunique en el acto á S. E.; invito al señor Gimegs á venir conmigo, y ratificarla al jefe del Estado.

— Al momento, mi general, no tengo embarazo.

Todos se quedaron pasmados de admiracion.

— ¡Es un hecho, se arruina, la obra no se puede hacer con menos de 15 millones!

— ¡Ahí está, pues, lo maravilloso, él la hace por solo 12!

— ¡Si como este hombre, no hay dos en el mundo!

— ¡Qué quiere V., para él no hay imposible! ¡esa es la verdad!

— ¡El genio yankee! ¡emprendedor infatigable! ¡hay que confesarlo, son dueños del mundo!

— ¡Lo bueno es que, lo que él dice lo hace, y echarse á dormir!

— ¡No solo eso, hace mas de lo que dice!

— ¡El mérito que siempre es modesto!

Entre esta salva de cañonazos salieron el mariscal y Gimegs para llevar á S. E. la noticia muy gorda, dejando la sala de visitas llena de sorpresa y curiosidad.

VII

EL DESTINO DE LA CAROSA

— ¿Qué querrá conmigo esta niña? Sentiré mucho que se haya ofendido por la limosna, nunca es bueno partir de ligero.

— Eso no, Elena, tú lo has hecho con la mejor intencion.

Estas palabras se cambiaban las señoras en el salon de la casa de la plazuela de San Marcelo, cuando entró Magdalena conducida por Norberto.

La señora Elena se apresuró á decirle :

— Excúseme V., señorita, si he podido involuntariamente ofenderla, pero como las gentes pobres vienen siempre á buscarme, he padecido, con la mejor voluntad, una equivocacion muy desgraciada.

— Mi señora, contestó Magdalena, aunque no es la caridad de la limosna lo que yo solicito, pero equivale á lo mismo, puesto que pido hospitalidad para esta noche; estoy llegada de Arequipa en los buques que han conducido á S. E. y no conozco á nadie en Lima.

No dejó de sorprenderse la señora con semejante

peticion, y aun se encontró contrariada por ciertos motivos relacionados amargamente con la política triunfante, de modo que con cierta desconfianza le preguntó :

— ¿Es V. acaso de Arequipa?

— No señora, soy de Lima, pero como hace seis años me ausenté á la muerte de mis padres y por desgracia no tengo parientes, me hallo sola y como en lugar extraño.

— Pero es raro, señorita, agregó la señora Teresa, que siendo de Lima no tenga V. ningun deudo.

— Tiene V. razon, mi señora, pero fuí hija única, y tuve la desgracia de que mis padres muriesen, en poco tiempo, unó tras otro.

— Entonces, si no tiene V. hermanos, ¿tendrá tios ó primos.

— Tampoco, señora, porque mi padre era, segun decian, chileno, y mi madre fué como yo hija única tambien.

— ¡Rara coincidencia, Teresa! exclamó en voz baja la señora Elena.

— Cierto : ¿y si fuera ella? pregúntale su nombre.

— ¿Su nombre, señorita?

— Magdalena Peñaranda, servidora de V., mi señora.

— ¡Magdalena Peñaranda! repitió sorprendida la señora.

— ¿Entonces V. es la hija del finado mayor Peñaranda? le dijo la otra.

— Sí señora, soy yo.

— ¿Y de la señora Longory?

— Ciertamente ¿han conocido VV. á mis padres?

— Algo, señorita, ¿pero sabe V. en qué casa se encuentra?

— No, absolutamente no.

— Esta es la casa de la señora Elena Urdanivia.

— No me es desconocido el nombre, porque siendo niña oí muchas veces á mi madre recordar, con lágrimas de reconocimiento, á una señora que nombraba Elena.

— ¿Y con qué motivo? dijo esta.

— A lo que recuerdo, y si no me equivoco, era para enviar por su pension de caridad y mi mesada del colegio de Belen.

— Buena memoria tiene V., hija mia; ¿y sabe V. algo mas de los antecedentes de su padre?

— No señora, nunca me dijeron nada.

La señora Elena llamó á su criado y le dijo :

— ¿Cómo no has reconocido, Norberto, á esta señorita?

— Francamente, señora, no sé quién sea; respondió este.

— Pues esta es la niñita del colegio de Belen, á quien te hice buscar en 1862, á la muerte de la señora Bartola.

— ¿Es posible que esta señorita sea la niñita que ví varias veces antes, en el colegio?

— Ella misma, Norberto, es nuestra huéspeda por esta noche, díle á tu mujer arregle la habitacion de la reja, reciba su equipaje y le sirvan una cena; avísame cuando todo esté dispuesto.

Norberto salió.

Magdalena se encontraba en la mayor incertidumbre sin poder explicarse lo que acababa de oir; su corazon latia con violencia, agitado por contrarias emociones, como que no podia comprender que la casa, adonde su padre quiso llevar la desgracia, hubiera sido en sus años de infortunio y debiera ser

despues de sus dias, la fuente inagotable de beneficencia y caridad para la desventurada familia.

En estas confusiones ella misma volvió á la conversacion con las señoras.

— A la verdad, mi señora, dijo, es un misterio de mi destino encontrarme en las puertas generosas de la protectora de mis padres.

— Cosas son esas, señorita, contestó la señora Elena, que pertenecen al pasado; de ello no es conveniente ocuparse, bástele á V. saber que sus padres me merecieron mucho interés, en sus últimos años.

— Pero V. ha dicho á su criado que me hizo buscar por todo Lima en 1862, y ese año es precisamente el de la muerte de mi madre.

— Ciertamente, porque solo fué despues de tres meses desu fallecimiento que una de mis pobres pensionistas me entregó la carta, en que la madre de V. al morir la recomendaba á mi proteccion, pero cuando se le solicitó á V. no se pudieron conseguir ni indicios de su domicilio. ¿Dónde se fué V.?

— ¡A Arequipa, mi señora! respondió Magdalena, cubriéndose el rostro con las manos, prorumpiendo en amargo llanto, pues acababa de comprender el inmenso mal que le habia hecho la seduccion del brigada, su vergüenza y deshonor.

Las señoras se levantaron al instante, la llevaron al sofá, y colocándola entre las dos le hicieron mil caricias y atenciones.

— El pasado es nada, hija mia, le dijo la señora Elena con ternura, cuando una mujer jóven quiere recobrar el camino del honor, y por muy distinta que hoy sea la situacion de V., yo la auxiliaré en lo futuro, si con su conducta es V. digna de mi estima-

cion; no se aflija V., no hay mujer que no consiga su rehabilitacion.

Conmovida Magdalena con estas palabras consoladoras, les abrió el corazon todo entero y les refirió, bañada en lágrimas, toda su vida de seis años.

— Si despues de esto, las dijo, creen VV. que una mujer, mas desgraciada que infame y perdida, puede todavía merecer la caridad, la imploro de rodillas con el propósito del arrepentimiento.

Iba á postrarse delante de la señora Elena, cuando esta, deteniéndola cariñosamente, le dijo con la misma dulzura :

— Hija mia, cuanto mas culpable es una mujer tanto mas alto se levanta para Dios, el dia de su arrepentimiento; tenga V. valor y perseverancia para ser buena, y yo seré aún su segunda madre : para la misericordia del Señor, el juicio del mundo es impotente y jamás se sobrepone á las plegarias del desgraciado.

Norberto anunció estar lista la habitacion destinada á la señorita, ambas señoras la acompañaron, la inspiraron toda confianza y se despidieron dejándola hospedada y abrazándola con toda efusion y verdadera caridad. El corazon humano no es como lo analizan los escépticos y materialistas, simple órgano lleno de vasos y fibras, susceptible solo del placer y del dolor, sensacion de lo uno ú lo otro, sin conciencia del bien ni del mal; no, el corazon es la vida misma en su resúmen y órden moral, susceptible, es cierto, del bien y del mal, pero en cuya esencia está grabado con inextinguibles caractéres el sentimiento de lo bueno, mantenido con la conciencia de lo justo y fortificado con el soberano consejo de la razon. Este es nuestro organismo moral, y mientras sea la unidad

el principio constitutivo de la especie humana, el hombre podrá siempre levantarse desde la mas baja prostitucion hasta las mas elevadas virtudes; tal es el Evangelio en su divina moral, tal es el cristianismo y la obra de la redencion.

Cuando Magdalena estuvo sola y consigo misma, sintió su corazon herido por la caridad de la señora, y sus palabras « el pasado es nada para la mujer jóven que quiere recobrar el honor, » resonaban consolatoriamente en su conciencia; se postró, pues, en un arrebato de fé y de entusiasmo y prometió reformar para siempre su conducta : tranquilizada un tanto decidió ir al siguiente dia á misa en la iglesia vecina, en seguida al ministerio, no moverse de allí hasta no ver al ministro, y para, el caso de no conseguir su buena cuenta prometida, entregar á su protectora su pequeña fortuna y consagrarse á una nueva vida hasta hacerse digna de su estimacion. A pesar de todo pasó Magdalena en vela y lágrimas toda la noche, así la encontró el dia hasta que salió y se fué á la iglesia. Norberto observó casualmente este acto de devocion, de modo que, cuando la señora preguntó por su huéspeda, el criado no pudo menos que informarla de lo que habia visto.

VIII

SABLAZOS

La señora Elena habia ordenado retardar el servicio del almuerzo hasta las once de la mañana, esperando á cada instante el regreso de Magdalena, pero cuando observó que avanzaba la hora, dijo á la señora Casafranca :

— ¿Sabes, Teresa, que nuestra huespéda no parece?

— ¡Quién sabe, Elena, si la pobre chica, impresionada con lo de anoche, no ha tenido valor para sentarse á nuestra mesa!

— ¿No sea que esté en la iglesia?

— Ya es muy tarde, la iglesia está cerrada.

— Pues entonces que nos den de almozar.

Acababan de ir á la mesa cuando trajo Norberto una carta para la señora, carta cubierta con filetes negros, señal de luto y duelo en la persona que la dirigia.

— ¿De qué pobre será esta carta? dijo al recibirla la señora, acostumbrada á ese género de correspondencias.

— ¡De alguna infeliz viuda como yo! repuso la señora Teresa, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

— Vaya pues, Teresa, á fuerza de llorar, tú quieres morirte y dejar huérfanos á tus hijos.

— ¡Qué quieres! no puedo evitarlo, me parece que mis lágrimas alcanzarán alguna vez la justicia del cielo para los asesinos de Arístides.

— Tu corazon, Teresa, tiene el privilegio del presentimiento; contestó la señora leyendo la carta.

— ¿Por qué?

— Porque esta carta es de una viuda, en tus mismas circunstancias.

— ¡En las mias!!

— En las tuyas, Teresa; lee y lo verás.

La señora Teresa leyó la siguiente carta:

« Señora Elena de Asecaux: — Muy respetada señora. — Envuelta en la horfandad con tres niños desde la desgraciada muerte de mi esposo, no cuento en esta capital con ningun recurso para mantenerlos, porque siendo forastera no conozco persona en cuya bondad pudiéramos asilar nuestra miseria, entretanto que el Gobierno decrete el pequeño monte-pio que nos corresponda por los servicios del finado, víctima en Arequipa de los revolucionarios de agosto. Sabiendo que V. es una señora, que se complace en la caridad, me dirijo á V. implorando sus generosos sentimientos, que el cielo mas que nosotros sabrá recompensar. Excuse V., señora, á una viuda desgraciada y tres huérfanos que desde ahora le quedan reconocidos y B. S. M. — Esperanza Rodrigo de Genis, calle de Ortíz, nº 30.

Nuevas lágrimas inundaron los ojos de Teresa; la

pobre Esperanza era como ella víctima de la revolucion ensangrentada en los cadáveres de sus maridos, era la persona que decia conocer Magdalena, de quien les habia hablado la noche anterior sin poder contener sus manifestaciones de dolor, con el triste y horroroso relato de los asesinatos de agosto; víctimas que la Providencia, en sus impenetrables designios, venia á colocar bajo el amparo y proteccion de la señora Elena. Esta, sacó al momento su monetario, tomó cien soles en piezas de oro, y en seguida envió á la viuda las siguientes líneas :

« Mi estimada señora : Aunque no tengo el gusto de conocer á V. personalmente, su situacion me inspira mucho interés ; venga á verme V. con sus niños á las seis de esta tarde, y le suplico desde ahora que, mientras estén en el poder los victimarios de su finado esposo, evite V. el nuevo sacrificio de pedirles pan para sus huérfanos, contando desde ahora con su muy atenta amiga S. S.

« ELENA U. DE ASECAUX »

Norberto fué comisionado para ir en el acto y llevar á la viuda del coronel Genis la respuesta de la señora. La mujer de Norberto anunció en ese momento que el cartero del correo acababa de dejar la noticia de estar á la vista el vapor de Europa, y que la correspondencia estaria en Lima por el tren de las cuatro de la tarde.

Grande fué el consuelo que esta noticia causó en el ánimo afligido de la señora Teresa, la cual preguntó :

— ¿Es hoy, Elena que debes saber del regreso de Alejandro?

— Sí, Teresa, porque en el vapor del 27 de no-

viembre le dirigí por Estados-Unidos el telégrama sobre el suceso de Arístides, cuya noticia han debido recibir en Paris nuestros banqueros el 14 de diciembre, y comunicársela en el acto.

Las dos amigas esperaban con ansiedad las noticias del vapor, cuando un militar, jefe al parecer, tocó en ese instante á las mamparas de la sala : la señora envió á su criada para saber lo que deseaba.

— ¿La señora? preguntó el militar.

— Está en casa, señor, ¿qué manda V.?

— Deseo hablar á la señora de la casa; contestó aquel secamente.

— ¿Su nombre, señor?

— El comandante Alvaredo.

— Está bien, señor, pase V. á la sala, voy á informar á la señora.

Alvaredo entró, tomó asiento en un confidente y tiró á un lado su kepí.

— Señorita, dijo la criada, es un caballero que dice llamarse el comandante Alvaredo.

— ¿Y no ha dicho qué es lo que quiere?

— No, señorita, dice solamente que quiere hablar á la señora de la casa, pero lo dice con mucha seriedad, se ha sentado en el confidente y ha tirado á un lado la gorra.

Al oir esto la señora Asecaux, sintió agolparse toda su sangre al corazon, pues no podia concebir que nadie, con ese tono, se presentara en su casa para nada. Salió inmediatamente á la sala con el semblante muy severo y muy adusto :

— ¿Es V., caballero, el comandante Alvaredo? le preguntó la señora sin tomar asiento.

— Sí, señora, soy yo, contestó el militar poniéndose de pié.

— ¿Qué dice V., caballero?

— Vengo, señora, á saber si está aquí hospedada la señorita Peñaranda.

— Sí, caballero, aquí está hospedada; fué la respuesta lacónica de la señora.

— ¿Y está en la casa? volvió á preguntar secamente Alvaredo.

— Puede V. averiguar con mis criados, contestó mas secamente la señora, sin disimular su disgusto.

— Pero me parece, señora, que á un caballero, no se le remite á los criados.

— Ciertamente que no, cuando ese caballero no se toma la libertad de presentarse siendo absolutamente desconocido.

— Pero yo he dado mi nombre, señora.

— ¿Cree V. acaso que el nombre de Alvaredo y el título de comandante sean suficiente pasaporte para entrar en una casa?

— No deseo molestar á V. mas, sino saber simplemente si la señorita está ó no aquí.

— No sé, caballero, si está ó no, porque cuando doy hospitalidad á alguna persona, no me cuido de averiguar su vida, ni permito que mi casa se convierta en posada donde entre todo el mundo.

La señora hizo venir á Norberto y le dijo:

— Enséñale á este caballero la habitacion de la señorita que hospedamos anoche, y agregó, puede V. ir á ver por sí mismo.

Alvaredo salió con el criado.

Estaba este mostrándole la habitacion de reja, cuando entró en la casa Magdalena, venia como se sabe de palacio donde al comandante le fué dificil encontrarla porque habia entrado desde las once del dia al gabinete del ministro y le estuvo esperando

hasta que salió del consejo, así es que, aun cuando aquel preguntó á los porteros si una señorita habia llegado, estos que lo ignoraban no le pudieron dar razon. En su incertidumbre regresó Alvaredo al tambo de *Polvos azules,* averiguó por el mozo que habia llevado los baules, y sabiendo que la *Carosa* habia cambiado de cargador en la esquina de Santo Domingo, comenzó á preguntar de uno en uno hasta que encontró al que los habia conducido, y supo por este la calle y casa de la señora que la habia hospedado.

— Te he buscado, Magdalena, por todo Lima; fué el saludo del comandante.

— No tiene V. para qué buscarme, entre nosotros todo ha concluido, retírese V. de esta casa, que le advierto es muy respetable.

— Tengo que hablarte sériamente.

— Nada tiene V. que hablarme, le repito, déjeme usted y váyase.

— Abre tu habitacion, Magdalena, hablaremos.

— No puedo abrir ni V. puede entrar, si V. gusta pase V. á la sala.

— No puedo hablarte en la sala, salgamos, mejor hablaremos en la calle.

— No, le he dicho á V. que no y basta; repuso con firmeza Magdalena.

— Pues saldrás quieras ó no; contestó Alvaredo tomándola de un brazo y empujándola á la calle.

La accion del comandante produjo grande escándalo en la casa, la *Carosa* se convirtió en una leona, y con el coraje de mujer ofendida le dijo:

— ¡Miserable, cien veces miserable! ¡solo V. es capaz de ser tan villano!!

La señora Elena, inquieta ya con el suceso, y cono-

cedora por la narracion de la noche anterior, de las relaciones de su huéspeda y del matrimonio del comandante, no pudo soportar por mas tiempo lo que comenzaba á suceder, así es que, saliendo de sus departamentos, ordenó á Norberto decir al comandante se fuera en el acto de la casa.

Norberto fué al patio con ese objeto.

— Señor, dijo á Alvaredo, de parte de mi señora, tenga V. la bondad de salir.

No habia pronunciado la última palabra, cuando el militar sacó la espada para darle seguramente planazos ó estocadas, pero Norberto se echó sobre él rápidamente, le empuñó el sable y se lo arrancó de las manos; entretanto vinieron otros criados y lo hicieron salir, devolviéndole la espada: Alvaredo salió amenazando á Magdalena, á los criados y á la casa toda.

Desde el primer momento cayó desmayada Magdalena y fué conducida por los criados á la sala de la señora; esta y Teresa le socorrieron haciéndole aspirar sales y aguas espirituosas; fué necesario desabrocharle el corpiño, pero al hacerlo cayeron sobre el tapiz los ocho vales de la deuda de Perrosé de 1,000 soles cada uno, y en billetes de banco los 6,000 soles que venia de recibir en el Tesoro. La señora hizo recoger el dinero, comprendiendo desde luego que era por esto, así la solicitud de Alvaredo, como la resistencia de Magdalena: esta se restableció despues de algunos momentos y confundida de vergüenza, les dijo:

— Mis señoras, pido á VV. mil perdones de lo que acaba de suceder, pero como he referido á VV., este hombre no se propone otra cosa que apoderarse de lo poco que tengo y abandonarme en seguida; él

era casado en Lima y me lo ha ocultado constantemente en Arequipa, prometiéndome seria su esposa; ahora yo prefiero un convento antes que seguir en la vergüenza y la deshonra.

— Comprendo, señorita, la embarazosa posicion de usted, le contestó la señora, pero no siempre las mujeres tienen fuerzas para cambiar de género de vida.

— Yo no sé qué cosa invocar para convencer á V. de mi firme resolucion, pero si el nombre de una mujer desgraciada como mi madre no fuera bastante para inspirar confianza, yo juro que seré buena mujer por la memoria de la señora madre de V.

— Basta, Magdalena, le respondió la señora Elena con ternura, sea cual fuerè la suerte de V. y sus antecedentes, V. estará bajo mi proteccion mientras sea y quiera ser buena mujer.

En los mismos sentimientos abundó la señora Teresa, y como para variar de conversacion, le preguntó:

— ¿Y dónde se ha ido V. toda la mañana? nosotros la esperamos hasta el mediodia.

— Fuí á misa, señora, y de la iglesia fuí al ministerio para cobrar ese dinero que se me habia prometido pagar hoy; ahora salgo solamente del Tesoro.

— ¿De modo que V. no se ha desayunado aun?

— No importa, contestó Magdalena con pudor.

Las señoras ordenaron servirle un almuerzo en su habitacion donde se retiró la *Carosa* luego: le enviaron en el acto los vales y el dinero que habia quedado en la mesa de la sala; ella tomó únicamente 500 soles, rogando á la señora Elena leguardara lo demás para mayor seguridad.

IX

LAS DOS POTENCIAS

El lector puede figurarse el triunfo del ministro de Gobierno consiguiendo contratar la obra del camino de Arequipa por soles 12.000,000, con economía de la suma considerable que habia ido á solicitar de S. E. la comision de hijos del Misti, y llevándola á cabo con el fabuloso y grande empresario de los ferro-carriles de Chile.

La casa del presidente estaba invadida por un considerable número de personas de todos los colores reaccionarios y de toda clase y condicion social, castillistas arrinconados desde 1862, antiguos iberiquistas anulados en la dictadura, perrosistas desde 1863 y nuevos adeptos engendrados en 1868, formaban en el horizonte el arco iris de la situacion, es decir, los colores aliados, el empleo, el bolsillo y la legalidad, en unos con manifiesta confianza, en otros sin confianza pero con cínico descaro, y en los mas con cierta timidez; para los primeros S. E. era familiarmente « D. Pedro, » para los segundos « el general » y para los últimos « el presidente. »

El jefe del Estado se hallaba en sus habitaciones privadas en el momento en que el mariscal y Gimegs entraron en el salon, pero como todo planeta al recorrer su órbita proyecta en los satélites la luz que él recibe de su centro astronómico, la llegada del ministro esparció en el círculo un raudal de esperanzas.

— ¡Apuesto á que el ministro trae ya contratado el camino de Arequipa! exclamaba por un lado el coronel G. Pecocha.

— A lo menos estoy seguro que está de acuerdo con Mr. Gimegs; decia el doctor Muepora.

— ¡Qué gracia! ya sabrá que S. E. ha accedido á las súplicas de la Comision; respondia un excéptico.

— ¡Pero cómo ha de saberlo, si la Comision aun no ha salido!

— Es que hay brujas, querido amigo; replicaba el coronel Lacalá.

— ¿Lo dice V. acaso por el señor Topin? preguntó un curioso.

— Aunque ese señor no es brujo, pero siempre se halla en gracia de Dios.

Un edecan hizo entrar donde S. E. al mariscal y á Gimegs.

El presidente estaba rodeado de los ministros Lopar, Zuvirila y Gomez, de los miembros de la Comision, del ingeniero Rapinowski llamado para resolver algunas dudas, del consignatario Schiutti y de algunos hombres de consejo, como Teranio Topin y otros buenos amigos, que en estos casos se cuelan por las cerraduras bajo la forma de cuerpos dúctiles, emisarios de la Providencia para los gobiernos de reciente instalacion.

S. E. fué el primero que dirigió la palabra.

— Vaya, pues, señor ministro, le dijo aludiendo á

la Comision, estos caballeros me han tomado la palabra para los quince millones del ferro-carril, pero yo no he accedido sin oir antes el voto competente del señor Rapinowski; me ha convencido que solo la parte de Huasamayo se lleva de costo siete millones.

— ¡Oh! eso es un hecho, agregó Schiutti, conozco muchísimo el camino, es imposible hacerlo por menos de quince millones.

— Así parece, repitieron los otros ministros.

— Así es, señores, dijo entonces Topin, porque el camino de Arequipa es mas largo y mas difícil que el de Valparaiso, y este ha costado, me consta, catorce millones, y ocho años de trabajo.

— ¿De modo, repuso gravemente el mariscal, que está V. E. resuelto á pagar quince millones por la obra?

— Cierto que sí, definitivamente resuelto; se apresuró á interrumpir el ingeniero consultor, con el aire satisfecho del nuevo giron que por su voto acababa de arrancar á la túnica del Cristo.

— Pues, señor excelentísimo, vengo con el señor Gimegs para renunciar patrióticamente á ese aumento considerable, porque está convenido á aceptar la obra por solo doce millones. ¿No es verdad, señor Gimegs?

— Es cierto, señor ministro, lo he prometido á V. S. y lo ratifico á S. E.; pero advierto que al aceptar esta responsabilidad es por dos cosas; la primera, el honor de hacer un gran ferro-carril, la segunda, porque espero que V. E. me dará todas las facilidades para ejecutarlo con actividad de americano.

En babia se quedó S. E. delante de un mónstruo de desinterés y entusiasmo americano, los ministros abrian tamaños ojos para convencerse que aquello

era una realidad, Rapinowski y Topin se decian en voz baja:

— ¡Este hombre es un loco! dijo el primero, al ver frustrados sus informes.

— ¡Quién lo comprende! contestó el otro, con cierta condolencia.

— ¡Deja escapar tres millones, tontamente!!

— Señor Gimegs, repuso entonces el presidente, lo que V. hace por el pueblo de Arequipa y por el pais nadie lo podrá olvidar, cuente V. con toda la proteccion del Gobierno y todo género de facilidades; y dirigiéndose al ministro agregó: le felicito, mi general, por este primer acto que es un testimonio de honradez para la confianza de la nacion.

Minutos mas tarde, las cien trompetas de la fama, todo el partido triunfante encantaba á Lima con el estreno económico del nuevo Gobierno; se felicitaban todos de la nueva era y garantías del Estado con un gabinete que de primer golpe ahorraba tres millones al erario.

Quedaban para resolver *únicamente* las condiciones de pago, cuestion algo séria y complicada, porque el Tesoro se encontraba exhausto, no solo para hacer frente á las liquidaciones de dos años de sueldos del régimen legal, sino para el ajustamiento del ejército vencedor y pago del mes de enero.

El señor Gimegs se retiró poco despues, seguido del ingeniero consultor, recibiendo ambos en su tránsito los saludos afectuosos del círculo oficial y los agradecimientos de la honorable Comision presidida por el egregio ciudadano coronel Sacima.

Una vez en la calle le dijo Rapinowski:

— ¿Cómo ha hecho V. esto, cuando teníamos agarrados los tres millones?

— ¿Ha oido V. hablar de un *dicho* de mi pais, en estos casos?

— Contra hechos no hay argumentos.

— Sí los hay, mi amigo..... « Siembra de simpatías, cosecha de dinero. »

— Pero de esos tres millones hubiéramos tocado alguna tajadita.....

— Ya la tienen VV. de 100,000 soles en mis cálculos.....

— ¡Algo es algo siempre! exclamó con tristeza el polaco.

Luego que el contratista salió de los departamentos de S. E., el ministro propuso la cuestion capital, fondos para la obra.

— Estábamos en eso, general, cuando V. entró, le dijo S. E., y precisamente para ocuparnos del Tesoro he llamado al señor Schiutti por indicacion del señor Topin, uno de nuestros mejores amigos.

— Si podemos contar con los señores ya no hay cuestion, no hay pobres con amigos ricos, respondió sentencioso el mariscal.

— Por mi parte, S. E., dijo á su vez el consignatario aleman, nuestra casa suplirá al Tesoro mañana mismo medio millon, sin perjuicio á promover con los compañeros de consignacion un empréstito de cuatro millones mas, eso será cuestion de números y pocos dias.

— Todo está bueno, pero falta saber cómo y de qué modo vienen esos millones; repuso el ministro de Hacienda.

— Muy sencillo, señor ministro, el medio millon que doy es á cuenta de nuestro saldo pendiente, y me suscribo con uno mas para el empréstito á cuenta de las ventas posteriores del guano.

— Sí, pero con eso no dice V. nada, señor Schiutti, porque solo hoy he sabido que VV. tienen una gran cuestion con el Gobierno y ventas de diez y ocho meses.

— Pero si eso, ni es ni ha debido ser cuestion! todo se ha reducido á no querer Dorpito aceptar nuestras prórogas y á no querer nosotros darle plata, pues sabíamos que el dictador deseaba para su hermano político nuestros mercados.

— ¡Que tal pícaro! ¡y así se titula hombre de bien! dijo el doctor Lopar, y debe ser cierto, agregó, porque el alemancito se pasa por el ojo de una aguja.

— ¿Y en qué condiciones nos harian VV. el empréstito? preguntó S. E.

— Yo no sé lo que dirán los compañeros, pero me parece que con 8 °/₀ de interés, las comisiones de estilo y vales de nuestra firma.....

— ¿Cuáles son esas comisiones? dijo el ministro.

— Las corrientes desde la época de Cepet.

— ¿Pero en fin, cuáles?

— Es decir, 2 °/₀ comision de empréstito, y pago en vales nuestros, descontables en los Bancos de 4 á 12 meses, ó letras sobre Europa á 44 peniques por sol, con ¹/₂ penique de giro.

— No me parece un exceso, porque el dinero está á 12 °/₀ y el cambio á 46 ¹/₂; repuso el mariscal, dándose de entendido en ese género de operaciones.

— Entonces no hay mas que hablar, dijo S. E. á Schiutti, resta solo que V. se entienda con los otros señores consignatarios y con el ministro de Hacienda.

Mas contento que del ministerio salió Schiutti de la casa de S. E., pues si entonces habia obtenido con una sola palabra la solucion favorable de una gran cuestion y mas de tres millones de reclamos fis-

cales, ahora con ese mismo dinero entraba de lleno en negociaciones nuevas mucho mas ventajosas, lucrativas y judáicas.

En cuanto al ministro de Gobierno, este fué autorizado á terminar el contrato con Gimegs al dia siguiente, ofreciéndole dos millones al contado y firma de la correspondiente escritura.

S. E. podia al fin respirar, libre ya del mas grave de sus compromisos políticos; todo lo demás le parecia tan sencillo como sorberse un huevo fresco.

X

ESPERANZA GENIS

Cerca de las cinco de la tarde llegó el cartero á la casa de la señora Elena con la correspondencia de Europa. Supo entonces que su esposo el doctor Asecaux habia recibido en Paris los telégramas el 18 de diciembre, y anunciaba que en enero ó febrero, á mas tardar, emprenderia su viaje de regreso; por consiguiente, Alejandro debia llegar dos ó cuatro semanas despues. Ambas señoras se llenaron de contento; Teresa, porque él ordenaba á su señora que en el acto la hiciera venir á la capital con sus hijos, y Elena, porque sabia de los suyos, de su salud y de sus progresos; Teresa tenia tres niños, Alejandro, Elena y Teresa, de catorce, doce y diez años. Elena tenia dos, Alejandro y Arístides, el uno de diez y siete y el otro de quince años, ambos en Europa hacia cinco años.

— Lo que hay que hacer es enviar á tu Alejandro, en cuanto llegue el mio, decia la señora Elena.

— Te aseguro que no me desprendo de él, hasta que no cumpla veinte años.

— Esa es tu opinion, pero veremos cuando llegue su padrino.

— Aunque venga, le diré que no quiero, mi hijo está muy tierno.

— ¡Vaya! lo mismo le dije por los mios, y no obstante los llevó.

Estaban las dos amigas en esta conversacion íntima, cuando les anunció María á una señora viuda y tres niños.

— Seguramente es la señora Genis, dijo la señora Elena, hazla María, pasar al salon, y díle que voy á recibirla.

Esperanza Rodrigo, viuda del coronel Genis, era una mujer de veinte y ocho á treinta años, alta y esbelta, de fisonomía espiritual, aunque marchita con los pesares del momento. En su color blanco pálido estaba la mujer meridional trasandina, con los cabellos y grandes ojos negros expresivos, frente plana y bien cortada, nariz griega y boca pequeña con una sonrisa tierna y constante, el cuello caia sobre un pecho alto y turgente que descendia estrechando sus curvas á una cintura flexible de honesto pero gracioso movimiento : interesante en el detall y el conjunto, era una de aquellas mujeres que á la primera vista agradan al observador, deja buena impresion é inspiran el vivo deseo de tratarlas y conocerlas. Ella y sus niños estaban en la sala.

De enteras simpatías fueron para la señora Elena las impresiones de ese grupo de séres desgraciados, pero lo fueron mayores para la señora Teresa que veia en Esperanza una mujer víctima de sus mismos pesares, y como la comunidad del dolor identifica las almas y los corazones sensibles, aquellas tres mujeres dotadas de sensibilidad delicada queda-

ron desde luego confundidas en los mismos sentimientos.

— ¿Es V. la señora Esperanza? le preguntó Elena con cariñosa sonrisa.

— Sí señora; ¿creo tengo el honor de hablar á la señora Asecaux?

— Ciertamente, y á la señora Teresa Casafranca, que presento á V.

— ¿Es la señora de la familia del doctor Casafranca?

— ¿Le conoció V. acaso? replicó Teresa.

— Personalmente no; pero como ese caballero ha tenido la misma suerte adversa de mi esposo, su nombre produce en mi corazon el mismo gemido.

— Soy precisamente su viuda, agregó Teresa sin poder contener las lágrimas, y nosotras, hermanas de infortunio.

Esperanza no pudo continuar, oprimido su corazon, apenas tenia fuerzas para enjugar las que derramaban sus ojos; pero Elena, con exquisita sagacidad, mitigó los quebrantos abrazando tiernamente á los niños, y diciendo con una niñita en las faldas:

— ¿Y cómo se llama esta preciosura?

— Susana, mi señora; este que es el mayor José María, y este otro Mariano Ignacio.

— Pues, Esperanza, persuádase V. que los he de querer muchísimo, dijo Elena.

— Y yo tambien, agregó Teresa.

— ¿Desde cuándo está V. en Lima? la preguntaron ambas.

— Hace ya tres meses, mi señora, respondió Esperanza; el Gobierno anterior nos habia decretado íntegro el montepio de la clase de Genis, considerándole muerto en accion de guerra, pero como ahora

todo se ha declarado nulo, nos encontramos sin recursos hasta que el nuevo Gobierno nos dé la cédula en la clase que el finado tuvo en 1864, en que era capitan con grado de mayor.

— ¿Cuánto tendrá V. entonces, Esperanza? preguntó Elena.

— Me han dicho que solo alcanzaré tercera parte, que son 25 soles!

— ¡25 soles!!

— ¡Nada mas! contestó Esperanza, llena de amargura y de dolor.

— ¡Ahí tienes, Teresa, lo que son los servicios á la pátria, hechos por un hombre de honor; sacrifica su existencia, su familia y su corazon para recibir 25 soles por toda recompensa y dejar á sus hijos el duelo y la horfandad como única herencia! exclamó Elena.

— Así es, Elena, mi Alejandro nunca, jamás servirá al Estado; ¿no piensa V. como yo, mi señora? díjo Teresa, dirigiéndose á la viuda.

— Yo no puedo decir lo mismo ¡los desgraciados no tenemos el derecho de mirar al porvenir!

En este instante Norberto anunció la comida, y como Esperanza se levantara para despedirse, la señora Elena tomando en los brazos á Susana la dijo:

— No, Esperanza, V. no se irá, porque si la he dado cita para esta hora ha sido por el gusto de comer con V. y sus hijitos.

— Por mucha que sea la bondad de V. no es posible ir á una mesa con tres niños, y vendré sola otro dia.

— V. se queda con nosotras, repuso Teresa, tomando á los otros niños, y dirigiéndose al comedor.

Esperanza no pudo menos que seguir á sus hijos, se quitó el pañolon de merino negro y la gorra, y los

dejó en la sala: cuando entró en talle al comedor, dejando ver un cuerpo elegante y bien formado, llamó en el acto la atencion de la señora Elena.

— ¿Sabe V., Esperanza, la dijo esta, que parece tuviéramos un mismo cuerpo?

— No sé, señora, contestó ella con modestia, creo sin embargo que soy mas gruesa.

— Ya veremos si eso es cierto, cuando tengamos mas confianza.

Las tres señoras y los niños se sentaron á la mesa; habia sin embargo un cubierto mas.

— Ve á llamar á la señorita de la reja, ordenó Elena al criado.

Norberto salió, entretanto la señora dijo á Esperanza:

— Tenemos en casa una huéspeda desde ayer.

— Que ha venido con los vencedores de Arequipa, agregó Teresa.

— Una infeliz digna de compasion, repuso Elena.

— ¡De Arequipa! ¿Quién será? preguntó la señora Genis.

— Una jóven de Lima, nombrada Magdalena Peñaranda.

— ¡La *Carosa!* exclamó Esperanza.

— ¿Tiene ese nombre en Arequipa? preguntó Teresa.

— Sí señoras; ella es la autora principal de los sucesos de agosto, porque sin ella, seducida por Perrosé, el capitan Alvaredo no habria entrado en el movimiento, y quién sabe, no habria muerto Genis.

— ¿Cómo, Esperanza, V. le atribuye la muerte de su esposo?

— No precisamente su muerte; pero nada habria sucedido sin la concurrencia de Alvaredo.

Norberto regresó al comedor avisando que la señorita pedia mil excusas par hallarse indispuesta, pero que si la señora insistia, vendria al momento.

La pobre Magdalena, al ver entrar en la casa á la viuda y sus hijos, habia reflexionado en todo lo que esta podria decir á la señora, y se consideraba en la situacion mas crítica; se echó á llorar en sus nuevas amarguras y se decidió á dejar, al siguiente dia la, casa que la servia de asilo á las persecuciones de Alvaredo y á las incertidumbres de la vida.

Terminada la comida volvieron las señoras á hacer nuevas caricias á Esperanza y sus hijos : Elena ofreció á la familia una mesada de cien soles, un departamento en una de sus fincas donde estuviera mejor que en la calle de Ortiz, y quedó convenida para los jueves y domingos á reunirse en casa de la señora.

XI

LAS AVISPAS

Dos dias despues que Gimegs tuvo con S. E. la entrevista que ya conocen los lectores, la casa del afortunado contratista estaba convertida en una verdadera colmena. La miel que allí se fabricaba venia de las libaciones hechas en las antesalas de Palacio, cada abeja llevaba su parte, y por consiguiente cada animalejo debia ser considerado en su correspondiente casilla.

Fué la reina Rea de Rosal, que, como la cabra amaltea del nuevo Júpiter, debia desflorar las primicias del panal.

— Señor Gimegs, le dijo, sé que V. ha contratado el ferro-carril de Arequipa, pero como un contrato no es todo, vengo á ofrecerle á V. el pago en las condiciones que V. quiera; cuento para esto con influjo en el Gobierno.

— Tengo ese asunto cuasi concluido, señorita, contestó Gimegs, se me va á pagar en dinero y en ciertos plazos, de manera que, no obstante mi reconocimiento, me es innecesario lo que V. me ofrece.

— Es verdad que V. puede creer eso, falta saber si es posible, esa probabilidad es la que yo le ofrezco; Rea se quitó la mantilla, como quien dice, una mujer como yo, cuenta con algo.

Al ver una mujer de ciertas formas no pudo menos el contratista que sentir cierto interés, y para ir mas á fondo en los negocios y las cosas, le preguntó tomándole una mano entre las suyas y con insinuante sonrisa :

— Vamos á ver, señorita, ¿de qué modo se me puede pagar?

— Fácilmente; V. ha querido dos millones adelantados y cien mil pesos del Tesoro por cada milla de terraplenes, es decir, dos millones cada mes; esto es imposible, V. lo conoce, pida V. ese pago en bonos de la deuda y el asunto es concluido.

— ¿Y cómo sabe V. todo eso?

— Porque tengo una amiga que lo sabe todo, y de muy de adentro.

— ¿Tan buena moza como V.? Gimegs puso su brazo derecho en el hombro de Rea.

— Jóven como yo, pero comprometida con un personaje.

— ¿Y su amiguita, conoce Chile?

— ¿La conoce V. acaso?

— Creo adivinar que ha estado en Valparaiso.

— Pues V. se equivoca, no es la que V. piensa.

El hecho es que el puritano, tentado como san Antonio, conversó *largamente* con Rea, diciéndole al fin de la jornada :

— Si me pagan en bonos ó letras que sean sobre Lóndres, á V. le tocará *algo mas* para flores.

— Así es, D. Ulrico, contestó Rea con cierta confianza, que quedamos amigos y de acuerdo.

La señora del Rosal acababa de salir cuando vino á confirmar sus ofertas el presidente de la Comision:

— Señor Gimegs, le dijo, estoy autorizado por S. E. para ofrecer á V. el pago en letras sobre Lóndres ó en bonos de la deuda, conforme á las millas de terraplen que se construyan, porque el Tesoro, no contando mas que con el empréstito de ayer del que se dá á V. la mitad, tendrá mas tarde dificultades para seguir los pagos con exactitud.

— Lo mejor será, mi amigo Sacima, que me llame S. E.; nos arreglaremos, trabaje V. en este sentido y no le pesará.

— Me comprometo á esa entrevista, mañana á las dos de la tarde vengo por V.

Cuando salia el presidente de la Comision, entró el doctor San Estéban, presunto senador y reciente amigo de Gimegs en Chile, con la siguiente noticia.

— ¡Albricias, D. Ulrico, albricias! ¡Acaba de tomarse en Consejo una importante resolucion!

— ¿Qué cosa, mi querido doctor?

— La venta de 1.800,000 libras de bonos del 65 al 70 0/0 que hacen 6.800 000 con el objeto de adjudicarlos á la obra del ferro-carril, á cuyo fin se nombra al doctor Ardenas para su emision en Inglaterra.

— Si eso se consigue, mi doctor, V. sabrá quién es Ulrico Gimegs.

El senador presunto salió como un rayo.

Pocos minutos despues Gimegs recibió esta esquela con el conserje de palacio:

«D. Ulrico: —Si V. se conviene á tomar á 70 0/0 un millon de nuestros bonos, recibirá á cuenta de la obra 3.500,000 mas, en lugar de solo dos: contésteme con el portador; no voy en persona porque en la secreta-

ría de S. E. no me dejan un minuto. — Su amigo, N. S.

Gimegs contestó :

« Estimado amigo : — Tomo á cuenta, á mas de los dos millones efectivos, el millon de libras en bonos, pero al precio que estén en la bolsa de Lóndres el dia de su entrega; retiro la cláusula de pagos en Lima. Empéñese V. en esto, á todos *nos* conviene. — GIMEGS. »

Al entregar la respuesta al conserje, llegó el señor Pichino, uno de los gerentes de la Consignacion nacional.

— ¿Ha recibido V., señor Gimegs, noticias de Europa? le preguntó.

— Todavía no, creo que el vapor no llegará hasta pasado mañana. ¿Qué hay?

— Creo.... que hay revolucion en Francia.

— Pues esa es muy mala noticia; ¿tiene V. telégramas de Paita?

— No, pero así se dice, como tambien circula que le pagan á V. con bonos del 5 0/0 de 65.

— Así parece, pero nada se ha resuelto.

— ¿En qué precio se los proponen?

— A 70 0/0.

— Yo los tomaria á V. al mismo precio, le doy letras á 45 1/2 peniques por sol, á 90 dias y un penique de giro.

— Es decir, letras á 44 1/2 por bonos á 70?

— Exacto.

— Si me pagan de ese modo son de V. los bonos que me den.

— ¿Es concluido?

— Concluido, repuso Gimegs.

Como al mejor cazador se le va la liebre, el contratista acababa de hacer un pésimo negocio; el consignatario salió de su casa como un relámpago seguro de haber ganado para la Compañía con lo que se llama *una viveza* 70,000 libras, porque segun los telégramas recibidos minutos antes de Paita y enviados por Tomson Bonar, los bonos habian alzado á 77 en el mercado de Lóndres.

Un portero del ministerio de Gobierno vino de parte del ministro á llamar á Gimegs; este salió en el acto.

Por la calle de Mercaderes se encontró con el señor Parrales, un miembro de la Comision legislativa, que le fué hablando en estos términos:

— Acabo de contener una representacion de un compañero contra su contrato de Arequipa, porque como Perrosé es tan miedoso, podria frustrarse el decreto de concesion.

— ¡Qué me dice V., mi amigo! exclamó Gimegs sorprendido.

— Lo que V. oye, señor Gimegs. Hoy mismo cierre V. ese negocio.

— Consiga V. evitar ese reclamo todo el dia de mañana, yo pago bien los servicios de mis amigos; contestó el contratista en la puerta de palacio.

— Cuente V. conmigo; fué la respuesta del honorable miembro de la legislativa, el cual se decia para sí: ¡si estos no son 50,000 soles, soy un tonto!

Cuando Gimegs entró en el ministerio se encontró con el oficial mayor.

— El señor ministro me ha hecho llamar; le dijo.

— No está en su despacho, S. S. ha ido al gabinete de S. E., pero entre V., tome V. asiento.

Gimegs entró al despacho del mariscal seguido del empleado superior.

— ¿Para qué será esta llamada? le preguntó con fingido candor el contratista.

— Es, señor Gimegs, le dijo con misterio el doctor Lilo, poniendo picaporte á las mamparas, que se han discutido mucho los pagos, y *nosotros* hemos trabajado por V. hasta conseguir que S. E. acuerde la venta de bonos para realizarlos.

— ¿Por qué cantidad y á qué precio?

— Lo diré á V., señor Gimegs, pero con extricto sigilo.

— Hábleme V. con confianza, *yo soy buen amigo.*

— S. E., quiere ceder para V. 1.200,000 £ á fin de dejar pagada la mitad de la obra agregados los 2.000,000 del empréstito, para eso son necesarias dos cosas: que V. tome los bonos por su cuenta á 70 por 100 y que sea inflexible en el 1.200,000 £, porque el ministro de Hacienda quiere que se redusca el anticipo á solo cinco millones justos, para aplicar el resto á otras obras públicas.

— Mi amigo, contestó Gimegs, yo seguiré su consejo, pero V. influya por su parte en el 1.200,000 £; en lo demás, *nos veremos.*

El coronel Sacima entró en ese instante llamando de parte de S. E. al contratista; pero le dijo en el tránsito:

— Ya V. ve, yo soy hombre de palabra, *cumplo* lo que prometo.

— Muchas gracias, mi coronel; le contestó Gimegs palmeándole en el hombro, y entrando en el gabinete del presidente.

— Imposible nos es, señor Gimegs, á pesar de nuestra voluntad, hacerle á V. el pago total en dinero y en el Tesoro de Lima, como V. exige; dijo S. E.

— Ciertamente es imposible de todo punto, agregó el ministro, porque tenemos muchísimos gastos y todos urgentes.

— Excelentísimo señor, repuso Gimegs, tengo ya en el público comprometido mi nombre para hacer al pais el servicio que se me reclama, así es que haré el ferro-carril aunque no se me adelante un centavo, como quiera V. E. y el señor ministro; mi objeto sobre todo es que VV. no se preocupen por mí.

S. E. quedó asombrado, y en un arranque de entusiasmo, tendió la mano al contratista y le dijo:

— ¡Gracias! ¡mil gracias, señor Gimegs! le pagaremos á V. vendiendo bonos en Lóndres; vamos á nombrar un comisionado.

— ¿A qué precio ordena V. E. la venta?

— Al de 70 por 100, que es el último, segun las comunicaciones de nuestros agentes.

— V. E. puede evitar los gastos de esa comision, yo tomaré los bonos á ese precio.

— Si la generosidad de V. llega hasta ese punto, tenemos medio camino andado; replicó S. E. con manifiesto regocijo.

— ¿Qué cantidad me daria el Gobierno?

— Tres ó cuatro millones, señor Gimegs.

— ¿Por supuesto efectivos, esto es, á 70 por 100 neto?

— Ciertamente.

— ¿Quiere decir, repitió el contratista, que se me darian en bonos, libras 1.200,000, que hacen cuatro millones doscientos mil soles, aparte de los dos acordados?

— 1.200,000 libras no, pero sí uno.

— Hay un pequeño inconveniente, E. S., porque si yo accedo á esta clase de pago es por el crédito mismo del Gobierno, que vendiendo esa enorme suma en Lóndres, en el acto depreciaria sus papeles, mientras que si eso no sucede, y yo los doy en garantía de materiales, el Gobierno podrá realizar á buen precio las 600,000 libras que le quedan, ó sean mas de dos millones efectivos; si me veo obligado á vender, bajarán los papeles á 60 ó 50 y el Estado perderá á lo menos medio millon.

— Tiene V. razon, le daremos, pues, el millon doscientas mil libras, se anticipó á decir el ministro de Hacienda; ¿pero es entendido que V. no los pone desde luego en el mercado?

— Sí, señor ministro, doy mi palabra.

— Entonces está todo concluido, dijo S. E.; y en cuanto al resto del total valor lo pagará el Gobierno concluidos los terraplenes.

— Exacto, señor presidente.

— Señor ministro, repuso este, vaya V. S. á poner ahora mismo el decreto.

El mariscal y el contratista salieron del gabinete de S. E.

— ¡Al fin me descargo, gracias á Dios, de este maldito compromiso con Arequipa! dijo S. E. con satisfaccion á los otros ministros.

— Este hombre es muy accesible, ya lo sabia, agregó el doctor Lopar.

— Lo que me ha agradado es su decision por el crédito del pais, dijo el general Zuvirila.

— Y eso, que solo está aquí pocos meses, cuando resida entre nosotros verán lo grande que es ese corazon americano; repuso el señor Topin que llegó minutos antes.

No habia el Gobierno firmado el decreto del contrato y ya el contratista estaba sitiado por todas sus avispas que, viendo desprendido el panal, cada una queria desde luego su parte correspondiente.

¡Firmóse al fin el decreto, se firmó con él la corrupcion erigida en sistema, se firmó con él la facilidad de hacer fortuna en pocos dias, se firmó con él la admision de un gran corruptor para el pais y la impunidad de todos los que fuesen sus cómplices en el porvenir!!

XII

CINCINATO

Cuando los pueblos despiertan del marasmo embriagador de los primeros dias de una victoria, el estado normal es un terrible tósigo para los Gobiernos elevados por la revolucion, porque viene entonces el período reflexivo sobre lo que ha sucedido para la transformacion, la crítica comparativa de lo que se hacia con lo que se hace, y la conclusion de la gran diferencia que resulta entre el anterior y el nuevo órden de cosas.

La murmuracion pública comenzaba implacable la autopsia de los empréstitos, las liquidaciones y el contrato del ferro-carril, decidiendo desde luego entre la prostitucion de los malvados de la dictadura y la honradez de los hombres de la legalidad; cuando una mañana el telégrafo anunció á la vista, la escuadra procedente del Norte, con el héroe de Chiclayo, Aníbal de la segunda guerra púnica.

Las gentes honradas recibieron la noticia de la llegada del coronel Tabal, como cuando en medio de tempestad deshecha los navegantes divisan en el ho-

rizonte el rayo de luz que disipa sus zozobras y anuncia la calma del huracan; noticia consolatoria para los patriotas, destructora de muchas ilusiones para los que, con el Tesoro público en las garras, se creian únicos dueños de la situacion.

Todo Lima se puso en movimiento, y aun el Gobierno mismo tuvo que doblegarse ante el sentimiento general. El héroe del Norte estaba en el Callao, la felicidad pública venia con él, rodeado de un puñado de valientes que habian detenido, durante cuatro meses, á la dictadura en las puertas de Chiclayo.

¿Quiénes eran esos hombres? Eran los Restiegos y algunos jefes y oficiales, formados por el coronel Tabal sobre la ciudad sitiada, cubiertos todavía con el polvo arrastrado por los vientos á la retirada de Cornejo. ¿Quién era el hombre político, el alma de esa epopeya nacional? Un bardo elegido por el destino para trazar con notas oficiales el poema de ese gran suceso; ¡Edgardo Dátiles! el cancionero de nuestras tradiciones, convertido en obrero de la legalidad! La simplicidad misma del héroe y su séquito hacian grande la aureola de sus triunfos, pues venia como Cincinato, á dejar en el ara de la pátria, su hoja de servicios y á cambiar la espada por el arado, regresando á Lurifico. El pais enloqueció de entusiasmo, admirado con tanta abnegacion.

— ¡Imposible! decian unos, ¡no se puede permitir que ese hombre honrado abandone la vida pública!

— Le forzaremos á continuar, repetian otros, antes que estos ladrones nos dejen sin camisa!

— ¡Cómo se ha de ir; no puede ser! él debe mandar el pais; agregaba un tercero.

— Si VV. quieren que no regrese al Norte, hagá-

mosle desde hoy un círculo de hombres de bien y se quedará; indicaba Domicio Noredate.

— Lo mejor es empeñarse con su hermano Juan Francisco, y si esto no basta, con su señora madre; repetian algunos.

Con ó sin justicia, la administracion Perrosé era considerada como un clavo ardiente á los pocos dias del poder. No bastaban las cuatro ó cinco mil liquidaciones de *sueldos* y *diferencias* que debian socorrer á medio Lima; eran insuficientes los nuevos empleos y ascensos que á cada paso se conferian; en las mismas regiones oficiales, el camino de Arequipa solo habia mejorado á dos docenas; el empréstito estaba reducido á negocio de consignatarios; las prefecturas y subprefecturas apenas alcanzaban para los nuevos servidores; y las ciento veinte plazas del Senado y Cámara de diputados, solo dejaban muy escasos huecos para los nuevos pretendientes, de suerte que, por muy complacientes que fueran S. E. y los ministros, á fin de fiesta y feria, se encontraron sin popularidad y eclipsados por el nuevo astro que fulguraba en el horizonte, como cometas errantes y de luz apenas perceptible.

El héroe del Norte fué, por consiguiente, recibido con repiques de campanas, y no faltó quien pusiese su óbolo de patriotismo para que esa misma noche el maestro Veneyas hiciese en Malambo unos fuegos artificiales con la palabra *Chiclayo* en luces de colores, como resúmen simbólico de las glorias del dia.

Es un hecho que la opinion pública crea con sus simpatías ciertos antagonismos; así como á S. E. unos le llamaban el general y otros D. Pedro, así tambien al héroe de Chiclayo unos le decian el gene-

ral y otros D. José limpio y pelado, si bien es cierto que este tratamiento era reservado á los amigos de ombligo y de confianza.

No podia S. E. ser candidato á la presidencia de la República en la próxima eleccion porque se lo prohibia la carta constitucional, mucho mas cuando la legalidad invocada hacia incompatible un *quid pro quo;* tampoco podian serlo ni el mariscal ni el doctor Lopar, porque entrados en años, aunque todavía tiesos, era imposible resistieran el pesado fardo de una candidatura que requiere siempre bolsa abierta y pasos largos, de consiguiente, la conclusion lógica del estado de cosas debia y tenia que recaer en el hombre del Norte del 65 y 67, en D. José y nada mas que en D. José, que sobre ser el primero, reunia las esperanzas de la probidad y la abnegacion. Agregábase que el héroe no decia dos palabras seguidas, lo que, en épocas dadas, basta para dejar á todos con dos palmos de nariz.

Una de sus primeras visitas fué la del coronel Roman Gonzalez, *Pecho peruano.*

— ¡Querido compañero, le dijo, tú eres el salvador del pais, estos son unos pícaros!

— Hemos hecho lo que podíamos; contestó el coronel Tabal.

— Mi general, sin V. S. somos perdidos, en V. S. se fijan todos; agregaba otra de las visitas.

— Gracias, mi amigo.

— Es V. el llamado D. José; decíale Noredate.

— Quien, pues, si no hay otro; repetia el doctor Saria.

— Hay muchos, yo solo deseo retirarme.

— ¿Pero qué vas á hacer? ¡todos te aclaman! decia su hermano Juan Francisco.

— No hay remedio, tenemos todos que sacrificarnos; reponia su otro hermano D. Pedro.

— Yo no me someto á otro, es preciso que él nos mande; decia el coronel Restiegu.

— Los piuranos le hemos proclamado ya, esto es hecho; contestaba el coronel Olaisa.

— Sin D. José, todos son tópicos; contestaba el doctor Milton Rospar.

—A mas de que un régimen legal siempre es el principio de una nueva era política; le decia el doctor Gelvaz á D. Juan Francisco.

— Y luego él no tiene nada que hacer, para eso estamos aquí sus amigos; repitió incansable el doctor Manuel Nerocis.

— Yo señores, lo digo otra vez, no pienso en nada, no deseo mas que regresarme á Lurifico; contestaba á todos el héroe de Chiclayo.

En persona y con los ministros llegó en esos momentos S. E.; causóle sorpresa observar el círculo ya extenso de gentes de nota que en pocas horas rodeaba al coronel Tabal, pero con afable semblante se dirigió á él y le abrazó, diciéndole :

— ¡Querido compañero, al fin concluimos nuestra obra!

— Sí, general, la concluimos.

— Digo, concluimos por los dictadores, que por lo demás, nos resta mucho que hacer.

— Sí, nos resta mucho que hacer.

— Ya sabrá V., y se lo repetirá el ministro del ramo, que vamos á convocar á elecciones y á Congreso.

— Sí, ya me han dicho, general, que se llama á elecciones y á Congreso.

— Pues compañero, si no es por V. que obliga á

los dictadores á dividir sus fuerzas, trabajo teníamos para seis meses.

— Ciertamente, para algunos meses.

— Mucho tenemos que hablar; supongo que esta noche ó mañana nos juntaremos en casa ó en palacio.

— Sí, mañana nos juntaremos en palacio.

— ¿Francisco le mandó á V. en el acto 50,000 soles para socorrer su division?

— Sí, el comisario los recibió, le he ordenado que presente mañana mismo la cuenta; fué la única respuesta que algo queria decir.

— Eso es rico, con José no hay tu tia; dijo por lo bajo su hermano Pedro.

— ¡Toda la vida ha sido el mismo, desde capitan; agregó *Pecho-peruano.*

— Este hombre es el que se necesita, nadie le hace sombra, basta su nombre para una eleccion unánime; repitieron los demás en coro.

Con poca voluntad pero dolorosa resignacion todos se pusieron de pié al despedirse S. E. y los ministros, que ya arrastraban el duelo del cadáver.

Nadie se movia y ya eran las seis de la tarde, la casa del coronel Tabal estaba llena de personas que afluian para dar la bienvenida al vencedor del Norte, al sol naciente que salia entre nubes y debia llegar al zénit de la próxima eleccion presidencial : la mesa estaba servida , pero no era dable ni siquiera hacer una invitacion general, pues las tres cuartas partes se quedaban en claro, formidable aprieto en un dia de plácemes, júbilo y contento. Al fin salió de las habitaciones interiores el secretario del coronel Tabal, el bardo de la revolucion.

—Caballeros, dijo, nosotros estamos todavía en cam-

paña, la sopa está en la mesa, los que gusten pueden pasar al comedor.

Y como esto queria decir, al buen entendedor palabras pocas, los mas comenzaron á despedirse, sombrero en mano :

— Mi general, ¡V. querrá descansar!

— ¡Querido amigo, hasta luego!

— D. José, me voy, porque le considero fatigado.

— Lo que importa es, que V. vea á la familia.

— Lo veo á V. con salud, es todo lo que deseaba.

— ¿Supongo, general, que nos veremos esta noche donde S. E. ?

— ¿A qué hora está V. libre mañana?

— ¡Es V. una felicidad para el pais!

— ¡Cuánto hemos pensado en V. estos dias!

— No me tardo, D. José, voy solo á sacar de ansiedad á la familia.

— A la hora que V. me necesite estoy en casa.

— ¡Mucho tenemos que conversar!

— ¡Mi general, está V. ya con los suyos!

El desgraciado héroe no sabia qué decir á los unos y los otros, iba ya fastidiándose con tanta historia. cuando volvió á la sala el chistoso vate :

— D. José, le dijo, si V. toma frio el puchero, se expone á una indigestion.

— Todos huyeron al soplo de ese huracan, pues nada menos que desastrosa calamidad habria sido un cólico, en esos momentos de tantos proyectos y vastas esperanzas futuras.

XIII

LA SALAMANCA EN CAMPAÑA

Al dia siguiente en que Esperanza y sus hijos estuvieron en compañía de las señoras Elena y Teresa, otra señora de edad madura pero en magnífica *toilette* se presentó en la casa cerca de las diez de la mañana en solicitud de Magdalena. Era nada menos que doña Petronila Salamanca que, sabiendo por el cajero del Tesoro, el pago de 6,000 soles hecho el dia anterior, no podia conformarse en que se le escapara tan buena presa, y por consiguiente á que, una persona que le era conocida desde la infancia, hubiese mendigado la hospitalidad en el barrio, olvidando desgraciadamente el número 13 de la calle de Belaochaga.

Con la melosa cortesía de que se revisten todas las viejas usureras solicitó hablar con la señora Arecaux. Teresa salió á recibirla.

— ¿Mandaba V. mi señora? le preguntó esta.

— Deseaba, señora, contestó la Salamanca, hablar á la señora Elena, la misericordia del barrio, como que es tan hermosa y de buen corazon.

— ¿Tome V. asiento, voy á avisar á Elena; esta salió poco despues.

— Mi señora Elena, le dijo, perdóneme V. si vengo á molestarla tan temprano.

— No hay molestia, señora, si le puedo ser útil en alguna cosa.

No dejó Elena de fijarse en que su interlocutora desde las diez del dia estuviese con tantos atavíos, aretes de brillantes, sortijas, vestido de raso negro, manta bordada de vapor, y con la cara llena de arrebol y mano de gato.

— Sabe V., mi señora Elena, que soy antigua en el barrio, porque aunque no vivo en esta calle, tengo mi casa en la inmediata, que es lo mismo.

— No señora, no lo sabia; ¿su nombre de V. si no soy indiscreta?

— Petronila Salamanca, una servidora de V., propietaria de la casa número 13 de la calle que he dicho, y agregó, es la casa de altos que fabriqué el año pasado.

— ¿Y en qué puedo servir á V., señora? contestó Elena contrariada con los préambulos de la propietaria.

— Es, mi señora, que acabo de saber tiene V. hospedada á Magdalena, seguramente porque ella olvidó las señas de mi casa, y yo quiero evitarle esta molestia llevándola á la mia, pues ya le tengo habitaciones preparadas.

— Será como quiera esa señorita, en todo caso es V. muy bondadosa; ¿es V. su parienta? preguntó Elena.

— Como si lo fuera, porque la he visto nacer, ó mejor dicho, ha nacido en mis brazos, conocí mucho á Bartolita su madre y al mayor Peñaranda su papá,

matrimonio modelo; ¡qué gentes tan buenas! mi compadre Ariza no tenia como ponderar sus virtudes, desgraciadamente....; ¡ay! suspiró la vieja.

— ¡Qué! preguntó otra vez Elena absorbida por la cotorra.

— Desgraciadamente, los hijos no salen siempre á los padres, y á Magdalena, así que murió su mamá, se le calentó la cabeza con un sargento y se me fué de Lima hasta ahora que la he vuelto á ver; ¡ay! ¡si V. supiera, señora, las lágrimas que me costó su ausencia! ¡yo que creia tener en ella una hija, ya que el cielo me habia negado esa fortuna! — La Salamanca estudiaba en el semblante de la señora el efecto de sus malas noticias, con las que se proponia hacer mas fácil la salida de su presa.

— ¿Así es que V. socorreria á los padres de Magdalena en sus últimos dias?

— ¡Si los socorrí! ¡figúrese V. que durante muchos años fuí su paño de lágrimas y al fin hasta les hize el entierro!

No pudo sufrir mas tantos embustes la señora Elena, conociendo todos los antecedentes; presumió desde luego la intriga que la vieja se proponia realizar, así es que levantándose de su asiento, llamó á su criada y le dijo:

— Conduce, María, á esta señora á la habitacion de esa señorita; y dirigiéndose á su interlocutora la hizo un cortés saludo.

La criada y la Salamanca se dirigieron á la reja, y encontrando aquella las puertas juntas la invitó á entrar en la habitacion.

— ¡Pero si aquí no hay nadie! exclamó la Salamanca mirando á María.

Esta entró en seguida, y en efecto Magdalena no

estaba ahí, mas aun, el baul y sacos de viaje tampoco existian, pero sí una carta sobre la mesa dirigida á la señora Elena :

— ¡ Cosa rara ! dijo María, esta señorita se ha ido sin el menor motivo, cuando las señoras le han hecho tantas atenciones, voy á llevar la carta.

Doña Petronila siguió á la criada y volvió á entrar en la sala para saber el resultado, es decir, la nueva direccion de su víctima.

Sorprendida quedó con la noticia la señora Elena y mucho mas porque quedaban en su poder los vales y dinero de la noche anterior : abrió, pues, la carta y leyó lo siguiente :

« Mi señora Elena : llevo impresa en mi alma a caridad de V.; sus palabras de consuelo hacen cambiar del todo mi vida futura. Juro á Dios no ser culpable de la desgracia de la señora Esperanza. Dígnese V. entregarle 1,500 soles del dinero confiado á su bondad, sin que nadie sepa nunca que procede de la que como ella es desgraciada. — MAGDALENA. »

No tenia esta carta ni fecha ni la nueva direccion de Magdalena, y como la Salamanca esperaba en la sala para saber el resultado, Teresa salió á decirle :

— La señorita no dice en su carta adonde se dirige, esto es todo.

— Muchas gracias, mi señora, contestó despidiéndose doña Petronila y salió precipitadamente de la casa.

Al regresar Teresa donde Elena, le dijo.

— ¿ Sabes, Elena, que en todo esto hay algun misterio encerrado entre esta vieja y la pobre Magdalena ?

— No, Teresa, no lo creas, por lo que toca á Magdalena; en cuanto á esa señora, es indudable que ha concebido algun propósito nada favorable: la vista de Esperanza es lo que ha alejado á nuestra huéspeda, y eso mismo prueba que tiene vergüenza y honor, aparte de los sentimientos de su carta; lee.

La señora Teresa leyó la carta.

— ¡Ah! exclamó en seguida, creo, como tú, que esta mujer no está perdida.

— Es preciso buscarla y ayudarla en su propósito, dijo Elena.

— Mas que eso, salvarla de la Salamanca.

— Sí, porque esa vieja me parece una bruja.

— Dios me perdone, pero tantos embustes no se dicen con buenos fines.

— ¿Y qué dices, Teresa, del encargo que me hace Magdalena?

— Me parece un acto del mas noble corazon, un principio de arrepentimiento.

— No obstante, por noble que sea, no haré lo que me encarga, porque, en el caso de Esperanza, seria para mí un dolor inmenso saber algun dia que mis hijos habian recibido un beneficio, cuyo orígen venia de los autores de su horfandad.

— Pero entonces tú contraes una responsabilidad, privando de ese socorro á una familia huérfana y en desgracia.

— Así es, pero para evitarla enviaré á Esperanza los 1,500 soles por mi propia cuenta, y mas tarde si Magdalena es digna de nuestra confianza le daremos esta explicacion.

— ¿Cuándo piensas hacerla buscar?

— En el dia, ahora mismo.

La señora hizo venir á Norberto y le ordenó ir en

— Eso no importa, yo la encontraré; repuso Alvaredo, en cuya codicia renacian las perdidas ilusiones.

— Para el caso que V. la encuentre dígale que aunque es una ingrata, los espero otra vez á comer conmigo esta tarde á las seis.

La Salamanca y el comandante se despidieron cada uno con el propósito rapaz de apoderarse de la *Carosa* y sus vales y dinero.

—Diez minutos despues estaba en la prevencion del cuartel.

—¿El comandante Alvaredo, señor oficial? preguntó al de la guardia.

—Pase V. adelante, mi señora, contestó con indiferencia el oficial, pero al ver á una señora de cierto tono y buenos brillantes, agregó: tome V. asiento, voy á avisar á la Mayoría.

Pocos minutos despues regresó el oficial.

—Mi señora, le dijo, si V. gusta venir conmigo, la espera mi comandante.

Doña Petronila siguió á su guia.

—¿Es V. la señora que me solicita? le preguntó Alvaredo, algo sorprendido.

—Y quién ha de ser, mi querido comandante, yo que vengo por Magdalenita, le tengo listas sus piezas en mi casa, aunque VV. me dejaron plantada el otro dia, esperándolos á comer hasta las ocho de la noche; contestó la vieja manifestando suma confianza y conocimiento de la situacion.

—Mi señora, le contestó Alvaredo, Magdalena debe estar en la casa de una señora chilena en la plazuela de San Marcelo.

—No me venga V. con disculpas, comandante, pues V. sabe seguramente que esta mañana se ha ido de esa casa, á menos que ahora que le han pagado en el Tesoro y le van tambien á pagar los vales de Perrosé, no quiere V. que venga á la mia.

—¡Cómo señora! ¿Magdalena se ha ido de esa casa? pues si es cierto ahora mismo salgo á buscarla, le doy á V. mi palabra de que no lo sabia.

—Pero esto es un enredo, mi comandante; ¡mudarse sin decir nada á los amigos! en la casa tampoco ha dejado ninguna direccion ¿á que se ha ido con otro?

— Eso no importa, yo la encontraré; repuso Alvaredo, en cuya codicia renacian las perdidas ilusiones.

— Para el caso que V. la encuentre dígale que aunque es una ingrata, los espero otra vez á comer conmigo esta tarde á las seis.

La Salamanca y el comandante se despidieron cada uno con el propósito rapaz de apoderarse de la *Carosa* y sus vales y dinero.

XIV

LA LIQUIDACION DE S. E.

Tres semanas habian trascurrido solamente desde la formacion del gabinete constitucional y ya el pais comenzaba á saborear el dulce néctar del nuevo régimen, el órden y la legalidad, y así como á los israelitas les llovió el maná en el desierto, de suerte que no tuvieron mas trabajo que el de recogerlo, así los partidarios de la Constitucion se encontraron repentinamente la Tesorería llena de billetes de Banco, las puertas y las cajas abiertas, sin otra pena que la de pedir su liquidacion, obtener en veinte y cuatro horas el decreto é ir al siguiente dia á dar su buena manotada; era aquello, mas que la consolidacion de 1852 y la reparacion de 1860; era la reparacion de 1868, consolidada por los consignatarios, que reabrian la feria en dinero sonante y contante, sin vuelva V. luego para el Gobierno, aunque consolidándose y reparándose ellos los primeros; porque como el Tesoro nacional tiene el privilegio de no quejarse nunca, aunque le saquen las tripas, pues á nadie se le ha ocurrido hasta ahora cortarse las uñas

para meter los dedos en el seno de la pátria, todos, caballeros bribones y bribones caballeros, se creyeron con derecho de arrancar su pedazo de entraña con la mayor facilidad.

Acreditar el empleo, el sueldo y la fecha de la destitucion, para tener en buena aritmética el resultado en forma de decreto de pago, era obra de veinte y cuatro horas.

S. E., por ejemplo, habia sido presidente, con 40,000 soles de sueldo, destituido en noviembre de 1865, luego era lógico que se le debian dos años y tres meses, esto es, 90,000 soles, sin un centavo mas ni menos. ¿Habia cosa mas legal ni menos justa? Cierto que S. E. no habia servido el puesto, sino que como dijo el poeta Camacho:

Don Pedro se fué á comer
Los carneros de Chiguata.

¿Pero habia S. E. tenido la culpa, ni soñado siquiera en el puntapié de Campo? ¿Él, que estaba entonces como despues resuelto á sacrificar las dulzuras de Chiguata por las amarguras del cargo presidencial? ¡Solo la maledicencia de los pícaros podia criticar la mas rigurosa legalidad!!

« Los grandes actos no se miden sino por sus resultados en la riqueza pública, » decia Turgot á Luis XVI, y los resultados de aquella enorme moralidad de tanto hombre de bien, fueron inmensos para la prosperidad del pais. ¡La aduana del Callao produjo en el mes de marzo 700,000 soles! lo que bien traducido queria decir: « el comercio recobra su perdida prosperidad, » porque los comerciantes contando con suficiente consumo debieron despachar, por lo menos, tres millones de mercaderías de plaza, y los

consumidores, en el apogeo del bienestar, hicieron compras de cuanto les habia hecho falta en dos años de penurias dictatoriales. ¿Se queria mayor fortuna? ¿Hay vida mas deliciosa que ser y adquirir cuanto se desea, con el dinero del Tesoro nacional? ¿Hay honor mas grande que ser honrado de este modo? ¿Ni cosa mas sabrosa que una consignacion, un ferro-carril, una firma de bonos, ó cualquiera otra bribonería, hecha con buena forma en un régimen legal? ¡Los pícaros que pasan la vida en el trabajo honesto, son los únicos que no comprenden á los hombres honrados que hacen fortuna fácilmente!!

Si por una parte las liquidaciones llevaban la abundancia de todos lados, por otra, los *negocios* de ladrones autorizados con decreto supremo, ensanchaban la especulacion, la industria y las relaciones sociales y políticas. ¿Quién no era amigo de un Gobierno distinguido por vergonzosas larguezas? ¿Quién no se lanzaba á un contrato de caballos, un repuesto de armamentos, una compra de monitores, un negocio de vestuarios, una refaccion de palacio, un arreglo de imprenta, una nueva via férrea, ó cualquiera cosa que se pegara al riñon? ¿Quién no era amigo de S. E., de sus ministros, del héroe del Norte, ó de Gimegs? Y como los amigos de mis amigos son los mios, aquella época era como una cofradía, una hermandad con una misma vocacion, la de mantener la legalidad por medio del interés comun, es decir, dejar el Tesoro nacional limpio como una patena. Dos millones repartidos en liquidaciones, dos mas dados al contratista del ferro-carril, cuatro millones doscientos mil en Bonos de la deuda, hacian ocho en circulacion; los Bancos, ó los consignatarios que es lo mismo, bajaron sus descuentos, la prosperidad era

tangible, contra hechos no hay argumentos: esos millones en esas manos de gobiernos legales y de hombres como Gimegs y nuestros consignatarios, dan lo suficiente para comprar simpatías, ganarse amigos entre la gente honrada y decente, que tiene vista y calza lo adquirido con la paciente acumulacion del trabajo de una noche, fruto tranquilo de las llaves con que ha sido falseada de dia claro y con sol la silenciosa caja nacional.

En medio de este bienestar general solo habia un desgraciado, *el Erario*, que ya exhausto del primer empréstito pedia á gritos ¡socorro! ¡socorro! no precisamente porque lo estuvieran saqueando con descarado cinismo, sino porque, hallándose vacío necesitaba socorro para seguir vaciándose, gritos que nadie habria podido escuchar, si felizmente el mariscal Castilla, aunque en restos mortales, no hubiera llegado á tiempo desde Arica para anunciar á Perrosé el aprieto en que, como calamidad nueva, estaba metido el régimen legal.

Nadie pensaba en Lima, y menos el patriota ciudadano Rapavera, encargado de las pomposas exequias del mariscal, en que la Comision funeraria regresaria tan pronto del Sur con su preciosa encomienda, cuando se apareció muy de mañana la escuadra nacional con sus pabellones á media asta; algo faltaba que hacer en el templo y la capilla ardiente, no se habian comprado las ceras ni otras cosas, de modo que se hacia indispensable una buena cuenta de 10,000 soles.

Rapavera se fué donde el ministro Lafon, obtuvo una nota y con ella se dirigió al Tesoro, pero su sorpresa fué mayor cuando el tesorero con sumo dolor le dijo:

— No hay un real en caja, señor Rapavera, acaban de llevarse el último centavo.

— Pero, señor tesorero, esto urge, es para las exequias, no se puede evitar porque el general Castilla *llega* á Lima esta tarde.

— ¿Y qué quiere V. que haga? no hay dinero, ¿de dónde quiere V. que le pague?

— Pues me voy donde S. E.; contestó el encargado con tono de amenaza.

— Se lo agradeceré á V., de ese modo se socorrerá la Caja.

Dicho y hecho, del Tesoro se fué Rapavera al gabinete de S. E.

— Excelentísimo señor, le dijo, el general Castilla llega esta tarde, no hemos comprado la cera para el templo y la capilla, voy al Tesoro por esta bicoca y resulta que no hay un real.

— ¡Cómo que no hay un real! contestó asombrado S. E., y agregó: ¿se han acabado acaso los 4.000,000 del empréstito? ¡que me llamen al tesorero!!

Uno de los edecanes fué con la comision: El tesorero Villena tenia escrúpulos para presentarse al jefe del Estado, y encontrando mas á propósito á un miembro de familia, envió á su interventor D. Juan Geluera.

— ¿Qué es esto, señor Geluera, que no hay plata en el Tesoro? preguntó muy agitado S. E.

— ¡Así es, excelentísimo señor, ni un centavo!

— ¿Y los cuatro millones?

— ¿Los dos, dirá V. E.?

— Bien, los dos.

— Se han agotado.

— Pero cómo, si solo esta mañana cuando entré en palacio, viendo el señor Topin á uno que salia de

la Caja con un saco de billetes me decia : « ¡ahí tiene V. E. la mejor prueba de la prosperidad pública! »

— Cierto, señor excelentísimo, eran esos los últimos 90,000 soles, de los dos millones.

— ¿Y VV. han hecho un pago de 90,000 soles esta mañana á una sola persona, sabiendo que se quedaban sin un real? ¡Esto es imperdonable!

— ¡Sí, excelentísimo señor, á una sola persona! dijo sonriéndose Geluera.

— ¡Pues yo no he decretado tal cosa! agregó airado S. E.

— Cierto que no, porque las liquidaciones no se decretan por V. E., sino por el ministerio solamente.

— ¡Pues hombre! ¡linda cosa! ¡que un solo acreedor se haya pillado cuanto habia, y nos haya dejado sin un real!

— Así parece.... contestó Geluera sonriéndose otra vez.

— ¿Y quién ha sido ese acreedor?

— Dispénseme V. E....

— ¡Qué! ¡Hay misterios en esto señor Geluera?

— No, S. E., pero el pago hecho hoy á las once es el de la liquidacion á V. E. que en dos años tres meses importa justamente los 90,000 soles que quedaban, y ha llevado el apoderado de V. E.

— ¿Qué tal? ¿cómo está mi cabeza? ni me acordaba yo mismo de la liquidacion; contestó S. E., para quien 90,000 soles representaban el valor de treinta mil carneros de Chiguata; pero agregó con tono muy afable : vaya V., mi D. Juan, donde el ministro de Hacienda para que arregle estas cosas.

El tesorero salió con Rapavera, que le seguia como la cabrilla Capela sigue á las estrellas fijas en la ardiente constelacion del Carretero.

XV

CEREMONIAS FÚNEBRES

Las enfermedades morales en su saña furibunda no perdonan tres cosas al organismo : los nervios, el estómago y el sueño, y ponen á las personas, como á Voltaire, con el humor mas negro que el pecado mortal. Con estos achaques estaba muchos dias el ministro de Hacienda, considerando como un acto de débil condescendencia con el ministro de Gobierno, le habia arrastrado á caer en ese torbellino de asuntos de mala índole que, revestidos con el ropaje de la legalidad, estaban acabando con la caja fiscal, y lo que para él era peor, con detrimento de su honra y dignidad, adquiridas en tantos años de próbida majistratura judicial.

El ministro perdió el sueño á la vista de los esfinges consignatarios y el empréstito, el estómago á la entrega á Gimegs de los dos millones, y los nervios al observar en sus apuntes que las liquidaciones habian devorado los otros dos, no quedando mas que 90,000 soles en el Tesoro para el siguiente dia. La perspectiva de un nuevo empréstito, destinado, como

Daniel, á ser devorado por las fieras del nuevo régimen, sin la posibilidad de un ángel salvador, le irritó todo el sistema, y aquel genio de paz, armonía y buena voluntad, se convirtió desde ese momento en insoportable hipocondriaco.

Recordará el paciente lector que despues que S. E. dió las gracias á Gimegs por el remarcable favor que hacia al Gobierno y al pais, ejecutando por solo doce millones de soles el camino de Arequipa, que Rapanowski apreciaba en diez y seis [1], le ofreció en recompensa todo género de facilidades, y recordarán que, despues que se fué el contratista, el ministro del ramo propuso la cuestion capital, la de fondos para el pago, que era en sustancia la gran cuestion de gobierno, con cuyo motivo manifestó el jefe del Estado que precisamente para atender á esa eventualidad el señor Teriano Topin le habia hecho el favor de anticiparse á hablar al señor Schiutti, consignatario de Alemania, el que parecia dispuesto á todo, en compañía de los demás guaneros patriotas de la capital.

Así sucedió efectivamente, y merced á las súplicas de esa especie de espíritu santo de nuestros Gobiernos, mezclado siempre con todos, desde 1854, en que le arruinaron las *calaveras* del Chorrillo, la casa de Schiutti envió al siguiente dia al Tesoro 500,000 soles y encabezó con los hijos de la buena fortuna el empréstito de 4 millones al 8 por 100 de interés, 2 de comision

1 Para que se conozca quién es este grandísimo pícaro, baste saber que es el consultor de mister Gimegs, y que — « bajo su firma, como ingeniero en jefe, presupuestó en 8 de febrero de 1871, en la fabulosa suma de 38 millones de soles la via férrea de Chimbote á Recuay, es decir, en la escandalosa suma de 143,396 soles, ó sean fr. 716,980 la milla, cuya obra fué aceptada por Gimegs en 10 de noviembre del mismo año, por solo 24 millones, es decir, á 90,566 soles ó sean fr. 452,830 la milla !!! »

y pago en vales á 12 meses, descontables en sus propios bancos á 12 por 100, de manera que el empréstito á mas de gravar el erario con 22 por 100, es decir, 880,000 soles, disminuyó el efectivo de entrega en 560,000 soles, reduciéndolo á 1.440,000, despues de pagados á Gimegs los dos millones sin vuelva V. luego. Apenas se explicaba el ministro todos estos logogrifos, y su imaginacion, confundida en medio del saqueo general, no se pintaba ciertamente de color de rosa el porvenir, si como era indispensable otra nueva debilidad le obligaba á seguir los *desinteresados* consejos del espíritu santo de S. E. y á tener otra vez delante los mismos esfinges del anterior empréstito. Pero aquellos logogrifos hicieron crísis cuando llegado el vapor supo el ministro que habia dado á 70, bonos que estaban en Lóndres á 77, y que perdiendo 7 por 100 sobre 1.200,000 libras habia defraudado al Tesoro en 453,600 soles inclusivo el cambio, y que de esta suma se habia apoderado uno de los hijos de la buena fortuna.

En este estado de febril excitacion le encontraron el tesorero y Rapavera cuando llegaron á su despacho.

— ¿Qué hay, por Dios, señor tesorero? preguntó el ministro al ver á Geluera.

— Vengo de parte de S. E. á decir á V. S. que no hay plata en arcas.

— Y es urgentísimo pagar hoy mismo esta órden de 10,000 soles, para comprar la cera del catafalco y capilla ardiente del general Castilla que *ha llegado* al Callao y entra esta noche en la capital; agregó Rapavera.

— Pero esto es muy extraño, segun el balance que VV. me remiten diariamente, la caja tenia ayer 90,000 soles ¿qué se han hecho?

— Esta mañana se ha cubierto la liquidacion de S. E. que es justamente de 90,000 soles; por eso el presidente me manda donde V. S. para que arregle estas cosas.

— ¡Yo! ¿Y cómo quiere S. E. que arregle sus cosas?

— No sé, señor ministro.

— Pues, yo tampoco, y primero me cortan la mano que volver á ver á los consignatarios. ¡Cómo! ¿á los veinte dias, otros cuatro millones?

— Sin embargo, señor ministro, como este gasto es urgente....

— ¡Qué! pues qué el general Castilla no es como todos los muertos? Que entre á oscuras en la iglesia.

— Hay, sin embargo, un recurso, señor ministro; dijo el tesorero.

— Haga V. como quiera.

— Tenemos pagarés de Aduana.

— ¡Qué sé yo de pagarés! déjeme V. tranquilo, haga V. lo que quiera.

— Está bien, señor ministro; contestó Geluera despidiéndose, con la cabrilla del Carretero.

— ¡Inconocible está el ministro! decia Rapavera al empleado.

— Por eso es malo llamar á los puestos hombres escrupulosos.

— ¿Y ellos para qué aceptan?

— Que quiere V., Rapavera, compromisos, amistades, tantas cosas....

— Pero en fin ¿se me paga ó no? ¡ya es muy tarde!

— Venga V. conmigo.

Llegando al Tesoro pidió el tesorero los pagarés de Aduana, envió al banco del Perú 12,000 soles en des-

cuento, y media hora despues el general Castilla podia contar á sus amigos La Mar, Gamarra y San Roman, los honores de que comenzaba á ser objeto.

Recordaba Lima en sus tradiciones la entrada de los restos de aquellos jefes del Estado y, estableciendo comparaciones, deducia que aquellas épocas de indigencia y de cruz alta á lo sumo, no podian rivalizar con el dean y cabildo de la grandeza funeraria de los tiempos nuevos, preparado al vencedor de « Junin, » « Ayacucho, » « Ancachs, » « el Cármen alto » y « la Palma. »

— ¡Nada es mas lógico! decian los críticos.

— ¡Por supuesto, los tiempos han cambiado! repetia un perrosista.

— ¡Agrégase, que las situaciones son diversas! decia con sarcasmo un excéptico.

— ¡Y el jefe del Estado, cuñado del difunto! reponia un maldiciente.

El hecho es que, debido al celo del hábil tesorero, se salvó el crédito del Gobierno, y los restos mortales escaparon de las tinieblas, y entraron, en medio de cuatro mil luces, al sagrario de la metropolitana.

La catedral de Lima es uno de los primeros monumentos de la América *latina*, mal que le pese al cosmopolita Larabure, porque su nombre de *latina* es mas general y analógico que el de *española*, *austriaca ó borbónica* que nos apesta desde ultramar. Edificado el templo, sobre dos metros de altura del plano de las calles y en un rectángulo de cerca de 40,000 metros cuadrados, se levanta con el marcado órden arquitectónico del renacimiento y con un tono y aire de basílica que sorprende al inteligente observador. Divídese en tres naves espaciosas, de 160 metros de frente por 155 de fondo, que miran de oriente

á occidente, con la central á un metro de elevacion sobre las otras, cortada por un magnífico coro de caoba tallado alegóricamente y ensamblado al estilo del siglo XVI, fecha de su primera construccion, iniciada por Francisco Pizarro, el conquistador, en 1535 y concluida cuasi un siglo despues en el vireinato de Fernandez Córdoba, pero derribada en el terremoto de 1746, volvió á reedificarse, con veinte años de obra, que terminaron hácia 1757, en el de Manso de Velasco. A la cabeza de la nave principal está el altar mayor, en esqueleto ó aire libre, como en todas las basílicas, obra de atrevimiento y elegancia, imitacion de la de San Pedro de Roma. Contienen las naves laterales diez y seis altares en capillas con puertas abalaustradas de ébano macizo de seis metros de altura, en las cuales se encuentran pinturas originales de las escuelas flamenca y española, como la *Verónica* de Murillo, y otras de raro mérito trabajadas al principio del siglo por el hábil pintor Matías Maestro. El edificio interior determina sus naves por 16 columnas rectangulares de grande altura y espesor, y capiteles y basamentos dóricos, sobre los cuales descansa la artística techumbre abovedada y decorada al estilo morisco con pendientes y líneas arquitectónicas, que parecen arrojadas en el espacio : cada nave tiene dos puertas, la una en el oriente cerca del grande altar, y la otra sobre el frontispicio y soberbia fachada de oriente en la plaza principal, fachada de purísima arquitectura, por su elevacion correspondiente, distribucion de plano y exactitud de medidas, por sus dibujos y arte de la mayor importancia, á cuyos extremos se elevan las torres y campanarios á la considerable altura de 74 metros y con la solidez necesaria para soportar campanas con peso

de 50,000 libras de cobre. El átrio comprende un plano en el frente y costado derecho con 3,000 metros superficiales, cubierto con mármol y al cual se asciende por graderías de granito superpuestas en la longitud de 300 metros. En la cava de la iglesia, antiguo sepulcro de los vireyes, está Francisco Pizarro, para recordarnos que es una ley de Dios como ley de la historia, la muerte sangrienta y súbita de los que suben al poder, ó se mantienen en él, manchados con la sangre de los cadáveres que impunemente sacrificaron á ódios malévolos ó ambiciones desbordadas.

Grande y espaciosa como es la metropolitana, á donde iban á celebrarse con el inmenso lujo del dolor los oficios mortuorios, estaba cubierta de tapicerías fúnebres en todas direcciones, sembrada de lámparas, luces y hachones, en cuyo centro se habia colocado el catafalco, al que debia ascender el mariscal en medio de los emblemas de sus victorias de la guerra de la independencia y de sus batallas en nuestras guerras civiles, provocadas ó creadas por él para subir y mantenerse en el poder, sobre 3,000 cadáveres regados en su camino en el corto período de quince años, señalados con las fechas de octubre de 1843, enero de 1855 y marzo de 1858, es decir : «Cármen alto,» «la Palma» y «Arequipa.» Despues de gobernar diez y seis años el pais y siempre á título de vencedor con el régimen del despotismo y la arbitrariedad, el mariscal acababa de sucumbir en los desiertos de Tarapacá algunos meses antes, abriendo, segun su sistema de dominacion, la tercera campaña constitucional para derrocar en nombre de la Carta de 1860, la Carta política de 1867 ; por cuyo sofisma, pretendiendo el poder, habia venido á ser para el jurisconsulto de Tingo, la víctima fundadora del nuevo

órden de cosas, y sus restos debian, por consiguiente, en la época que describimos, reconcentrar las consideraciones políticas y sociales de los gobernantes procreados con su sombra, mantenidos por su fama y elevados por su favoritismo.

Nosotros no somos calumniadores de muertos ni de vivos; los hombres que han intervenido en los destinos de los pueblos, pertenecen á la crítica de sus conciudadanos, y siendo necesario anteponerse á las frívolas argumentaciones de aduladores bajos y necios, agregaremos dos palabras mas, ya que tenemos en la mano la incisiva pluma de la historia.

El general Castilla invocó siempre la ley para conseguir su ambicion de mando, sin observarla nunca para cumplir sus deberes. Esto se demuestra en política como se resuelve con ecuaciones dadas un teorema geométrico. Vamos á recorrer veinte y cinco años.

En 1843, invocó la Constitucion de 1839 para derribar como derribó al general Vancovi, y, sin embargo de que esa Constitucion no concedia mas que seis años de gobierno, se mantuvo en el poder hasta el 20 de abril de 1851.

En esta época entregó el mando al general Iberique, hasta que, en enero de 1854, dentro del período constitucional de su sucesor, invocó el honor nacional, se sublevó contra el jefe del Estado y la Constitucion de 1839, y logró derribarle como le derribó en enero de 1855, matando desde el momento la Constitucion por él invocada en 1843.

Desde 1855 asumió la dictadura, hizo dictar la nueva Constitucion de 1856, gobernó despóticamente hasta el 2 de agosto de 1858, en cuya fecha se hizo elegir presidente hasta el 2 de agosto de 1862, por

cuyos medios gobernó el pais durante ocho años y siete meses :

Dentro de esta época el Congreso de 1858 se propuso contener sus gravísimos excesos, conforme á la Constitucion creada, promulgada y por él mismo jurada en 1856; el general Castilla no vaciló, dió un golpe de Estado el 11 de mayo de aquel año, disolvió el Congreso, encarceló á los representantes, persiguió á otros y mató la Carta de 1856 :

En 1860, despues de despedazar la ley constitucional, hizo dictar otra Constitucion, con la cual entregó el mando al general San Goban en 1862, por cuyo fallecimiento, sucedió el general Cepet, elegido por él mismo en 1861 :

En 1865, invocó el honor nacional para rebelarse contra el general Cepet, pero este, arrojándole en una cárcel flotante en los mares del Pacífico y Atlántico, le alejó de la sexta conspiracion.

El coronel Campo, engendrado políticamente por él, siguió su ejemplo, se rebeló contra Cepet en nombre de la pátria y de la Constitucion de 1860, lo derrocó en noviembre de este año, sustituyendo al derrocado con el general Perrosé, al que á su vez echó del poder, asumiendo la dictadura fundada por Castilla diez años antes, haciendo dictar la Constitucion de 1867 y nombrar jefe del Estado por cuatro años. Campo desterró á Castilla del pais, hasta que este, regresando de Valparaiso en mayo del mismo año, volvió á invocar la Constitucion de 1860 como antes habia invocado la de 1839, período en el cual falleció en medio del desierto y de sus compañeros de revuelta.

Hé aquí veinte y cinco años de historia, en ellos dominó el general Castilla como César con su espada, favoreció alternativamente los principios mas avanzados

como los mas retrógrados, sin tener conciencia de ninguno; manejó y administró cientos de millones á su arbitrio sin dar cuenta ni razon á nadie, hizo uso de los dineros de la nacion para corromper la convencion en 1856 y el Congreso en 1858, dió golpes de Estado, llevó la guerra de propia autoridad al Ecuador, legándole á un García Moreno!!! Sin embargo, en esos quince años, hizo dos cosas; suprimió el cadalso y decretó la manumision de los esclavos, mas aun, murió sin fortuna, no dilapidó para sí!!!

Contrapese el pais las unas cosas y las otras.

Todo mandatario tiene dos deberes que cumplir: el de la moral política que consiste en ser prácticamente fiel á la ley constitucional obedeciéndola, y el de la moral administrativa que consiste en no robar para sí ni consentir, directa ni indirectamente, en el robo de los otros. Los que imponen su voluntad á los pueblos, oprimiendo en el poder las libertades electorales que reclamaban en el camino de la ambicion, y haciendo elegir senadores y diputados nombrándolos desde su bufete, pero que no roban para sí, como Castilla, las arcas públicas ¿merecen el título de hombres del deber y funcionarios de probidad pública?

Durante algunos dias las ceremonias fúnebres hicieron olvidar las necesidades fiscales y detener la corriente que inundaba al Tesoro, pero cuando estas terminaron y la administracion recobró su rumbo, lo primero con que se encontró S. E. fué con la renuncia del ministro de Hacienda que, por el *mal estado de su salud*, pedia su reemplazo al *yanaguaro* de Relaciones exteriores.

S. E. llamó en el acto al doctor Lopar.

— ¡Qué es esto, le dijo, el ministro nos renuncia la cartera!

— Sí pues, Pedro, cómo no la ha de renunciar, hablemos con franqueza, si VV. dejan el Tesoro mas limpio que una patena.

— ¿Vaya, pues, V. tambien tiene estas bromas? dijo S. E. riéndose, y agregó : ¡Qué haremos! buscaremos otro ministro, para estos cargos siempre hay muchos.

XVI

AFILIACION DE UN DICTADOR

Crísis no pasajera habria sido en otra época de otros hombres, la separacion de un ministro en los primeros meses de una administracion en nombre de la ley, sobre todo cuando esa separacion venia motivada en los escandalosos derroches que acababan de consumir en pocas semanas, mas de seis millones efectivos del Tesoro público y cinco de los bonos de la Deuda; pero en los momentos que atravesamos la crísis económica solo existia por infantiles escrúpulos de un hombre tan honrado como candoroso que, no creyendo suyo el guano, no se atrevia á pedir mas dinero á los consignatarios, de suerte que cualquiera que renunciase á semejantes aprensiones, debia, por el contrario, mejorar en tercio y quinto el Gobierno de la legalidad.

Habia, sin embargo, el inconveniente de las dificultades que presenta toda administracion transitoria, para encontrar hombres serios que se liguen á sus eventualidades; pero como era indispensable salir del paso, se consideró mas á la mano colocar en el ramo

á uno de sus empleados, y como el tesorero era el mejor conocedor de los aprietos fiscales, se le llamó para suceder en la cartera al magistrado supremo. Provisto el ministerio el mismo dia de la dimision, fueron en el acto convocados *los hijos de la fortuna*, para una nueva operacion financiera por la misma suma y condiciones del primer empréstito; esto es, gravámen 880,000 soles, comprendidos 560,000 de comision y descuentos, así es que los consignatarios se repartieron, mal contados, la cuarta parte del valor de ambas operaciones en solo dos meses.

Reconstituido el gabinete, salió á la plaza el decreto de elecciones que, como combustible, iba á poner en ebullicion la actividad política y administrativa.

El héroe del Norte estaba decidido á sacrificarse por la República; sus numerosos amigos, sitiándole por todas partes, habian conseguido al fin comprometerle para el duro cargo de gobernar el pais, y sus hermanos y parientes, sensibles á ese ejemplo patriótico, se ofrecieron en holocausto para acompañarlo en los tareas espinosas de la administracion renunciando á los tranquilos goces del hogar. ¿Podia exigirse mayor abnegacion, esfuerzo y sacrificio, por puro amor á la pátria? Imposible; porque D. Juan Francisco iba á separarse de sus dulces lares de Chancay y de Collique, D. Pedro de sus apacibles madrugones de Lurifico, los cuatro Restiegus á continuar incansables el duro trabajo de mandar la fuerza pública para sostener á D. José, Edgardo Dátiles arrojaba la péñola del bardo por la toga del senador y la pluma del político, Noredate los soles y empedrados del Camal por las sombras y alfombras de palacio, y el doctor Rospar la inoculacion de la vacuna por la de operaciones financieras.

Como por una ley natural y lógica los efectos corresponden á sus causas, era casi un hecho que las elecciones darian los resultados que todos esperaban; era senador y diputado todo el que queria ser hombre público de aquella época, y se metió, por consiguiente, en el abundante cuerno emblemático del escudo nacional, el título VIII de la Constitucion, para los ilustres fundadores del segundo régimen, que iban á reconstituir la República, á infundir el decoro y la dignidad en el Estado y á establecer para lo futuro las macizas bases de las gentes honradas en el gobierno y los negocios públicos, esterilizados en dos años de ignominiosa dictadura y *apenas* nacientes en pocos meses de legalidad.

Para un pais que comenzaba á gozar de las delicias de sus épocas pasadas, en sus hombres y en sus cosas, en sus costumbres é *intringulis*, que traia á la escena los personajes de 1852, 1860, 1864 y 1865, con negocios de guano, liquidaciones, ascensos, empleos, senatorías y diputaciones, dinero en cajas, comisiones, contratos y concesiones, eran mas que suficientes alimentos para indigestar de felicidad un estado social que recobraba á manos llenas el perdido bienestar. ¿Acaso todos aquellos habian sido nunca la lepra de la corrupcion y el materialismo político? Jamás; calumniadores inícuos habian calificado de arbitrarios y déspotas á los unos, de ladrones y traidores á los otros, pero el tiempo habia venido á demostrar, que los golpes de Estado, los legicidios, la consolidacion, la reparacion, las prórogas y los tratados con los españoles, no pasaban de invenciones fantásticas para desprestigiar á los hombres de bien. ¿Qué importancia moral podia tener para Perrosé ligarse en 1860 á los que habia calificado de infames traidores y sucios

ladrones en 1865? ¿No se ligó Castilla en 1860 por las mismas causas y con los mismos fines á los de 1853? No era, por el contrario, obrar evangélicamente, refundir en una misma comunidad á todos los hombres honrados de esas épocas?

En medio de todo este bienestar se hizo el nuevo empréstito con el cual las cosas siguieron su marcha triunfal, contentando á todos y haciéndose aceptables hasta de los mas severos que, considerando general el zafarrancho, creyeron muy honesto meter á hurtadillas y con disimulo la mano en el Tesoro con los *negocios* del dia, poniendo su augusta personalidad á cubierto de futuras necesidades y percances de la mala suerte. Y así debia suceder, porque los gobiernos corruptores no solo desfloran á las personalidades que corrompen, sino que engendrando el mal ejemplo, encienden las pasiones deprimidas por los estímulos del honor, contaminando con el virus infecto á los hombres de virtud.

Por la quiebra de M. Pickering en Lóndres se habia dado á M. Gimegs el camino de Arequipa, y como Pickering era igualmente concesionario de los de Iquique á la Noria y de Lima á Pisco, aquello fué coyuntura favorable para sacar provecho, sin comprometerse directamente con el nuevo régimen.

Para ciertos hombres, como para los casuistas, los pecados públicos se dividen en mortales y veniales; los primeros llevan el sello de la defraudacion directa en la caja pública, pero los segundos, aunque sean onerosos al pais, apenas tienen el tinte de la defraudacion en el bolsillo del prójimo; aquellos, se denominan contratos por cuenta del Estado, estos, contratos por cuenta particular; es para ellos un bribon el que contrata por ciento lo que vale diez, pero solo

es una viveza hacer obras por cuenta propia, estableciendo el monopolio, arruinando la industria, y sacando de la bolsa particular, con la autorizacion de un decreto, el fruto del trabajo paciente del labrador ó comerciante y por supuesto el pan de sus hijos; estos son absueltos con el contacto simple del agua bendita, aquellos necesitan el desenfado y el cinismo.

A uno de estos hombres que era Perkin se referian las crónicas de aquellos dias, haciendo comentarios sobre la rapidez con que los concesionarios habian alcanzado el decreto de los caminos de Iquique; él se habia hecho cargo de dirigir el negocio, mientras que los otros manejaban los bolos mas arriba. La solicitud fué trabajada pidiendo la sustitucion de la obra en sus clientes en los mismos términos y condiciones del *gringo*, y agregando, como cosa insignificante, el derecho de extender la línea á todas las salitreras, lo que importaba apoderarse del monopolio en la pequeña extension territorial de 2,400 leguas ó 7,200 millas cuadradas, puesto que desde el Loa hasta Arica es salitrera toda la region cisandina, ó tamarugal de Tarapacá. El fiscal no se hizo esperar, demostró en diez páginas de dictámen, la importancia de la obra, el gran progreso que envolvia para la República y la industria, y en fin, con la elocuencia y lógica de Dupin, la inmensa ventaja de promover en los nacionales *el espíritu de empresa*, sin gravámen para nada al Estado y con preferencia á los extranjeros. La concesion fué decretada, merced á esos y otros bolos, y por obra y gracia del Espíritu Santo, Perkin que como todos los hijos de Adan vino al mundo, mondo y lirondo, es decir, pelado y sin añadidura, se convirtió en accionista del primer ferro-carril del Perú por la

tercera parte de su importancia, ó sea un millon reluciente y bien sellado, propio y sin cuentas, suficiente para deprimir y despotizar á medio mundo. ¡La viveza de un hombre honrado!! ¿Para qué seguir la historia de tantos otros?

Hombres hay que han trabajado toda la vida, delante del pais, para vivir independientes, sin meter las manos en la caja pública, y tener el derecho de llamar pícaros á los pícaros é hipócritas á los hipócritas, en las diversas tribunas de la opinion. A estos se les ha deprimido, sin perdonarles ni la vida privada, mas aun, se les ha llamado de reputacion dudosa. ¿Y por qué? porque los hipócritas y los pícaros quieren siempre desautorizar la palabra de sus acusadores para continuar la depredacion; sírvense de la calumnia para su propósito, y como de la calumnia algo queda, los verdaderos hombres de bien pasan por pícaros y los hipócritas por personas honradas.

En grande error está el que crea que en nuestro pais son inamalgables los partidos políticos, las opiniones y los hombres; mayor error es todavía pensar que, despues de la tumba de José Galvez, haya uno solo que por culto á los principios ó las ideas se resigne á seguir una vida de constante trabajo honesto, en medio de la prostitucion general; y es infinitamente tonto el que conciba la resolucion de ponerse en lucha con el mundo entero para sembrar un ejemplo de firmeza y moralidad pública; ¡la semilla tiene que ser infecunda sobre el campo de la esterilidad! Los corazones helados son impenetrables, en ellos ha muerto el sentimiento de la pátria, solo existe el frio y endurecido egoismo!

Que nadie nos diga que deshonramos la pátria; no, mil veces no; le hacemos ver sus calamidades para

que el asco de la corrupcion, sea el estímulo de la reforma. Ya llegaremos á Droyfas y los caminos de hierro, con sus agentes, Gobierno, Congreso, todo, todos, y entonces se verá la inmensa razon, el noble propósito de nuestra conducta.

XVII

LA PRECURSORA DE LA VALIENTE

El dia en que la Salamanca corria de todos lados en busca de la *Carosa*, regresó del cuartel de San Lázaro, despues de su entrevista con el comandante Alvaredo, á la Tesorería departamental adonde debia cobrar muchas pensiones de viudas y recibir no pocas liquidaciones de sueldos y diferencias, compradas á vencedores de Arequipa y á víctimas inocentes de la dictadura.

Hay dias que amanecen nublados y de mal agüero, en que todo sale peor, y cada paso nos conduce á un nuevo desengaño. En los misterios del destino estaba decretado este para que doña Petronila sufriera todas las malas impresiones y buscara un refrigerio mezclándose en los goces de la política militante.

El gasto inútil de carruaje desde San Marcelo á San Lázaro fué su primera calamidad, y como se le hizo tarde, y un abismo conduce á otro, la consiguiente necesidad de pagar una nueva carrera desde el cuartel á Palacio, y por corolario abrumador, la de almozar en el *restaurant* del « Pozuelo » y hacer un nuevo

desembolso de cuatro menguantes del Sol de los Incas. Despachóse, sin embargo, en pocos minutos y corrió al Tesoro; eran las doce del dia, cuando se encontró con la terrible noticia de la dimision del ministro, por falta de fondos en caja para los gastos públicos; circunstancia que le puso la lengua amarga como retama.

— ¿Con que no hay plata, señor cajero? preguntó al pagador con cierto sarcasmo.

— No, doña Petronila, ni un real, los últimos 90,000 soles se han pagado hoy por la liquidacion de S. E.

— ¿Pero habrá para las honras de su cuñado?

— Tampoco, señora, ahí anda el tesorero con Rapavera en el gabinete, en busca de 10,000 soles para la cera.

— ¡Pero esto es un horror! dijo á gritos la vieja, en menos de dos meses se han chupado como un huevo los cuatro millones.

— Sí señora, se han acabado, y algo mas.

— A este paso, el Gobierno acabará con todos; repuso ella.

— Indudable, con todos; agregó otro usurero comprador de sueldos.

— El hecho es, mi amigo, que este Gobierno es una tarasca.

— Mas que eso, señora, una ballena; le contestó su compañero riéndose.

— Y como ellos han robado bien, con Gimegs y en otras cosas....

— No hable V. así del régimen legal; le replicó un empleado.

— ¡Bonito régimen y no se paga! repuso ella, y agregó : ¡legalidad con uñas!!

— Tiene razon la señora, expuso uno de los que la oian, y exclamó : — ¡ linda cosa es que por pagar á S. E. nos dejan á todos en blanco !

Cuando regresó el tesorero, la oficina estaba llena de gente, no se podia echar un grano de anís, y la multitud aumentaba como una gran marea. La Salamanca fué la primera que abordó la creciente.

— ¿Con que no hay plata, señor tesorero? volvió á preguntarle.

— Estamos limpios como una patena, doña Petronila; contestó este con el tema heredado de D. Francisco.

— Pues, si las cosas siguen así, contestó ella, será preciso fijarse en otros hombres, antes que estos nos dejen sin camisa.

— ¿Qué dice? preguntaron otros acreedores.

— Que será preciso fijarse en otros mejor que en estos ladrones; contestó uno de los mas inmediatos.

— Esta vieja es atrevida; dijo un empleado.

— Pero tiene razon; replicaba otro usurero.

— Esta señora sabe mucho; decian todos unánimemente.

El tesorero entretanto no sabia qué hacer obligado á repetir á cuantos llegaban á su mesa : « no hay plata, el ministro ha renunciado; » y con excepcion de Rapavera, todos se hacian tres cruces.

— ¡ Como que ellos están repletos ! exclamaban por un lado.

— ¡ Por cierto, solo Gimegs les ha regalado un millon! decian por otro.

— ¡ Decididamente estos son los peores ! agregaba uno.

— Bien podian robar, dejando algo para las viudas; replicaba una pensionista.

— No sea V. tonta, estos no dejan ni las cáscaras; decia un indefinido.

— ¡Tomen Perrosé! ¿no maldecian de Campo? ¡pues amuélense! argüia un dictador.

Figúrese el lector un enjambre de quinientas personas con la conciencia de ir al Tesoro á recibir el dinero de sus reclamos á quienes fatídicamente se les dice: « no hay plata, el ministro ha renunciado, » y se comprenderá la mala impresion de esos momentos en que el mayor timbre del Gobierno consistia en sostener abierta la feria fiscal.

Mientras que aquellas murmuraciones tenian lugar en la oficina de pagos, doña Petronila ya sofocada se echó la manta á la espalda y se dirigió al ministerio para saber de sus liquidaciones en despacho.

— Buenos dias, mi oficial mayor; dijo al doctor Sacima.

— Buenos dias, señora Salamanca; le contestó este con voz imperceptible.

— Vengo á saber de mis liquidaciones.

— ¡Para liquidaciones estamos! ¡qué no sabe V. que no hay despacho, *mi querida!* le contestó Sacima.

— Pero eso será hoy, mis expedientes entraron liquidados hace dias.

— Entiéndase V., *mi querida*, con el « oficial de partes. »

— Eso me lo hubiera V. dicho antes, le contestó, agregando, no hay peor desgracia para los interesados que entenderse con los sordos, y se fué como una exhalacion á la « mesa de partes. »

— Señor oficial, vengo á ver mis liquidaciones; repitió incansable la vieja.

— ¿Cuáles son, mi señora? le preguntó este con mucha atencion.

La Salamanca sacó sus apuntes y contestó :

— Capitan Cornejo, sueldos, setiembre á abril, 680 soles.

— Decretado por 425, pagado hasta noviembre por su cése.

— ¡Qué tal ladron, y me ha vendido ocho meses!

— Teniente coronel Vaca, diferencias, noviembre de 1865 hasta abril último, 1,450 soles.

— Decretado por 550, solo hasta junio de 1867 tuvo servicio.

— Otro ladron, pues á este paso me saquean!

— Capitan Cordero, sueldos de Arequipa.

— Negado, pagado hasta mayo en que se le dió de baja.

— ¡Misericordia! ¡qué es esto!

— Doctor Naranjo, sueldos, secretaría del ministerio general.

— En despacho.

— Viuda de Siles, pensiones pendientes.

— Cobrado por un acreedor, de órden judicial.

— ¡Me voy á volver loca, señor oficial!

— Viuda de Torrejones, monte pio.

— En despacho.

— No quiero saber mas; replicó desesperada la Salamanca, despues de seguir una larga lista que estaba todo en despacho y de saber que en los únicos tres expedientes despachados habia perdido 1,500 soles.

Salió por consiguiente como una furia contra el régimen legal, pesándole mas que sus culpas haber empleado cerca de 20,000 soles en estos negocios. Se encontró en la calle de la « Rivera » con el negociante Paredes.

— ¿Qué le parece á V., no tenemos plata? le preguntó.

— Ya lo sabia, doña Petronila, nosotros tenemos la culpa.

— ¿Por qué? tiene una la culpa de que lo descamisen?

— Por supuesto, si fuera presidente otro.....

— Pero si todos son unos pícaros.....

— No todos, ahí tiene V. al señor fiscal Urate, un hombre de bien, ahora está de candidato.

— ¿Sí? pues allá me voy, señor Paredes, y de paso veo mis expedientes, ¡mucho me gusta ese hombre!

A las tres de la tarde llegó á la fiscalía la Salamanca, y si en el Tesoro donde era conocida como en su casa le fué difícil penetrar á las doce del dia, en casa del fiscal le era poco menos que imposible, porque, como quince dias despues debian comenzar las elecciones y S. S. traia entre manos y mientes la candidatura civil, la fiscalía estaba invadida por una turba de partidarios políticos.

— ¡Qué es esto, Dios mio! exclamó al llegar, ¡incendio seguramente! ¡esto es lo único que me faltaba! pero reparando que no habia bomberos, se serenó un poco, y preguntó en las escaleras: ¿qué significa tanta gente donde mi fiscal?

— Es, mi señora, le contestó un viejo socarron, que los colegiales de San Cárlos han venido donde el señor fiscal á proponerle la presidencia *civil* de la República.

— Pues, yo estoy con la juventud, soy de su partido, porque con los de la legalidad nos roban cuanto tenemos, ¡¡viva el señor Urate!! gritó con mucho entusiasmo.

A la voz de ¡viva! todos le abrieron paso; la usurera hablaba de buena fé y con mucha razon, despues de lo que acababa de acontecerla en palacio, así

es que penetró fácilmente en los salones de la fiscalía en los momentos en que el doctor Urate escuchaba atentamente los discursos de la Comision, rogándole aceptar el puesto para librar el pais del terrible poder del sable.

El representante de la ley, con gorro de terciopelo azul y todavía envuelto en bata de mañana, estaba, pues, rodeado de una concurrencia numerosa, de la flor de la juventud, que en sus ilusiones, creia tan sencillo como un curso de aritmética, el intringulis electoral, y que desempeñaba una alta mision oponiendo el Gobierno civil y los principios, secundados por todos los colegiales de la república, al Gobierno militar apoyado por el Gobierno, los prefectos y subprefectos de los departamentos, y sostenido con el escudo nacional de nuestros soles.

Los discursos de órden habian terminado, la conversacion era familiar y conmovedora delante del magistrado; todos recordaban sus consabidos títulos á la consideracion pública, y eran de cajon « el antiguo codificador, el libertador del negro y el indio, el laborioso convencional, el antiguo liberal, el íntegro magistrado, y en fin, el fundador de la enseñanza universitaria, » hoja de servicios mas que suficiente para cambiar de un soplo la faz del porvenir.

Con la boca abierta se quedó la vieja al escuchar ese hermoso idilio, así por el conocimiento de ese milagroso génecis que ignoraba, como por la exquisita galantería con que fué recibida por el candidato civil, el cual, aprovechando el primer momento, dijo á los varones:

— Un minuto, señores, hay una persona del bello sexo, y voy á atenderla.

—¿Son del bello sexo las viejas? preguntó muy despacio un muchacho.

— Mucho menos las usureras, eso es lógico; contestó otro, riéndose.

La Salamanca no era tan desconocida persona, lejos de eso, ligado siempre su nombre á reclamos contra el Tesoro y negocios de sueldos, habia algunas veces trepado en forma de expediente las escaleras de la fiscalía, aunque el señor Urate no tenia el gusto, hasta ese instante, de conocer personalmente á ese bello sexo financiero de primer órden, á esa promiscuacion de la naturaleza organizada para la industria del crédito, á esa favorita de la burocracia que sabia manejar con habilidad y de memoria los negocios, sin mas que un cuaderno de malos apuntes.

— Tengo el honor de hablar..... dijo el fiscal con su habitual cortesía.

— A Petronila Salamanca, mi querido doctor; contestó ella con mucha llaneza, y luego agregó muy expresiva: ¡á una partidaria de V. S.; yo soy loca por los hombres de talento!

— ¿Es V. la señora que tiene aquí varios expedientes? dijo por lo bajo el fiscal.

— Sí, mi doctor, contestó en el mismo tono, pero no se trata de eso, sino que sabiendo — la vieja alzó el tono — que hoy se exhibe la candidatura de V. S., he venido á ofrecerle mis servicios, tengo muchas relaciones y algunos recursos, pues, aunque V. S. no me conoce personalmente, yo le soy reconocida y admiradora de sus méritos que harán la felicidad del pais.

— Me abruma V. con sus bondades, mi señora Petronila, yo no he hecho mas que ser fiel á los

principios, con el firme propósito de sacrificarme por la pátria.

— Es justamente por eso que todas las patriotas le queremos á V. con preferencia á estos pícaros *legales* que ya se han desplumado cuatro millones del empréstito, dejando el Tesoro *como una patena* y sin una migaja para las pobres viudas; replicó con oratorio estilo al señor fiscal.

Conciba el lector los aprietos del candidato que siempre tiene en reserva, acumular entre sus elementos, alguna accioncita oficial, y se comprenderá el amargo turron de la usurera.

— Toda administracion que comienza tiene muchos gatos, quiero decir gastos, mi señora; quién sabe si es para mantenerlos, que se ha hecho la inversion del empréstito.

— ¡Cómo, mi doctor! ¿pues entonces V. no sabe nada de los negocios escandalosos de estos pícaros? ¡si son unos bribones!!

— ¡Mi señora Petronila! repuso el fiscal deteniéndole con ademan suplicante, al ver que la vieja se le iba á fondo.

— ¡Oh! ¡mi doctor! ¡V. está en babia! si solo Gimegs les ha dado un millon, y he oido en el Tesoro que el contratista de la via de Iquique acaba de comprar á todos los funcionarios públicos.

Sea la palabrería de la vieja, sea que el fiscal no supiera qué decir, en presencia de sus partidarios, el hecho es que *un fuerte estornudo* puso fin por su parte al entusiasmo caluroso de la Salamanca, la cual, juzgando equivocadamente que se la estimaba en poca cosa, agregó con marcado acento:

— Yo no soy partidaria de boca y manos vacías, mi fiscal, soy mujer de hechos, y en prueba de mi

decision quisiera que hubiese una reunion esta noche; doy mil soles para un banquete.

Un aplauso general resonó en la sala y corredores de la fiscalía, pues no era bagatela, para demostrar la popularidad del caudillo, el entusiasmo con que una mujer, predecesora de la Valiente, venia á secundar el pensamiento generoso de la nueva generacion. La iniciativa de doña Petronila fué acogida desde luego, se discutió la reunion de los amigos fundadores del partido civil, y el jardin de la « Aurora » fué destinado para la exhibicion oficial del candidato. Demás es decir que el ex-prefecto Lafayette, por su actividad y manifiesta tendencia al *regocijo público*, se encargó de organizar para esa misma noche la gran fiesta.

El fiscal, por su parte, no pudo menos que enternecerse al ver cómo se hacia justicia á sus méritos contraidos con la pátria desde la revolucion de la moralidad de 1855, y aunque estaba convencido que era la última hora para tener siquiera una esperanza remota, consolábale sin embargo el efecto moral y sus consecuencias futuras : ser candidato equivalia á un antecedente, lo que traducido al idioma castizo significaba, « poner un clavo, para clavar otro mas tarde, y en seguida clavar muchos. »

La Salamanca aflojó en efecto los mil soles aquella misma tarde, y Lafayette, en su albo caballo, recorria media ciudad convocando liberales para el *meiin* de la « Aurora, » y acopiando metralla y espíritu público para el banquete, para ese primer fogueo del pueblo soberano.

Por su parte, el fiscal no podia ser insensible al espíritu práctico de doña Petronila, y ordenó aquel mismo dia en su despacho le alistaran para la mañana siguiente todos los expedientes de esa patriota.

XVIII

LA CANDIDATURA CIVIL Y SUS ORADORES

¿Cómo en tan pocas horas se habian podido arreglar un meeting y un banquete, y tener todo listo para exhibir una candidatura civil? Tal era la pregunta que se hacian mas de mil personas reunidas á las ocho de la noche en el espacioso jardin; porque nadie podia ni suponer, de cuánto era tambien capaz el celo patriótico del ciudadano Lafayette, por mucho que se conociese la marcha prodigiosa de su famoso bucéfalo, albo como un pegaso, animado de los mismos sentimientos é inspiraciones de su dueño, identificado siempre con él en política, y ambos acostumbrados á saborear los mismos triunfos y devorar las mismas decepciones.

Es, por otra parte, cosa frugal un banquete eleccionario, para el es inútil innecesario el combustible, y basta saber arreglar las cosas en frio, para dejar satisfechos á los mas exigentes partidarios de una causa. De todo habia en el banquete de la « Aurora, » un par de pavos y cien gallinas frias, jamones, salchichones y quesos abundantes, galletas, sardinas,

muchísimo pan, quinientas botellas de cerveza, veinte cajas de bordeaux y cuarenta riquísimos piscos. Con un parque como este existia bastante metralla para librar un combate civil, sobre una mesa de sesenta metros de longitud, protegida á retaguardia por una fortificacion donde el pueblo podia demostrar libremente toda la espontaneidad de sus sentimientos políticos.

En el centro del jardin estaba colocado el tabladillo en que debia instalarse el directorio del partido civil, y del cual una comision nombrada á viva voz debia partir para saludar al candidato á la futura presidencia de la República, ofreciéndole toda su cooperacion en los cuatro colegios parroquiales de la capital y en los suburbios de Lurin, Surco, Ate, Lurigancho y Piedra Lisa.

Llegada la hora se abrió el meeting con el siguiente discurso del jóven presidente nombrado, que lo era un distinguido profesor de física y practicante de derecho.

« Señores! dijo este, y reinó profundo silencio.

« La juventud estudiosa no puede ser indiferente á los destinos del pais, ni permanecer en reposo delante de tantas fuerzas políticas en movimiento, elementos que se agitan para resolver el porvenir.

« Durante medio siglo de emancipacion vivimos dominados y oprimidos por el despotismo militar, plaga insufrible que ha corrompido las instituciones, degradado la República, y cubierto tres veces de luto el honor nacional.

« Debemos al militarismo el « Portete, » « Socabaya » é « Ingaví, » le debemos todas nuestras guertas civiles, pero lo que es peor, le debemos la pérdida rotal de nuestras libertades y nuestras riquezas; con

él, señores, no hay garantías posibles, ni tesoro público suficiente.

« Preciso era, pues, que la juventud se ocupara del pais para salvarlo de los buitres armados que le devoran, y es á favor de este generoso sentimiento que hemos elegido á un hombre civil que, regenerando la República, nos conducza á una nueva vida, á la tierra de promision en cuyos apacibles campos encontraremos la libertad, la moral, el progreso y el honor.

« Este hombre, señores, es el doctor D. Manuel T. Urate, el codificador de nuestras leyes, el libertador del indio y el negro, el laborioso convencional, el antiguo liberal, el fundador de la enseñanza universitaria, títulos muy dignos á la consideracion nacional, no menos que los de su integridad, pureza y honradez; en medio del diluvio que nos inunda, durante mas de veinte años, es el único que se ha salvado.

« ¡¡Aceptad, ciudadanos, la candidatura civil con la conciencia de servir á la pátria y hacer el bien á vuestros hijos!! »

Un bravo general saludó al jóven orador, y hasta la señora Salamanca, que concurria á la fiesta desde un modesto sitio del grande edificio, no pudo menos que ir en persona á dar un fuerte abrazo á su ardiente correligionario.

La comision aclamada salió en el acto por el candidato, los diálogos eran mientras tanto interesantes y alusivos á la situacion.

— Esto era indispensable, decia el doctor Vivanco, lo peor que hay en política, es tirarse á muerto.

— Sin duda, respondia el recaudador del mercado D. Pedro Romero, cuando uno no hace nada, hasta los perros lo mean.

:
e

co
n-

dad
nes-
urso
. »
table-
e pié,

blos es
ecer un
iento al
e cuenta
e para la
ximo pe-

l régimen
pero para
s se com-
le que sus
..

— ¡¡Mueran los militares!! gritó un hombre del pueblo.

— ¡¡Mueran!!

— ¡¡Mueran los ladrones!! exclamó una voz de agudo y penetrante tiple.

— ¡¡Mueran!! gritaron todos.

Estos últimos *mueras* fueron oidos por el señor fiscal y la comision, y produjeron el peor efecto en el ánimo de todos, pues la reunion se comprometia, convirtiéndose en desórden.

— Siento mucho estas imprudencias; dijo el señor Urate al que venia á su lado.

— ¡Qué quiere V., señor! ¡cosas del pueblo! le contestó el comisionado.

— Bueno será, dijo el fiscal entrando al jardin, recomendar al que tome la palabra, encargue el órden y no se ocupe del Gobierno.

— Está bien, señor; le contestó otro, se lo prevendremos al jóven Saona.

— Sí, porque eso no nos conviene, acabo de escribir á S. E. que mi candidatura es esencialmente pacífica.

La entrada del señor Urate produjo una verdadera sensacion en los concurrentes, los vivas se repitieron con frenético entusiasmo, el delirio del amor pátrio llegó á su último punto, afectando el sensible corazon del candidato.

La comision dió cuenta al *meeting* de lo satisfactorio que le era anunciar que el candidato aceptaba la mision que querian confiarle sus conciudadanos. El presidente del directorio tomó entonces la palabra en estos términos expresivos:

« Conciudadanos! la juventud, animada de aspiraciones generosas, ha creido llenar su mision tomando parte activa en la situacion política, con el noble pro

pósito de presentar al pais una candidatura civil en armonía con el sistema republicano y las ideas democráticas; una candidatura civil que funde el régimen de la libertad, establezca el órden en la ley y la economía en la Hacienda.

« Entre los muchos ciudadanos de grandes méritos que cuenta la República, la juventud ha escogido al señor doctor Urate, teniendo en consideracion sus antiguos servicios á la buena causa pública, sus trabajos como codificador, sus inmortales decretos para la libertad del indio y el negro, sus labores en la Convencion de 1855 y el interés patriótico con que supo organizar los estudios universitarios.

« La juventud se complace de haber encontrado eco entre todos los ciudadanos para secundar sus intentos, y espera que los pueblos le darán su apoyo.

« ¡Ciudadanos! el órden es la primera necesidad de toda asociacion, conduzcamos pacíficamente nuestra candidatura y podremos contar con el concurso de los hombres sensatos y amantes del progreso. »

Un ¡viva! unánime felicitó al orador y, restablecido el silencio, el señor Urate, poniéndose de pié, contestó :

« ¡Conciudadanos! La confianza de lós pueblos es el mas grande título de honor que puede apetecer un ciudadano, y mi corazon late de reconocimiento al ver que entre tantos hombres de mérito, que cuenta la República, os hayais dignado designarme para la primera magistratura del Estado, en el próximo período constitucional.

« Las repúblicas no pueden vivir sino en el régimen pacífico de la ley, la libertad y el órden, pero para que la alianza de estos elementos tutelares se combine en bien de los pueblos es indispensable que sus

gobernantes sean los primeros en el ejemplo de sumision á la ley, al órden y á la libertad. El régimen civil es una garantía de que no serán ilusorios estos bienes sociales, porque ese régimen se funda únicamente en la confraternidad del jefe del Estado con los ciudadanos, fuerza misteriosa que destruye la arbitrariedad y el despotismo.

« Conciudadanos! En la campaña electoral que hoy emprendemos, necesitamos dar el ejemplo del órden, respeto al Gobierno y tolerancia á todas las opiniones; á fin de que, nuestro orígen pacífico demuestre al pais, que ha terminado la época de las luchas sangrientas é indignas de la democracia moderna.

« En cuanto á mí, puedo aseguraros que no repararé en sacrificios para corresponder á vuestros mandatos, á vuestros deseos y bienestar. »

Nuevos, entusiastas y prolongados vivas saludaron al candidato civil, aclamado en el meeting como el hombre indispensable para la felicidad de la patria.

En seguida se dirigieron todos á la mesa del banquete.

Un hermoso pavo humildemente resignado á su destino, viva y genuina imágen de la República, yacia tranquilo en el centro de la mesa: las piernas, los cuadriles y las alas fueron designadas para los miembros de la comision y directorio, la pechuga para el candidato, el pescuezo para Lafayette, la rabadilla para la señora Salamanca, diosa pagana de la fiesta, y el esqueleto para todos los patriotas.

— ¡Gran cosa nos dejan á los patriotas! exclamó Pedro Romero, al recibir el armazon.

— ¡Qué quiere V., D. Pedro! ¡eso es lo que nos dejan todos los caudillos!! contestó un capitulero.

XIX

LA CANDIDATURA OFICIAL Y LOS SUYOS

En tanto que el pueblo, partidario de la candidatura civil, se preocupaba por un lado del candidato de sus afecciones, el Gobierno, por otro, arreglaba las cosas de distinto modo. Tenia elegidos, en sus altos consejos, para los sillones de la presidencia, al coronel Tabal, al general Zeagarra y al coronel Perrosé; al primero por su grande cooperacion en el Norte, al segundo por la toma del gran cañon en la quebrada de Catarindo, y al tercero por su noble conducta en febrero de 1865 respecto de la ilustre víctima de los desiertos de Tarapacá.

Antes que saliera el decreto de convocatoria, las nuevas autoridades políticas de departamento y provincia habian recibido las correspondientes instrucciones, tanto para las elecciones presidenciales como para el nombramiento de senadores y diputados á Congreso. Por regla general, aparte de los amigos de S. E. y los candidatos oficiales, solo debian ser electos los que no estuviesen señalados como adictos

al partido de los *rojos*, es decir, á la finada dictadura, de suerte que, de antemano se sabia que los colegios electorales serian compuestos de hombres de órden, es decir, antiguos mazorqueros de 1853, de reaccionarios engendrados por el legicidio de 1860, volátiles de garra que debian formar una banda homogénea con los gansos de la legalidad. El ministro de Gobierno, á la cabeza de todos, respondia de las elecciones, ¡el pais iba á salvarse!

Cuando los amigos del héroe del Norte supieron del meeting de la « Aurora » por el cascabeleo de los diarios, no quisieron, como era natural, quedarse atrás, y en el acto el patriota Noredate propuso é improvisó una bolsa para organizar otro meeting de dos mil personas el inmediato sábado, eligiendo para teatro los baños de « Piedra lisa. »

Como entre nos, lo mismo que en todas partes, no se requieren muchas narices para olfatear el buen camino, sobre todo despues de una victoria y á la sombra de un Gobierno que arroja los caudales públicos por los balcones de palacio, era de suponer lo que sucedió; el banquete de « Piedra lisa » fué concurrido por todas las gentes de órden, *conservadores* y circunspectos de todas las clases sociales, íntimos amigos de la ley que, recordando horrorizados los vínculos del fiscal con los dictatoriales, creyeron deber de bolsillo y conciencia hacerse presentes en las filas políticas de la legalidad.

El dia de la gran fiesta fué, por decir así, clásico para los restauradores de la Constitucion, dia de union y mezcla de colores y épocas diversas, sacrosanta alianza de antiguos iberiquistas, castillistas de viejo cuño, cepetistas puros con los veinte y dos quiates del 27 de enero, perrosistas y tabalistas, hom-

bres patriotas y abnegados que se dieron el ósculo de la paz sobre el banquete del nuevo régimen.

Las aclamaciones son de fórmula y rito en las reuniones cívicas, por consiguiente, las de ¡viva el general Perrosé! ¡viva el coronel Tabal! ¡vivan los vencedores de Campo! ¡viva el héroe del Norte! ¡viva la Constitucion! se oyeron bien pronto, y el entusiasmo no tuvo límite cuando esas almas patriotas y sensibles fueron heridas por las músicas militares, unas tocando la « Cancion nacional, » y otras el apropiado « Ataque de Uchumayo, » que anunciaron la llegada del candidato oficial.

Una comision presidida por el abogado Ovideo, castillista rancio, salió á recibir al héroe del Norte, le condujo al lugar designado, y cuando se restableció la calma, le dirigió la siguiente arenga :

« Señor : en vuestra vida pública teneis tres hechos que os elevan ante la historia y os traen la gratitud y afecto de los amigos desinteresados de la pátria : haber sucumbido noblemente como fiel soldado de la Constitucion en 1855, haber vuelto á sucumbir defendiendo los mismos principios en 1865, y haber al fin vencido con las mismas creencias en el presente año. Estos hechos son tanto mas gloriosos, cuanto que vuestros sacrificios se han dirigido siempre contra los rojos, sicarios alentados, por la tiranía dictatorial, para asesinar las leyes y la República. El inmenso pueblo que os rodea, compuesto de personas selectas y honradas, os designa para la futura presidencia constitucional, convencido de que vuestro Gobierno será una garantía contra nuevos peligros y miserias, y que, siguiendo el ejemplo del ciudadano que os precede y nos ha salvado, manejareis con dignidad las riendas del Estado, sereis fiel observante

de la Constitucion, y como él, celoso defensor de las arcas nacionales. »

« ¡Ciudadanos! ¡viva el coronel Tabal, futuro presidente de la República! ¡Viva el héroe de Chiclayo! ¡Viva el defensor de las leyes!!!

Los vivas fueron inmensos, el entusiasmo rayó en locura, el espíritu oratorio salió de madre, y todos á la vez pidieron la palabra, aumentando cruelmente el tremendo suplicio del candidato oficial.

Al fin este, aguijoneado por sus amigos é inspirado por el bardo de los combates del Norte, tomó la palabra y dijo :

— «Señores : Yo no he hecho mas que cumplir mi deber, no apetezco el puesto porque no me creo suficiente, pero soy tan patriota y honrado como el mejor. La Constitucion será mi guia ; os doy las gracias por todo lo que haceis, yo me sacrificaré para corresponder á esa confianza. He dicho. »

Un grito de ¡bravo, bravísimo! ¡viva la República! ¡viva el coronel Tabal! ¡viva la ley! ¡viva el general Perrosé! fué segunda vez la respuesta de los amigos del órden, secundados por las músicas del ejército.

El doctor Manuel Nerocis pidió la palabra y dijo :

— «Conciudadanos : Al fin, despues de dos años de estúpida abyeccion, las luchas del buen sentido han hecho vencer con la espada del coronel Tabal, nuestras instituciones combatidas por el rojismo, y cuando digo nuestras instituciones, hablo, señores, de nuestra santa religion oprimida por la dictadura, de nuestros derechos políticos arrancados de la Carta, de nuestras libertades perseguidas por la tiranía ataviada con la púrpura de un falso liberalismo ; hablo, en fin, de la Hacienda empobrecida por el falso siste-

ma de deber y no pagar en la dominacion pasada. A los rojos, y solo á ellos, debe el Perú todas sus desgracias, á ellos, en cuyo corazon no penetraron las lágrimas de las pobres viudas y sus huérfanos, en cuya torpe inteligencia no tuvo eco la industria ni el bienestar personal, y cuya manera impía de hacer justicia era un sacrilegio á nuestros sagrados derechos adquiridos. La miseria, señores, ha desaparecido, y el contento general ocupa su lugar. Si quereis, ciudadanos, continuar la era de esta prosperidad pública, elegid al hombre modesto que se ha sacrificado para conquistarla y se sacrificará en lo futuro para mantenerla.» (Muchos y prolongados aplausos.)

El doctor Milton Rospar:

— «Señores: Es necesario haber visto, como yo lo he presenciado, batirse con un puñado de valientes al héroe de Chiclayo, y resistir cuatro meses los rigores de un desventajoso sitio, para comprender lo grandes que son sus servicios á la pátria, como es grande su abnegacion y desprendimiento. Los hombres honrados que lo hemos exhibido, hemos cumplido tambien un deber; resta ahora que, cuando esté en el puesto, lo rodeemos estrechamente, lo sostengamos con todas nuestras fuerzas, consideremos siempre nuestra su causa, y que, donde él esté, allí debemos estar todos hasta el último momento.» (Aplausos frenéticos y vivas á Tabal y á Don José.)

El poeta Edgardo Dátiles:

— «Señores: A los hombres políticos mas que á los otros hay que hablarles el idioma del corazon, cuyas delicadas fibras siempre responden á las dulces notas del patriotismo. Lo que hay de sublime y armónico

en el alma del héroe, es que en ella, como en el cáliz de las flores, están la probidad y la ternura en su esencia divinal; probidad y ternura, tal es el símbolo de los sentimientos del coronel Tabal. Por amor á la pátria, esta le ha encontrado siempre listo en sus abrevadas horas de amargura como desinteresado con los lauros de la victoria, y en su corazon jamás hallaron albergue las iniquidades que abren la prematura fosa de los desgraciados. Justo y bueno con todos, es para todos una garantía, con la justicia para la sociedad y con la probidad para la pátria. Tal es y será, no lo dudemos, su programa; su profesion de fé, como la de todos nosotros, serán estas frases elocuentes:

«¡Subimos pobres al poder; cuando de él bajemos, la mendicidad será nuestro título de honor para la historia!

«¡Malditos seamos de Dios y de la pátria, si quebrantamos nuestro juramento!

«¡Que la ira del cielo, como cálida ceniza, nos sepulte entonces en el polvo de los malos!» (Profundo silencio, terrible impresion.)

Conmovido el coronel Tabal, pidió la palabra y dijo:

— «Señores: ¡Juro delante de Dios y ratifico lo que ha dicho el señor Dátiles al final de su discurso!»

Mil bravos y hurras resonaron en el banquete, parecia que los aires llevaban en sus alas hasta el cielo, el juramento del candidato, y S. E. y el poeta circulaban de boca en boca.

— ¡Qué imprudencia! exclamó Noredate dirigiéndose al doctor Rospar.

— ¡Una niñería de Dátiles! contestó este, y como

Napoleon, agregó: ¿Quién puede entrever el porvenir?

— ¡Jamás, en cuarenta años de soldado, he oido palabras mas elocuentes! ¡No hay dos hombres como José Tabal! Exclamaba pasmado de admiracion el coronel Roman Gonzalez.

— ¡Y qué á propósito delante de estos pícaros! le contestaba otro perro viejo.

— Sí, le replicó Gonzalez, porque con sus uñas nos arrancaban hasta los calzones.

— Si á José no le conocen, el dia que mande ¡verán lo que es cajeta! decia su hermano D. Pedro á un chiclayano.

— Porque lo conocemos lo elegimos, repuso este.

— Lo que no me agrada, es el vicepresidente que lleva; indicó un cuzqueño al poeta Dátiles.

— Cierto, mejor seria Herenze, porque Catarindo es impopular; agregó otro cuzqueño.

— Peor que eso es todavía *la patena*, ¿á quién se le podia ocurrir ese hombre para jefe del Estado?

— ¡Qué quieren VV.! es preciso transigir con S. E. y el gabinete, pero ya lo verán, despues de la eleccion no harán migas con D. José; respondió Dátiles.

— ¿Y cómo andan los colegios? le preguntó Tello.

— Todo está arreglado, están en el bolsillo.

— Así es que en Lambayeque....

— Usted, por supuesto, mi D. Tomás.

— Vaya, eso es algo, ¿y por Arequipa?

— Vancovi y Gomez Sanchez.

— ¿El ex-ministro?

— No; Agapito, el que es amigo del clero.

— ¿Están VV. locos? ¡Eso me huele muy mal!

La reunion se separó de la «Piedra-lisa» con mu-

cho entusiasmo y diálogos interesantes sobre la candidatura y el juramento.

La legalidad, como una maravilla, cambiaba en todos aspectos la faz de las cosas y los hombres; preparaba, aunque remoto, un sangriento porvenir.

XX

LA SINAGOGA

Ya puede presumirse la agitacion del pais en los cercanos dias de elecciones populares, los diversos móviles que animan á cada hombre político y el resorte secreto de cada movimiento; cada uno aspira á un lugar en las listas parroquiales y un asiento en el colegio provincial, convencido de que, pisar en ese primer peldaño, equivale á obtener una partida en las líneas del presupuesto nacional ó una recomendacion para un negocio de provecho en la nueva administracion. Nadie comprende dos cosas, por su naturaleza ingratas, para el pais y las personas; la primera que, corrompiéndose el sufragio, queda desde su orígen corrompida la fuente de los poderes públicos, y que, por consiguiente, las aguas infectas que de ahí broten, tienen que ser nocivas é irrigado con ellas el árbol, sus frutos vienen de antemano podridos; y segunda que, cubrir el egoismo con el ropaje del órden y la paz, sin principios ni sana intencion, poniéndose del lado de una candidatura que precisamente ha de triunfar, armada con la seduccion para los bribones

y la coaccion para los pusilánimes, es lo mismo que prepararse con una máscara, cuerdas y llaves maestras, para escalar por la noche la Caja pública.

El ministerio de Gobierno, infame laboratorio, en todos tiempos, de las elecciones, carecia de suficiente espacio para contener tantísimos amigos del nuevo órden de cosas, y el ministro ni un segundo de tiempo para ocuparse del despacho ordinario. Con el mismo estilo político estaba decorado el gabinete de S. E., los hombres de consejo rodeaban al jefe de la legalidad, los unos porque querian agotar su valimiento en favor del candidato oficial, los otros porque hasta la postrera hora querian extraer la última gota de jugo del riñon gubernamental.

No estaba menos repleta la casa del coronel Tabal; llegar por sus puertas, era poco menos que naufragar en alta marea, porque, desde los corredores al dormitorio, se encontraba invadido por los obreros del porvenir, y á menos que, uno de los benjamines, hijos del patriarca hebreo, no quisiera rescatar á sus hermanos, era á estos imposible acercarse al futuro padre de la tribu.

Para otros hombres, las elecciones pertenecian á las abstractas regiones de los ideólogos, porque seres prácticos como ellos, median las cosas por sus resultados, sin dar á las situaciones políticas otro valor que el de objetos de lance, propicios para explotar ó adquirir, á bajo precio, grandes cosas, ó elevados cargos en el Estado.

A este género de hombres pertenecen los consignatarios del guano, tuvieron una reunion colectiva, como todas las de su clase, dirigida por la «Compañía nacional;» allí se abrió la sesion con todas las reglas del arte y masonería financiera.

— Caballeros, les dijo el antiguo gerente, señor de Llateví, aunque consignatarios, somos hombres, unos del pais y otros extranjeros, pero todos debemostener corazon y simpatías.

— Entendámonos antes, porque eso será segun y conforme; repuso el gerente de la de los Estados Unidos.

— No se apure V., mi amigo, porque así como cada misa tiene su intróito, toda reunion tiene su preámbulo; replicó el decano y agregó: — aquí estamos para obrar, como en todo, colectivamente.

— Por supuesto, eso se entiende; dijeron afirmativamente todos.

— He dicho que aunque consignatarios, tenemos corazon y simpatías, por consiguiente, somos tabalistas.

— Por supuesto; repitieron todos otra vez.

— Porque esto de la candidatura civil no puede tomarse á lo sério, ¿no les parece á VV.?

— Sin duda, pues el Gobierno está con Tabal; agregó el señor Pichino, sócio de la « Nacional. »

— Eso no es mas que puro artificio, comedia de muchachos; dijo el gerente de la de Alemania.

— Una *sotería*, repitió el de Francia, y agregó: — ¡guano de avería!!

— ¡Quién se mete con *bambinos!* exclamó el de Italia.

— ¿Entonces todos somos tabalistas?

— Como que lo es nuestro comitente; dijeron todos, tercera vez.

— Bien, muy bien caballeros; pues, esta reunion tiene por objeto, tomar parte indirectamente en la situacion, porque de otro modo nos sucederá lo que con Campo, no le dimos dinero en su revolucion, y

nos hizo ayunar los cuarenta dias con sus noches del pobre israelita.]

— A mas de que para agosto el coronel Tabal no encontrará un solo real del segundo empréstito; agregó el sócio de la « Nacional, » señor Pichino.

— Eso es muy cierto, repuso el gerente de Bélgica, y por lo mismo, creo tambien que debemos hacer algo, para demostrar nuestras simpatías.

— Pero, señores, harto hemos manifestado ya nuestros buenos deseos, dando al Gobierno ocho millones; replicó el de Alemania.

— No tanto, señor....., indicó, con una graciosa sonrisa de falderillo, el sócio de la « Nacional. »

— ¡Cómo que no! pues, si solo nuestra casa ha dado dos millones á mas de quinientos mil que habia desembolzado ocho dias antes; ¡pues, me gusta! replicó enfadado el aleman.

— ¿Y la piltrafita, D. Cristóbal.....? ¿y el millon setecientos mil que les hemos mamado? ¿luego no son ocho?

— Sea lo que sea, ¿deja por eso de haber un gran servicio?

— ¡Vaya! ¡linda cosa! repuso el de Bélgica; de ese modo, y como V. se hallaba enredado, les doy yo todo el Banco de Inglaterra.

— Cierto que hemos arreglado una cuestioncita, dijo Schiutti de mejor humor, pero francamente, no estoy dispuesto para mas.

— Mire V., D. Cristóbal, advirtió el antiguo gerente Llateví, mientras que uno viva entre estos tontos, pan pan, vino vino, hay que dejarles la ala y arrancarles la pechuga.

— Ese consejo no reza conmigo; yo me voy el mes próximo, aquí todo es plata, plata y plata, como si el

guano fuera inagotable; estoy aburrido con estos petulantes.

— Si es así, tiene V. razon, yo haré lo mismo el dia que pueda; le dijo el sócio de la « Nacional, » siempre con su sonrisita de *king's charles*.

— Nosotros no pensamos lo mismo, tenemos que *demorar* aquí y haremos lo que resuelva la mayoría, esas son nuestras instrucciones; repuso el de Francia.

— Yo aunque *ragaña*, digo lo mismo, añadió el de Italia.

— Por mi parte yo estoy listo, expuso el de Bélgica.

— Yo no soy gerente, señores, soy simple administrador de la de los Estados Unidos, pero me aventuro á creer que los accionistas aprueben lo que se haga.

— Pues bien, caballeros, volvió á decir el viejo veterano de la de Inglaterra, propongo que se haga saber al coronel Tabal, desde ahora, que estamos dispuestos á dar á su Gobierno cuanto necesite desde el primer dia.

— Si no es mas que eso, aceptado, aceptado; repitieron todos.

— VV. hacen muy bien, porque VV. se quedan, como nuestra casa va á liquidarse muy pronto, y está bien asegurada por el triple de lo que le deben, tenemos el sentimiento de separarnos de nuestros compañeros de campañas; dijo, tomando su sombrero, y saludando, el famoso Schiutti.

— ¡Este viejo es muy sesudo! agregó á su espalda king's-charles.

— Ahora que estamos en familia, me permitiria hacer una observacion; indicó el gerente de Bélgica.

— La que V. guste, señor Greña; le contestó el decano.

— Creo, señores, insuficiente lo que se ha aceptado.

— ¡Insuficiente!! exclamaron todos.

— Sí, porque nada hace el candidato con tener fondos para despues que sea jefe del Estado; nos los echará como Campo en las narices, y Tabal es de peor carácter.

— Ciertamente, eso es muy sesudo; dijo con su sonrisita *el rey Cárlos.*

— Lo mas satisfactorio para él seria que se los ofreciéramos ahora, porque, aunque no los admitiera, recibiria un ofrecimiento efectivo.

— Pero eso tiene una dificultad, decia riéndose Charles, ¿quién es la persona sagaz que sepa indicárselo, si como V. dice, y yo creo, eso es otra cosa, que es de pésimo carácter? Allí está el busilis, Charles echaba las tripas de risa.

— Tienes razon, le contestó el antiguo gerente, la idea la creo excelente, pero yo no la ejecutara ni de á legua, porque, amigos mios, de estos soldados no hay que fiarse, son besugo en lugar de carne.

— Esa es otra cuestion, ya llegaremos á ese punto; veamos primero cuanto se le ofrece. ¿Les parece á VV. conveniente una oferta de cien mil soles?

— Entendámonos, señor Greña, en estos casos *lo primero á considerar es el rembolsamiento;* opuso el de Francia.

— Eso no puede ser ni discutible, contestó sin nervios el de Bélgica, porque, siendo un hecho la eleccion de Tabal, meteremos esa suma en cualquier rincon del primer empréstito que se le haga.

— Eso es una cosa en que no estamos de acuerdo,

dijo riéndose, ya se sabe quién, porque seria preciso indicarlo desde luego, lo que desnaturalizaria nuestra conducta.

— Y si la oferta no es aceptada, quedamos de mal en peor; agregó el de los Estados Unidos.

— Pero, señores, cuando yo digo un rincon, hablo del primer empréstito, por ejemplo, con 4 °/₀ de comision, ahí solo están los 100,000 soles, ó de vales con 15 °/₀ de descuento, en lo que se saca algo mas.

— ¡Magnífica idea! agregó el de los Estados Unidos.

— Y el precedente! eso es otra cosa; indicó Charles, frotándose las manitas.

— Entonces, ¿estamos de acuerdo? preguntó el antiguo gerente.

— Todos, sí señor, todos; fué la respuesta de los rabinos.

— En cuanto á la persona de esta delicada comision, debemos fijarnos en una que tenga probabilidades de entrar al próximo gabinete (eso, por supuesto; murmuraron los mas), y yo sé de buena tinta que el doctor Pedro Gelvas está en muy buenas relaciones con D. Juan Francisco Tabal.....

— Y como D. Manuel Dorpa, dijo Charles interrumpiendo y continuando el discurso, es íntimo amigo de Gelvas, á él podamos encargarle que corra con eso.

— ¡Bravísimo! ¡muy bien! respondieron todos á la vez con frenética alegría.

— La combinacion es muy feliz, repuso el antiguo gerente de la « Compañía nacional, » porque así tambien encontrará Dorpa la ocasion de preparar á su favor las simpatías de la próxima administracion;

y en el acto, con toda reserva, envió á Derpa un papelito. El gran sanhedrin, de la «Nacional,» señor de Llateví, levantó la sesion, despues de recomendar á todos el secreto mas extricto, y especialmente á Pichino, conforme á los consejos del Talmud.

XXI

QUERER ES PODER

El mismo dia de este conciliábulo, ocupábase Manuel Dorpa, en la Sociedad de Beneficencia, de atender una recomendacion, para el pago de una dote, dirigida á él por el candidato oficial en favor de la esposa de uno de sus compañeros de Chiclayo.

— ¿Su nombre de V., mi señora? la preguntó el director.

— María Pajuelos, señor, para servir á V.

— Que me llamen á D. Fabricio; dijo Dorpa á su escribiente.

— ¿Ocurre algo, señor director? preguntó Cáceres al llegar.

— El cuadro de dotes de Garzon de la Lova; contestó el director.

Cáceres volvió con el cuadro de dotes.

— ¿Vea V. qué lugar ocupa doña María Pajuelos?

— El número 37; fué concedida en octubre de 1857.

— Está bien, señor Cáceres; este se retiró.

— Mi señora, dijo Dorpa á la Pajuelos, imposible seria servirla á V., porque está acordado el turno ri-

guroso de estas dotes, de las que cada año se amortizan solo cuatro, de manera que V. no debe ser pagada hasta 1877; pero deje V. la suya, y vuelva dentro de media hora.

La Pajuelos dejó su título dotal, saliendo muy desconsolada. En el acto Dorpa puso un chek sobre el Banco del Perú, por los 400 soles de la dote, y volvió á llamar á Cáceres.

— Ponga V. este chek en la caja y pida al tesorero quinientos pesos.

Entraba la Pajuelos á saber la respuesta.

— Mi señora, le dijo Dorpa, ponga V. al pié de su dote su firma en blanco.

La señora firmó y en seguida recibió sus cuatrocientos soles, con la siguiente esquela de contestacion:

« Muy estimado señor coronel: — Aunque la señora Pajuelos, por ocupar en el cuadro de las dotes el número 37, no debia ser cubierta de su crédito por la beneficencia hasta el año 1877; no obstante, ha sido pagada, atendiendo debidamente á los respetos que merece una recomendacion del señor Tabal. — Muy atento y S. S. — M. Dorpa. »

Cuando salió la Pajuelos, D. Manuel puso sobre la firma en blanco la siguiente cláusula: — « Endosada al portador por haber recibido su íntegro valor. » En seguida sacó su libro de memorias y gastos, hizo la cuenta de los intereses de esa suma en los siete años, y con el lapiz puso estos apuntes: — « A capitales sin interés; reembolsable en 1877, 400 soles. — A pérdidas y ganancias, 336 soles; » escribió la fecha, y guardó su libro con la dote de la Pajuelos.

En estos momentos entró el agente principal de la Consignacion de Bélgica D. Osbaldo Greña.

— Señor D. Manuel, le dijo, traigo para V. un encargo muy propicio.

— ¿Qué cosa, querido amigo? le preguntó con su afable sonrisa el director de Beneficencia.

— Hemos estado en consejo, ¿no sabia V.?

— Ni una palabra, señor Greña; contestó Dorpa, con hábil disimulo.

— Hemos resuelto ofrecer á Tabal 100,000 soles para su candidatura y cuanto pueda despues necesitar.

— Eso es soberbio y muy oportuno, querido amigo.

— Y encargamos el asunto á V., para que lo combine con el doctor Gelvas, parece que el será uno de los ministros.

— No es que lo parece, sino que es cosa acordada con D. Juan Francisco; la ocasion es magnífica, porque acabo de hacer á Tabal un pequeño servicio, pero como ese hombre es muy susceptible, es preciso que ignore absolutamente el orígen de lo que se va á hacer; yo arreglaré esto con Gelvas como suscricion patriótica de unos amigos.

— Haga V. como quiera, D. Manuel, tiene V. plenos poderes y los 100,000 soles á su disposicion en nuestra caja.

— Me voy donde Gelvas; le repuso Dorpa, y en el acto salió con Greña de la direccion de Beneficencia.

Manuel Dorpa es uno de los hombres mas perspicaces del pais, y su ingenio penetrativo está dotado de infinito alcance, pudiendo decirse que, si su entendimiento corriera igual con el criterio ó poder analí-

tico para la verdad, Dorpa seria el mas terrible de los hombres, porque su corazon solo es sensible al bien por el cálculo del interés, pues hay hombres para quienes la caridad entra como capital en giro bursátil en la inmensa lonja de esta vida.

En su tránsito para el estudio del doctor Gelvas, se encontró Dorpa con Manuel María Gelvas.

— ¿Está D. Pedro en el estudio? le preguntó.

— Acaba de salir llamado á una conferencia por D. Juan Francisco Tabal, pues comienza á correr la noticia de que Perrosé, instigado por los de Arequipa, prepara un golpe de Estado, suspendiendo las elecciones hasta diciembre.

Dorpa se quedó pensativo, pero luego escribió en una tarjeta lo siguiente :

« D. Pedro : — Ofrezca V. á los Tabals el dinero que necesitan, gire contre Greña, mucha reserva de mi nombre, hablaremos en la Direccion, lo espero.— D.» y dándole la tarjeta dijo al hermano de Gelvas :

— Vuele V. en un carruaje á la casa de Tabal y entréguele esto personalmente á su hermano con sumo disimulo; y le dejó.

El jóven Gelvas partió á todo escape.

Se dirigió entonces Dorpa al Banco hipotecario, allí encontró alarmados á muchos hombres de negocios, agitados con la nueva crísis; tras de Dorpa llegó Noredate para tomar unas cédulas y abrir un crédito en el Banco de Lima.

— ¿ Qué hay, D. Domicio, apenas es creible lo que se dice? ¿Es cierto que las elecciones se suspenden? le preguntó el señor de la Rabi-Güero.

— Nada se sabe de cierto, pero es un hecho; hace una hora que el Gobierno ha ordenado á la municipa-

lidad suspender la distribucion de las cartas de ciudadanía; este golpe se atribuye al despecho del doctor Urate.

— Pero esto es horroroso, decia el señor Rodrigo, de manera que salimos de una y entramos en otra; ¡pobre pais!

— Así parece, repuso Noredate, pero nada conseguirán, tenemos á los Restiegus, que son cuñados de D. Juan Francisco y mandan los mejores batallones; si quieren balas, habrán balas.

— En todo caso, dijo entonces el comerciante Lembecke, es preciso rodear al coronel Tabal, pues el Gobierno desistirá del plan, cuando vea que no cuenta con la opinion. ¿No le parece á V., señor Dorpa?

— Por supuesto, dijo este, el pais estará siempre por un hombre honrado.

— Vea V., dijo luego Rodrigo á Noredate, dígale V. al señor Tabal que todos estamos con él, ya V. oye al señor Dorpa.

— Permítame V. una palabra, señor Noredate; le dijo Dorpa, dirigiéndose al escritorio privado del gerente.

Ambos entraron en el escritorio.

— Le antepongo á V., le dijo Dorpa, que en la actalidad todos somos adictos al régimen constitucional: lo que sucede yo lo sabia, y ahora mismo el doctor Gelvas se ocupa de la situacion con D. Juan Francisco; puede V. asegurar al coronel Tabal que cuente con el pais y todos los hombres importantes; ya no hay partidos en la República, nuestra única necesidad es la paz y un Gobierno sério, legal y honrado.

— Muchas gracias, señor Dorpa, ahora mismo se lo diré á D. José, y le será tanto mas satisfactorio,

cuanto que, francamente, no le creíamos á V. muy bien dispuesto para nosotros.

— Le repito á V. que no hay partidos; compréndalo V., entiéndase con Gelvas para todo, para todo, señor Noredate.

No hay palabra en saco roto, para un hombre como Noredate, así es que este, con cierta refinada desconfianza, le repuso:

— Precisamente he tomado estas cédulas de un amigo, para abrir un crédito en el «Banco de Lima,» porque V. lo sabe, D. Manuel, en estos casos hay que prepararse á todas las eventualidades.

— ¿Y cuánto va V. á tomar?

— Pensaba pedir 40,000 soles; dijo este humildemente, cuando solo iba por 10,000.

— No haga V. tal cosa, véase con Gelvas á las cinco de la tarde.

Noredate salió del escritorio, y se despidió en el acto; tras él, salió Dorpa, y se despidió tambien; los del banco se quedaron en muchas conjeturas.

— Este muchacho es muy hábil, dijo Rodrigo, no pierde ocasion, VV. lo verán, tiene que mandar el pais.

— Hijo de su padre, agregó Varela, Felipe bailaba en la uña, ha sido un lince.

Cuando Dorpa llegó á la direccion de Beneficencia, acababa de entrar el doctor Gelvas; el doctor Gelvas, hombre á quien solo queda el bouquet de su antiguo talento, especie de frasco que conserva el aroma de una esencia evaporada por haberse extraviado la tapa, hace muchos años, el cual dijo á Dorpa, con su vaciedad habitual:

— ¿Pero, qué le parece á V. la locura de Perrosé?

— Francamente, D. Pedro, yo no creo tal cosa, á Perrosé mas que á nadie le conviene Tabal, como á nosotros nos conviene manifestar que tenemos los mismos temores de la muchedumbre.

— ¡Cómo, D. Manuel! ¿pues V. no sabe que se han suspendido las boletas de ciudadanía?

— Tanto mejor, de ese modo los amigos de Urate no tendrán las suyas, y los electores serán los que quiera el Gobierno.

— Pues, ¡tiene V. razon! ¡vea V. una cosa en que no habia meditado! una solucion tan fácil nos ha alarmado á todos.

— Lo que importa es, D. Pedro, que ahora mismo se vaya V. donde Tabal, y le prepare V. contra la actual municipalidad, aprovechando de este ligero accidente, es preciso que desde hoy nos pertenezca el ayuntamiento, yo pienso ser alcalde de Lima.

— Cabalmente acabamos de hablar de esto mismo con D. Juan Francisco.

— Sé, por Noredate, que Tabal necesita dinero, ofrézcale V. 50,000 soles, como suscricion de sus amigos, pero no deje V. entender que es cosa mia.

— ¡Y si acepta! dijo Gelvas, para quien 50,000 soles son 250,000 francos.

— Envie V. por ellos al escritorio de Greña, lo que importa es hacerlo con esta oportunidad y mucha diligencia.

— Voy en el instante; prevéngale V. á Greña.

— Vaya V. no mas, haga como le digo.

Mientras que Gelvas, manejado por Dorpa, bajo de la pierna, se dirigia á su comision, este escribió á Greña tuviera en su escritorio 50,000 soles á disposicion de Gelvas.

En tanto que en la direccion de Beneficencia se

anidaba el fecundo pólem del porvenir, Tabal y Noredate tenian el siguiente diálogo:

— Y pues, ¿qué hay, señor, de estas bullas?

— Me acaba de escribir Perrosé, que no me alarme, que las elecciones se harán siempre el domingo.

— Sin embargo, D. José, es necesario prepararse.

— Así me parece, porque si sucede algo.....

— Para todo caso, hoy mismo voy á tomar dinero.

— Siento mucho estos sacrificios, pero ¡qué se ha de hacer!...

En ese momento entró Dátiles.

— D. José, necesitamos para esta noche, lo menos 5,000 soles, los jefes de los clubs vendrán á las siete, y solo nos quedan 600 soles de los 2,000 que usted sabe!....

— Yo no hayo mas sacrificios, Dátiles, si así ha de ser la candidatura, que se la agarre cualquiera; la voz del héroe desfallecia.

— ¡Oh, no! repuso Noredate, á las seis de la tarde tendrá V. en el escritorio 10,000 soles, no se ocupe V. de eso, D. José.

— Sí, D. Domicio, repuso el coronel Tabal, porque lo que no hagan mis amigos, no lo haré yo; entiéndanse VV., yo no me meto mas en estas cosas.

El Dr. Gelvas llegó en ese instante, y tras él mister Gimegs y D. Juan Francisco

— ¡Mi general!! fué el afectuoso saludo de mister Gimegs.

— ¡Señor Gimegs!! contestó el héroe, confundido y sin pié, en medio del Océano.

— Una palabra, José; le dijo su hermano.

Ambos se fueron al dormitorio.

— ¿Con que estamos amenazados de un golpe de Estado? preguntó con estudiada alarma, Pedro Gelvas.

— Yo creo que la crísis pasa, le contestó Noredate, porque S. E. acaba de escribir á D. José que no tenga cuidado, que él sabe lo que hace.

— Sin embargo, como hablamos con D. Juan Francisco, es necesario prepararse.

— Ah, por supuesto, ¿se ha visto V. con Dorpa?

— No, ¿por qué? le contestó Gelvas, con todo su arte diplomático.

— Lo creia..... por nada; agregó Noredate con cierta amargura.

— Ah! ya presumo, será para la suscricion de los amigos, eso está expedito, cuando V. guste...

— Si es así, necesitamos ahora mismo 20,000 soles.

— ¡En el acto! ¡cómo no! déme V. un pedazo de papel.

— Pasemos á donde Dátiles, indicó Noredate.

Gelvas entró al escritorio del bardo, y escribió lo que sigue:

« Señor Greña, supongo á V. *inteligenciado;* entregue al portador 20,000 soles. — GELVAS. »

— Dátiles, dijo á este Noredate, vuele V. al escritorio de Greña con esta carta, reciba 20,000 soles, y no se tarde.

Dátiles fué á su comision como un relámpago, Noredate y Gelvas volvieron á la sala.

— Una palabra, Noredate, le dijo D. Juan Francisco.

Ambos se retiraron á un lado de la sala.

— El señor Gimegs nos ofrece sus servicios, es

preciso aceptarlos, pero lleve V. una cuenta muy escrupulosa.

— Yo ya tenia 50,000 soles, repuso aquel, sin embargo, es preciso asegurarse para cualquier evento.

— Bien, pero V. arregle eso con mucha delicadeza.

— ¡Por supuesto! eso queda á mi cargo; y volvieron á sus asientos.

— ¿Así es, mi general que V. está tranquilo? preguntaba Gimegs al coronel Tabal.

— Tranquilo no, señor Gimegs, porque de veras, lo que mas quisiera es abandonarlo todo y marcharme á Lurifico, si no fuera por los amigos que me detienen.

— Y así debe ser, mi genera., porque V. es la esperanza de todos los patriotas de este pais; deje V. á sus amigos que obren, ellos lo harán todo.

— Así les he dicho, señor Gimegs; yo no quiero mezclarme en nada.

— Por cierto, un hombre político no puede ocuparse de detalles.

— ¿Qué le parecen estas cosas, mi doctor? preguntó D. José al doctor Gelvas.

— ¡Qué dice V., señor! ¡qué escándalo! contestó el futuro ministro.

— Juan Francisco me ha dicho, que V. fué de los primeros en esos momentos.

— ¡Ciertamente, eso era un deber! y no solo yo, todos los hombres notables se pusieron de nuestro lado; unos amigos de V. han ofrecido cuanto se necesite.

— Algo sé ya por Noredate, muchas gracias, mi doctor, yo dejo á VV. hacerlo todo, no quiero, mi doctor, meterme en nada.

— La fusion es un hecho, debemos aceptar el concurso de la opinion; agregó el doctor Gelvas.

— Muchas gracias, mi doctor, volvió á repetirle D. José.

— Una palabra, señor Gimegs; dijo á este Noredate, retirándose á un lado de las visitas.

— Me ha dicho D. Juan Francisco.....

— Sí, señor, se apresuró Gimegs á interrumpir, cuanto se necesite, ahora mismo, mi caja está abierta y á disposicion del general.

— Lo que V. quiera, señor Gimegs; dijo Noredate con virginal timidez.

Gimegs escribió con lápiz en una consola, sobre una foja de su cartera : « Señor Sueros : déle al portador en el acto, 50,000 soles.—GIMEGS. » Y entregó el papel á su interlocutor, que lo puso tambien en la suya al tiempo que entraba Dátiles.

— ¡Ay, D. Dionisio! ¡qué fatigas! exclamó el poeta.

— ¿Cómo así?

— He corrido hasta el Banco del Perú.

— ¿Pero cobró V.?

— ¡Por supuesto! ¡vaya que no!

— Guarde V., pues, 10,000 soles para nuevas órdenes, y ponga V. los otros diez mil á mi cuenta para gastos; contestó Noredate con mucho aplomo.

Dátiles se ocupó de las listas de los clubs, arregló sus apuntes, y esperó tranquilo las siete de la noche; al fin respiraba el poeta, porque en medio de todas sus fáciles inspiraciones, no habia concebido dos horas antes la posibilidad de salir cómodamente de aquellos achaques eleccionarios.

Gelvas se despidió; lo mismo hizo Gimegs en seguida. Cada uno por su rumbo marcaba ya el porvenir.

Los jefes de los clubs fueron llegando, cada uno

era el primero en decision y entusiasmo, y tenia á medio Lima en su reunion de esa noche; el poeta los alentaba con brio haciéndoles concebir encantadoras ilusiones. Llena de fuerzas vivas marchaba la legalidad á su triunfo definitivo. ¿Quién podia resistirla? ¿unos cuantos colegiales? ¡Patarata!! Con 100,000 soles disponibles, cincuenta mil en cartera, y carta blanca para cuanto se necesite, no hay partido posible de oposicion.

XXII

¡TRIUNFAMOS!

La noche de estas peripecias desapareció al fin la nube del horizonte, y mediante á una explicacion de S. E. con el coronel Tabal, en la cual quedó este comprometido á apoyar con sus amigos la candidatura de su hermano á la segunda vice-presidencia de la República, las cosas recobraron su estado normal, las cartas de ciudadanía continuaron, y la legalidad siguió su rumbo.

Tres dias despues llegó el de las elecciones, los tabladillos se hicieron la víspera, y de las ánforas resultaron triunfantes por unanimidad las listas electorales preparadas de antemano. Los electores eran los amigos de la legalidad, los antiguos adeptos del órden, observantes fieles de los deseos del Gobierno, pura gente honrada, calificada y probada en todas épocas de régimen constitucional, con los cuales al siguiente domingo debian ser nombrados los poderes legislativo y ejecutivo de la nacion. Los frutos debian corresponder á las aguas de tan limpia fuente que ha-

bian irrigado el árbol; un año despues el pais debia experimentar las consecuencias.

El triunfo del coronel Tabal era ya un hecho no solo en Lima, sino en muchos departamentos, pues el telégrafo, incansable en trasmitir los partes de nuevas y repetidas victorias en los colegios de los pueblos de la costa, preludiaba ya el mas espléndido suceso en todo el interior.

Apenas habia servido la candidatura civil como débil protesta de la opinion contra la accion oficial, pero su caudillo se consolaba siquiera con el precedente, considerando que en mejores y menos nebulosos tiempos, las cosas seguirian otro rumbo.

XXIII

VUELTA DE VIAJE

Nuestros lectores no habrán olvidado el júbilo con que la señora Elena recibió la correspondencia de su esposo, anunciándole su viaje de Europa durante el mes de enero, ni que aquel dia, despues de estar reunida con las señoras Genis y Casafranca, quedó convenido que aquella vendria constantemente á pasar con sus amigas los dias de su adversidad : saben tambien que al siguiente desapareció Magdalena, dejando sin direccion una carta para la señora, y sin que Norberto, á pesar de su prodigiosa diligencia, hubiera podido dar con ella esta vez como la anterior. Lo que sucedió á Norberto aconteció tambien al comandante Alvaredo, el cual, despues de saber el suceso por doña Petronila, emprendió con mayor ardor la tarea de buscar á su *Carosa* en todos los hoteles y posadas de la capital, sin conseguir la menor noticia de su paradero, y aun cuando muchas veces se encontró en dias posteriores con la Salamanca, esta nada sabia tampoco de la niña perdida. Todo indi-

caba, pues, que, por entonces, Magdalena habia desaparecido misteriosamente y por mucho tiempo.

Tres meses habian transcurrido sin que Alejandro Asecaux hubiera podido realizar su viaje, detenido en Europa por la enfermedad de su hijo mayor, hasta que al fin pudo emprenderlo en abril, y enviar con este motivo á su familia y amigos telégramas submarinos.

Tenia Asecaux, en Trujillo, uno de esos amigos de corazon cuyos afectos comienzan en la infancia y solo se acaban en la tumba. Era este un honrado comerciante, generalmente querido y respetado, y de inmensa influencia en los valles de la provincia; su nombre solo, además de las simpatías de Asecaux en su pais natal, bastaba para transformar la opinion, de suerte que, habiéndolo propuesto para diputado en los últimos dias de las elecciones, el colegio provincial, no obstante la influencia del prefecto y recomendaciones del Gobierno en favor de otro, se hizo un deber de elegir á un hombre que, durante muchos años, habia hecho constantes beneficios á la ciudad, porque á mas de los legados de la señora Urdanivia, distribuidos en años anteriores en dotes de religiosas y niños pobres, Asecaux habia empleado considerables sumas en mejorar los hospitales, proteger la instruccion primaria y favorecer en Lima á cuantos paisanos suyos y de Elena llegaban por sus puertas.

El 10 de mayo la eleccion de Asecaux habia sido unánime, así es que el 15 recibió la señora Elena, en Lima, los documentos electorales que le dirigia el colegio de la provincia.

Alejandro llegó, por fin, al Callao el 16, y en el acto uno de sus amigos le hizo saber los telégramas publicados en los diarios los dias anteriores, llamán-

dole la atencion á los artículos escritos con tal motivo, en que se deploraba el nombramiento de una persona notoriamente hostil al régimen legal, de ideas disolventes en materia de religion y de Gobierno, y azarosa para la marcha pacífica de los Congresos y la tranquilidad pública. Alejandro manifestó á su amigo lo poco que le sorprendian tales escritos, en una sociedad salida de la rusticidad de la colonia para envolverse, durante la república, en las telarañas de la miseria y el despotismo militar. Cuando llegó á Lima, las señoras Elena y Teresa le esperaban en la estacion, tomó su carruaje y se dirigió á su casa.

Teresa fué la primera á prorrumpir en abundantes lágrimas, todos los incidentes de los sucesos de Cajamarca le fueron entonces relatados, hasta la trágica muerte é inícuo asesinato de Arístides. Lloró sin consuelo Alejandro, rodeado de la viuda y sus hijuelos, por manera que, un dia que debió ser de satisfacciones de familia, se convirtió en dia de duelo, dolor y amargura, en uno de esos dias que marcan indeleblemente la existencia de un hombre de corazon y de carácter, á la edad vigorosa de treinta y nueve años: se retiró en seguida á sus habitationes, encargando á Teresa recibiera á sus amigos y los invitara para la noche, excusándolo con el cansancio del viaje.

Refirió luego á Elena los progresos considerables de sus hijos, la buena salud en que quedaban y las grandes esperanzas que prometian para lo futuro.

— Te aseguro, hija mia, le dijo, que nuestros hijos no serán como los muchos badulaques que van á Europa á vivir, mas bien que en los colegios, en « Maville, » « Valentino » y « Folies Bergere, » á encender las pasiones en el Bosque de Boloña, y agotar la fortuna de sus padres entre mujeres públicas,

como Cora Pearle Moisset y Alice Regniaul. No deben, hija mia, ir á Europa los niños que no pueden estar con sus padres, ó tener como los nuestros una persona constituida para cuidarlos, porque el mejor apoderado cumple sus deberes, pagándoles el colegio y dándoles cuanto piden, sin preocuparse de su educacion moral y religiosa.

—¿Así es, Alejandro, que vienes muy satisfecho y contento de nuestros hijos?

—Ciertamente, porque la educacion de Alejandro será un dia el lujo del pais, sus estudios son profundos y en su bachillerado en letras obtuvo en todos los ramos la aprobacion entusiasta del jurado. En los clásicos latinos tradujo al francés, con mucha familiaridad, á Juvenal y Tácito.

—Lo que he querido sobre todo, dijo la señora, es que aprenda bien las lenguas vivas.

—En eso, Elena, cuanto puedo decirte es, que Alejandro habla y escribe clásicamente el inglés y el aleman, ya verás en mis baules cartas suyas en los dos idiomas y traducciones de Goethe y de Milton.

—¿Te dijo el señor abad que me habia mandado los certificados del Liceo? precisamente los recibí con la carta que me escribias loco de contento por los exámenes.

—Sí, porque Alejandro, como te decia, por conducta y deberes, fué el mas distinguido del Liceo, en idiomas, religion, geografía universal y matemáticas; ahí tengo las copias de su diploma. Pero hay una cosa en que Alejandro no tiene rival.

—¿En qué, hijo mio?

—En la educacion de hombre, querida Elena; pues á sus diez y ocho años, tiene fuerzas hercúleas, y será muy capaz de quebrar todas las muelas al que

él plante una bofetada con buen deseo, tira el florete maravillosamente, y con frecuencia sus amigos le solicitan para asaltos de profesores, y en la pistola yo le he visto, muchas veces, poner cinco balas en el centro de la plancha. Si no fuera porque está dotado de un carácter tranquilo y pensador, Alejandro seria temible en un acto de violencia.

—¿Pero nada dices de mi Pablo? ¿Le quieren mucho, no es cierto?

—Nuestro Pablo, querida Elena, es tambien un muchacho de provecho, que adora á su hermano y lo respeta, tiene las simpatías de todos, con su carácter vivo y afectuoso : limeño en carne y hueso, ninguna cosa es suya, todo es de sus amigos, y si no fuera por Alejandro, que ha conseguido dominarlo, tendríamos en Paris un verdadero calavera con excelente corazon.

—¿Y ahora que has venido, quedan por supuesto con el señor abad?

—No, hija mia, M. Godin, vive con ellos aun, pero solo como un amigo de respeto; el tutor de Pablo es ahora Alejandro, él se cuida solo, pues ya merece esta confianza. Le he puesto en relacion con nuestro banquero de Lóndres, á quien se lo he presentado personalmente; él puede disponer de todo, porque tiene á su disposicion nuestros fondos totalmente, es decir, nuestras 600,000 £ de consolidados ingleses.

No pudo Elena contener sus lágrimas de satisfaccion en brazos de su esposo, al oir aquellas palabras que definian á la vez, la confianza del padre y la moralidad de un jóven de diez y ocho años.

—Pues, hijo mio, le dijo, yo te tengo dos noticias, una buena y otra mala, pésima, que te va á disgustar mucho.

— ¿Cuáles son, Elena?

— La primera, que he amparado á la viuda del finado coronel Genis y sus hijos, que murió en Arequipa, víctima, como Arístides, de la revolucion del año pasado, una familia que has de querer mucho.

— Esta noticia es magnífica, porque los desgraciados son y serán siempre de nuestra familia, ¿cuál es la otra?

— Que te encuentras otra vez de diputado á Congreso, y tú sabes el horror que tengo á que te mezcles en asuntos políticos, así es, Alejandro, que solo te pido, como gracia para un desgraciado, que no desempeñes ese cargo; prefiero que si Trujillo tiene necesidades locales de obras públicas, demos el dinero para que se hagan particularmente antes que tú vuelvas á pisar los umbrales del Congreso.

— Hija mia, contestó Alejandro, un ciudadano no puede renunciar, sin ofender á su pais, la confianza de sus compatriotas, no renunciaré la eleccion, pero tampoco asistiré al Congreso, haré venir á mi suplente excusándome de un modo decoroso.

— ¿Me lo prometes, Alejandro?

— Cuenta con mi palabra, querida Elena.

XXIV

VISITAS OFICIALES

Mientras que Asecaux y su esposa tenian estas explicaciones íntimas en las recámaras, los salones de la casa abundaban con la concurrencia de amigos, y ya Teresa no sabia cómo componerse para excusarlo con todos, cuando llegó una de sus chiquillas á meterla en mil apuros; Elenita, que, corriendo por el interior de los departamentos, habia visto á su padrino y le habia dado un beso. La inocente niña entró, pues al salon, corrió á las faldas de su madre y le dijo : — « Mamá, mi padrino me acaba de dar un beso. » Toda turbada Teresa, no pudo menos que decirla : — « entonces ya ha despertado, » — y luego, dirigiéndose á los amigos de Alejandro, les pidió permiso para anunciarle las visitas, y levantándose con la chiquilla, se fué al interior.

— ¿Sabes, Alejandro, le dijo, la diablura de esta muchacha? pues acaba de entrar en la cuadra con la noticia de que le habias dado un beso, lo que me ha precisado á salir del paso, rogando á esos señores que te esperen y diciéndoles que habrias despertado.

— Tanto mejor, Teresa, voy á ver á nuestros amigos, le contestó este, y tomando en sus brazos á Elenita, entró en el salon de recibo.

Antiguos condiscípulos, relacionados, compañeros políticos, amigos, colegas del foro y clientes de su estudio, ocupaban el salon. Pocos momentos despues vinieron Elena y Teresa, la conversacion se hizo entonces espansiva reinando la confianza.

— ¿ Sabe ya Alejandro su nombramiento por Trujillo? preguntó á Elena el doctor Perez.

— Sí señor, desde que llegó al Callao se lo dijeron.

— ¿ Así es que lo vamos á tener otra vez en las Cámaras?

— No lo sé, amigo mio; y dirigiéndose á su esposo le dijo : ¿Me pregunta el doctor Perez si irás otra vez á las Cámaras?

— No, querido amigo, no voy, ese es mi propósito, precisamente en julio me iré á Cañete, y en agosto á Ica; deseo mucho ver cómo se encuentran nuestros intereses despues de diez y ocho meses.

— A mas de que, agregó Elena, yo no estoy bien de salud y necesito mucho pasar con Alejandro esos meses en el campo ; alguna vez, amigo mio, se ha de preferir la mujer á la política.

Ante una mujer como Elena, que redondamente se ponia en contrapeso con la pátria, todos creyeron indelicado insistir mas; la conversacion siguió no obstante su curso, se habló de los millones despilfarrados, de la reaccion que invadia todas las esferas del Estado, de los negocios escandalosos, y en fin, se dijo, que, de todas las elecciones, la de Trujillo era la única como independencia y libertad electoral.

En esos momentos llegó un edecan de Gobierno.

— ¿El señor Asecaux? preguntó.

— Yo soy, caballero, tome V. asiento; contestó Alejandro.

— De parte de S. E., que reciba V. sus saludos por su feliz viaje y sus felicitaciones por su nombramiento en Trujillo.

— Caballero, dígnese V. decir á S. E. que le quedo muy reconocido por su atencion bondadosa, y agregó: ¿Goza S. E. de buena salud?

— Sí, señor, muy buena; y el edecan agregó: recibe diariamente en la casa del finado señor general Castilla, desde las ocho hasta las doce de la noche.

— Entonces, caballero, le hago á V. la súplica de indicar á S. E. que uno de estos dias tendré el honor de ir á saludarlo.

El edecan se retiró, pero cuando Tomás Fresco observó que habia salido, dijo:

— Estos pícaros, Alejandro, te mascan, pero no te tragan, bien habrian querido ellos te quedaras en Europa, pero como les has caido como una bomba, se apresuran á saludarte.

— Tú, Tomás, ves siempre las cosas por el peor lado.

— Eso no, mi doctor, dijo D. Agustin del Mazo; lo que dice el señor Fresco es la verdad, estoy cierto que ni habian soñado que V. fuera electo, y no estaba en su libro que V. viniese tan pronto.

— Pero creo que es de etiqueta oficial saludar con un edecan á todos los representantes, dijo un condiscípulo de Asecaux.

— Tanto peor, repuso Fresco, porque es una desvergüenza que tomen á este como á los de la sierra; si Perrosé queria verle ha podido aguardar á otro

dia, y hacerlo en persona, y no como con la muchedumbre.

— No, Tomás, el jefe del Estado es persona muy ocupada, en todas partes está dispensado de esas atenciones.

— Así es, tienes razon, Alejandro; agregó uno de sus amigos menos exaltado que Fresco.

En seguida llegó Edgardo Dátiles.

— ¡Alejandro! ¡querido Alejandro! le dijo dándole un abrazo.

— ¡Hola! ¡querido Edgardo! contestó este.

— Hijo mio, esta visita es doble, acabamos de saber tu llegada, y á la vez D. José y yo pensamos en saludarte.

— ¿Cuál D. José, Edgardo?

— ¡Ah! es cierto que, como vienes de afuera, ignoras seguraramente que los amigos íntimos del coronel Tabal le llamamos D. José por familiaridad.

— Mil gracias, Edgardo, te agradezco esta atencion, y de mi parte manifiesta al coronel Tabal todo mi reconocimiento.

— ¿Con que te han elegido por Trujillo? Lo supimos el mismo dia con mucha satisfaccion, porque tú no lo sabrás, el coronel Tabal tiene por tí muchísimas simpatías.

— Motivo mas, Edgardo, para mi estimacion; desgraciadamente no voy al Congreso, porque á Elena la he encontrado enferma, y los médicos le prescriben salir al campo, así es que pasaremos julio en Cañete y agosto en Ica, para ver tambien nuestros intereses; pero asistirá mi suplente, que creo es muy amigo del coronel Tabal.

— Siento mucho que no vayas al Congreso, Alejandro, porque el pais hace una pérdida con tu au-

sencia; pero al fin, yendo tu suplente tendremos siempre el voto de Trujillo.

— ¿Y cómo es, Edgardo, que has dejado la péñola del poeta por los intrincadas cosas de la política?

— ¡Qué quieres, Alejandro! relaciones antiguas, intríngulis; en fin, me voy á mi pesar, mis ocupaciones no me dejan un minuto.

— Adios, pues, Edgardito, le contestó Alejandro, tengo gusto de encontrarte bueno y en rumbo para el Olimpo; agregó riéndose Asecaux.

— Así, así, ya veremos; respondió con aplomo de político el poeta de otros tiempos.

« Señores, la mesa está servida, » se presentó á decir Norberto, á quien su patron no habia visto todavía.

— ¡Mi Norberto! mi amigo, mi compañero, ¡cómo no te he visto aun! exclamó Alejandro abrazando tiernamente á su criado.

— Señor, aquí estará siempre hasta la muerte su amante criado; contestó el pobre negro, abundando en lágrimas entre los brazos de su patron.

Como algunos amigos se prepararan á despedirse, creyéndose muchos en la casa, Elena se apresuró á decir:

— No, amigos mios, si VV. quieren á Alejandro, es preciso que coman con él, tenemos treinta y seis cubiertos, y no somos tantos en el salon.

— ¡Oh! por supuesto, repuso Alejandro, vamos á comer juntos y como siempre en familia; así, pues, á comer, mis amigos, mi casa es de todos.

Norberto, que era el jefe de la casa, habia convertido aquel dia, como era natural, en una verdadera fiesta, á la que se habia preparado desde que su se-

ñora recibió el telégrama de Paita, por consiguiente la comida mas soberbia, con los mejores vinos de la casa, fué servida en la vajilla de gran lujo, el comedor completamente iluminado, las flores por todas partes, y los criados en su puesto y de corbata blanca; aquel comedor era una verdadera sala de Versalles.

Dátiles entró lleno de júbilo en casa de su D. José, diciéndole :

— ¡Noticia gorda, señor, muy gorda!!

— ¿Cómo así, D. Edgardo? le preguntó el héroe del Norte.

— Fuí, pues, donde Asecaux, lo saludé á nombre de V. y entramos en materia, al fin me desembuchó sus propósitos, no asiste al Congreso, su señora está enferma, y van á pasar en Ica y Cañete desde junio hasta setiembre, y él mismo, con sumo candor, me ha indicado que llamemos al suplente.

— ¡Gracias á Dios!! contestó el coronel Tabal; la decision de ese caballero nos quita de encima muchas aprensiones.

— Hay que escribir esto, ahora mismo, á S. E.

— Póngale V., pues, una esquela.

En efecto, Dátiles puso dos letras, que firmó el coronel Tabal, en la que decia á S. E. no tuviera el menor cuidado por el diputado de Trujillo, único rojo elegido, pues su secretario, íntimo amigo de Asecaux, le habia convencido de que *ese partido* era el mejor.

Cuando S. E. recibió la carta, la puso en conocimiento del ministro de Gobierno, el cual dijo:

— Es precisa toda la habilidad de Dátiles para conseguir este triunfo, ¡ya se ve! ¡el doctor Asecaux debe haber cambiado mucho en sus ideas, al ver el órden y la legalidad en Europa!

— Es, sin embargo, una lástima, repuso S. E., porque ese doctor es un hombre de mucho talento.

— ¡Talento! exclamó el doctor Lopar; ¡para ser impío y enemigo de la Iglesia!

XXV

NI PANTEISTA NI DEISTA

No habia cesado, por espacio de cuatro meses, la señora Elena de hacer averiguaciones para descubrir donde se encontraria Magdalena, de indagar en todos los monasterios y beaterios de la capital, y habia escrito á Arequipa para saber si la pobre *Carosa* habia tomado en sus tribulaciones la resolucion de regresarse; todo fué siempre en vano, porque nadie sabia mas que los antecedentes hasta su viaje á Lima en enero anterior, en los buques de la « Armada. »

Hallábase la señora Elena en la mayor perplejidad, sin saber qué hacer con el dinero que le habia confiado Magdalena, cuando recibió su esposo el 24 de junio una carta concebida en estos términos :

« Muy estimado señor : Contando con la benevolencia y notoria caridad de su señora esposa, la ha elegido para su madrina de hábito mi confesada é hija de espíritu la hermana Magdalena Peñaranda, por motivos de conciencia, nombrada hasta hoy Bartola Longory, que era el nombre de su difunta madre. La ceremonia tendrá lugar el dia 30 del corriente,

á las diez de la mañana. Yo me permito dirigir á V. esta carta agregando mi humilde súplica. Con los debidos agradecimientos á la señora su esposa, me suscribo su atento capellan Q. B. S. M. Fr. Pedro Gual.»

Como Elena habia contado á su marido minuciosamente los incidentes relativos á Magdalena, este le hizo saber la carta. La sorpresa de la señora fué tan grande como satisfactoria, y en sus vivos deseos de verla, determinó ir personalmente á la siguiente mañana, acompañada con Teresa. Alejandro contestó el mismo dia la carta, manifestando al Padre Gual el contento de su esposa por tan interesante noticia, su aceptacion para la ceremonia, como el deseo de que todos los gastos fuesen hechos por su cuenta, y que con el fin de conmemorar la fiesta, ella dotaba á la hermana mas pobre y meritoria del beaterio, á juicio del sacerdote, para que tomara el hábito ese mismo dia, adjuntando con ese motivo los 1,500 pesos de la dote, 200 para los gastos y 300 para limosnas.

Lo que menos podia esperar el padre Gual, que tenia á Alejandro, poco menos ó algo mas que por impío, era semejante proceder, de modo que su novedad fué tan imprevista como habia sido la de la señora con su carta. Salió, pues, en el acto de su convento, se dirigió al Patrocinio, hizo llamar á la presidenta, y tomó todos los informes necesarios, de los que resultó ser la mas pobre y meritoria, la hermana Rosalía, huérfana de padre y madre, desde la edad de doce años y con trece de virtudes y buena conducta: la dote, le fué, pues, adjudicada, encargándose el religioso descalzo de obtener al siguiente dia, la partida de bautismo y la licencia del Provisor Eclesiástico.

Hechas todas las diligencias, el reverendo padre creyó deber suyo, dar cuenta personal del encargo confiado á su rectitud y conciencia, así es que, cerca de las tres de la tarde, hallándose Alejandro, Elena, Teresa y Esperanza, en íntima conversacion sobre el suceso que preocupaba á todos, vino un criado á anunciarles la presencia del padre Geral. Alejandro ordenó se le introdujera en la sala de etiqueta, rogando á Teresa y Esperanza le hicieran unos minutos de tertulia.

— Te ruego, Alejandro, le dijo Elena, seas muy afectuoso con el padre Gual, pues aunque tampoco le conozco personalmente, pero sé que es un hombre sumamente sensible y delicado.

— Pierde cuidado, Elena, voy á hablar con este padre la primera vez, pero ya verás cómo vamos á concluir como íntimos amigos.

Cuando el descalzo entró en el salon, lo primero que notó, fueron dos magníficos cuadros religiosos que eran el ornamento principal, uno que representaba la muerte de san Francisco, y el otro la resurreccion de Lázaro. — ¡Cosa rara! — dijo para sí, y agregó, « en esta casa hay caridad y creencias. »

No dejó de turbarse un poco el sacerdote, al ver que salian dos señoras á recibirle, faltando la presencia del señor Asecaux, y lo primero que se le ocurrió fué, que aquel se le excusaba.

— ¿Cuál de VV., mis señoras, es la señora Elena? preguntó el padre Gual.

— Ninguna, reverendo padre, contestó Teresa, pero Alejandro y Elena ruegan á V. los excuse solamente dos minutos, van á salir al momento.

— ¡Cuánto gusto me causa saberlo, mis señoras, porque precisamente vengo á darles cuenta de una

delicada confianza que me han hecho! y agregó, ¿y ustedes son de la familia? digo, si no soy indiscreto.

— Yo soy cuasi de la familia, porque me considero hermana de Elena desde que ambas fuimos novicias, hace veinte años, en el monasterio de Santa Clara.

— ¿Entonces son VV. las que fueron exclaustradas en 1848?

— Sí, señor, Elena y yo; la señora es la viuda del coronel Genis.

— ¿Del coronel que murió en Arequipa en la última revolucion?

— Sí, reverendo padre, repuso Esperanza.

— ¿Luego V. es la señora Esperanzá Genis?

— Sí, reverendo padre, volvió ella á decir. ¿Me conoce acaso su paternidad?

— No he tenido el gusto de conocer á V. anteriormente, mi señora, pero me alegro tanto mas de esto, cuanto que uno de estos dias debo ver ó escribir á usted, con relacion al finado coronel. ¿Dónde se le encuentra á V.?

— Vivo, mi reverendo padre, en una casa que me dá caritativamente la señora Elena, en la calle de la «Coca;» pero, si su paternidad gusta, aquí mismo puede verme ó escribirme, pues vengo todos los jueves á oir la misa de la señora en el oratorio de la sala.

— ¿En los oratorios solo debe celebrarse los dias festivos? replicó el reverendo padre.

— Así debia ser, pero el de esta casa tiene un breve con esa concesion especial, que Alejandro en persona pidió y obtuvo, el año pasado, en Roma.

El reverendo padre sacó su libro de notas y puso la siguiente:

«Casa del señor Asecaux: Oratorio de dos misas.

Lima, «Plazuela de san Marcelo,» breve especial, solicitado por el mismo señor.» En estos momentos Elena y Alejandro entraron en el salon.

— El señor Alejandro y su esposa, indicó Teresa al religioso.

— ¿Tenemos el honor de ver al reverendo padre Gual? le dijo Alejandro.

— ¿Y yo el de saludar al señor y señora de Asecaux? respondió el descalzo.

— Inmenso ha sido el júbilo que nos ha causado la estimable carta de su paternidad, para todos ha sido dia de fiesta el de ayer.

— Estos goces solo los concede la gracia de Dios á las almas caritativas.

— Nosotros, mi padre, solo hacemos nuestro deber, dijo entonces Elena, y lo único que siente Alejandro es que nuestros actos lleguen á conocimiento de otras personas, pero es seguramente por la indiscrecion de nuestros amigos los pobres.

— Es que hay actos que no pueden, mi señora, reservarse del todo, como el que VV. me han confiado, pero deben contar con mi cautela, la misma agraciada ignora la mano que la Providencia ha elegido para premiar sus virtudes.

— ¿Y quién es, mi reverendo padre, nuestra nueva amiga?

— Lo van VV. á saber; contestó el padre, sacando de la manga de su sayal una partida de bautismo y la licencia del provisor.

Alejandro leyó solamente la licencia.

— ¡Vaya una casualidad, Elena! esclamó, la agraciada se llama Rosalía Sarmiento.

— ¡Sí! ¿No sea hija del escribano Sarmiento?

— Precisamente, señora, repuso el padre Gual,

lea V. la partida de bautismo, y se convencerá que así es.

— ¡Oh, Alejandro! es una hija de Sarmiento, nacida en 1842, cinco años antes del fallecimiento de mi madre, y mas aun, bautizada por el cura Ariza.

— Hija mia, le contestó su esposo; lo que nos sucede debe convencernos mas de la justicia de Dios, y alentar en él nuestra fé para sus impenetrables designios: desde que perdonamos á nuestros enemigos, los hacemos nuestros hermanos, en este amor sincero comienza la verdadera caridad, porque, librándolos del dolor de habernos ofendido, damos á su alma el beneficio de la reconciliacion, y adquirimos, para la nuestra, la dulce y consolatoria tranquilidad de la vida.

Al oir estas palabras el reverendo descalzo, velado hasta entonces con la capilla del sayal, irguió la cabeza y dijo á Alejandro:

— Señor Asecaux, cuando me hablaron de V. la primera vez, me le presentaron por panteista; mas tarde, cuando leí sus discursos sobre libertad religiosa, me incliné á pensar fuese V. un terrible deista, pero si no me equivoco, ahora que he oido las doctrinas que V. inculca á su familia sobre la caridad puramente cristiana, le considero á V. todavía un creyente.

— Así es, mi reverendo padre, soy cristiano creyente.

— ¿Y cómo se combina, señor, que V. haya combatido el exclusivismo de su religion en su pátria, que es la de su esposa y de sus hijos?

Alejandro guardó un instante de silencio.

— Reverendo padre, le dijo, con voz muy tranquila, pero solemne; soy creyente desde la pila bau-

tismal, siempre lo he sido y lo seré hasta la hora postrera, mis hijos lo son, y lo serán tambien; porque para mí la revelacion es el maravilloso conjunto, hecho y escrito por Dios mismo en sus antiguos y nuevos libros, para explicar la naturaleza física y moral de cuanto existe, la esencia infinita de su poder, y sabiduría en la creacion del mundo, y su bondad inmensa, para crear al hombre en un principio, y purificarlo y regenerarlo mas tarde. Yo creo, mi padre, en la religion cristiana, con todos sus dogmas, moral y misterios, pero lo que no creo es (Alejandro examinaba en el sacerdote el efecto moral de sus palabras) lo que no creo, repito, es, que la Iglesia católica y su Gobierno hubieran podido existir diez y ocho siglos, en medio de tantos cataclismos de la conciencia humana, si el Primado del Sumo Pontífice no fuese tambien de institucion divina. Si he sostenido la libertad religiosa, en mi pais y de mis hijos, es, mi reverendo padre, porque yo, que he visto, en la historia sagrada y profana, nacer el cristianismo, reclamando la libertad, en medio del exclusivismo pagano, y desde niño obtenerla y vencerlo, sobre los seis mil años de idolatría que dominaban el mundo, nada puedo temer de otros cultos, ahora que le contemplo, grande y poderoso, robusto y fuerte, católico y universal.

— ¿Cómo es posible que V. piense que la coexistencia de otros cultos no sea perjudicial á sus creencias?

— No lo son, mi padre, ni al cristianismo, ni á mis creencias: así como por una ley física todos los cuerpos gravitan hácia su centro de atraccion, así las ideas y los sentimientos del género humano se dirigen á la moral; este es el camino marcado por la conciencia del hombre en todas las evoluciones periódicas de

su historia, y como el cristianismo es la sintesis mas perfecta de la moral social y religiosa, en él como en su centro de atraccion, gravitarán un dia todos los cultos, desde el budismo asiático al mahometismo oriental, como del cismatismo griego al protestantismo inglés; pero así como para la inmensa maravilla del sol, centro astronómico y padre de la naturaleza física, era indispensable la existencia de los planetas ó cuerpos opacos, así, mi querido señor Gual, para demostrar la infinita y divina grandeza del cristianismo, regenerador del hombre, era necesario que este, en sus delirios, imaginara otros cultos, que, como esos cuerpos, viniesen á recibir de nuestros Evangelios la luz y el calor que ellos esparcen, para mantener en el alma la llama inextinguible de la fé católica y en el corazon la vida y la esperanza de la existencia futura.

Cuando Alejandro, conmovido, terminaba con estas palabras su conversacion con el religioso descalzo, este, no queriendo ir mas lejos en una visita, se levantó y le dijo :

— Cuanto puedo decir á V., señor, es que hoy es tambien para mí un dia de felicidad, por haber hallado un creyente en lugar de un cismático.

El padre descalzo quiso entonces visitar el oratorio de Elena; esta lo condujo, y arrodillándose al entrar, consagró algunos instantes á la oracion, despues de los que se retiró, despidiéndose con efusion del hombre, á quien dos años antes la ignorancia de la muchedumbre, atizada por las pasiones políticas, habia querido convertir en víctima del fanatismo.

A la mañana siguiente Elena, Teresa y Esperanza se dirigieron á la iglesia del Patrocinio, con el propósito de visitar, despues de la misa, á Magdalena y

Rosalía; para Elena, la hija de Sarmiento era su hija, y para Teresa y Esperanza, la *Carosa* era su hermana, en vez de la mujer de la revolucion. El templo estaba completamente ocupado, era dia del Santísimo, y las tres tuvieron que colocarse al lado del comulgatorio : al momento de la eucaristía pudieron observar que se administraba á dos hermanas, una de las que era Magdalena, en quien la nueva vida de virtud, habia impreso la serena y dulce fisonomía de la paz y la tranquilidad del espíritu.

XXVI

LA RESTITUCION

— ¿Te acuerdas, Elena, de nuestro monasterio? le decia Teresa al pedir á la portera la llamada de la madre presidenta.

— ¡Ay! ¡hija mia! ¿cómo quieres que olvide dias que tengo impresos en el alma?

— Pero en los beaterios no es tan rigurosa la vida monástica, pues, entiendo que una persona puede dejar el retiro cualquier dia; dijo Esperanza.

— Así es, y en esto está todo el mérito; á mas de que, cuando se elige un confesor, como el padre Gual, los beaterios son el asilo de la vida.

La madre presidenta hizo llamar á las señoras al locutorio, salon de conversacion, sin los severos enrejados de los conventos.

Esperanza fué la primera que echó los brazos á Magdalena, llamándola « mi querida hermana, » en seguida Elena y Teresa la llenaron de caricias : la presidenta les presentó entonces á la hermana Rosalía.

— ¡Rosalía! exclamó Elena, abrazándola con ternura.

— Pero no seas egoista, le dijo Teresa, ¿por qué has de ser tú madrina de las dos? déjanos á lo menos á Rosalía.

— ¡Feliz idea! Yo le cedo mi lugar á Esperanza.

— Y yo lo recibo, repuso esta, con tanto mayor placer, cuanto que así marcaremos en nuestra vida un dia de felicidad.

— Como VV. gusten, mis señoras; contestó la superiora.

Quedó, pues, todo arreglado para el 30 de junio, y como era muy natural, despues de las cariñosas manifestaciones de Esperanza, Magdalena le preguntó por sus hijos.

— Mis hijos, Magdalena, han encontrado su felicidad en Elena; en fin, todos hemos hallado en ella nuestra Providencia.

— Ciertamente, repuso Magdalena, con la voz trémula y el semblante sonrosado por los recuerdos.

— ¡Pero cuánto ha mejorado V., Magdalena! le dijo Elena, con su habitual discrecion. ¿No es cierto, Esperanza?

— Así es, Elena, contestó esta, hoy encuentro á la señorita con una frescura y una pureza encantadoras.

Efectivamente, la vida apacible del claustro habia devuelto á Magdalena su hermosura primitiva: sus cabellos de oro rizados, su frente espaciosa y crespas pestañas, sus ojos verde-mar rasgados y expresivos, su nariz romana y graciosa boca, formaban un conjunto bello y simpático. Nada hay que opere mas pronto la correccion fisionómica de una mujer, como la calma que sucede á las agitaciones del espíritu; brillan entonces los rasgos superiores cubiertos por

las pasiones y aparece el disco de su perfeccion ideal, de cuyo fondo, como bajo el buril del diamantista, fulgura la piedra preciosa sus luces elementales.

Cerca del medio dia las señoras se despidieron del beaterio preocupadas, y sobre todo Esperanza, con las transformaciones que opera el sentimiento religioso, purificando las almas y derramando en el organismo su perfume celestial.

El 30 de junio tuvo lugar el hábito, el sacerdote descalzo ofició en la ceremonia en medio de una concurrencia de alta sociedad. Una banda militar solemnizó la fiesta, tocando las lindísimas árias de la «Lucía» y la «Traviata» á que puso fin la romanza de «Maria de Rubens.»

Varios jefes del ejército tuvieron aquella mañana un almuerzo en Amancaes, regresaban á las once y media, cuando al pasar por el Patrocinio, dijo uno de ellos, al que venia á su lado:

— ¿Esa banda, Federico, me parece de Junin?

— No es que parece, sino que es; mi banda es la única que toca esa romanza; no sé cómo haya venido sin mi órden; y volviendo el caballo hácia la calle del Patrocinio, se dirigió con sus compañeros al beaterio.

Allí desmontaron todos, Federico se dirigió al oficial que la conducia:

— ¿Con qué órden ha traido V. la banda, mi ayudante? le dijo con aspereza.

— De órden del inspector, mi coronel; contestó el oficial.

— ¿Y qué fiesta hay aquí?

— El hábito, mi coronel, de doña Magdalena Peñaranda.

— ¡Magdalena!! exclamó Alvaredo; ¡imposible! ¡no puede ser!

— Sí, mi coronel, ella es; dijo el oficial.

— ¡Ella! ¡mi querida Magdalena!

Temerosos de un escándalo, los otros jefes consiguieron hacer salir á Alvaredo de la iglesia, siguiendo todos el camino del cuartel de San Lázaro.

No hacia dos horas que las madrinas se encontraban reunidas en la casa de Alejandro, cuando un lego descalzo se presentó en la mampara principal. Teresa corrió del divan á la puerta, creyendo fuese algo consiguiente á la fiesta de la mañana.

Lo era en verdad.

— Solicíto, mis señoras, á la señora Esperanza Genis; dijo el lego.

— Yo soy, mi padre; contestó ella con sorpresa.

— De parte de mi reverendo padre guardian, conduzco este pliego, dígnese la señora devolverme el *sobre*.

— ¡Para mí! repuso confundida Esperanza.

— Sí, mi señora, para la señora Esperanza.

— Efectivamente es para mí; repitió leyendo el sobre y observando la nema del convento de Descalzos.

— Ahora recuerdo, le dijo Teresa, que el reverendo padre Gual te indicó, el dia que estuvo aquí, que debia verte sobre asuntos relacionados con Genis.

Al fin, Esperanza abrió el pliego, y devolvió *el sobre* maquinalmente al lego, que se retiró en seguida. Contenia la siguiente carta:

«Convento de Descalzos de N. S. P. San Francisco.

«Lima, á 30 de junio de 1868.

«Muy señora mia: Una persona de conciencia que habia contraido una deuda con su finado esposo, hace á V., por mi conducto, la presente restitucion de

12,000 soles. Dígnese recibirla, convencida de que el acto es justo, y se verifica por el sacramento de la Penitencia.—B. S. M. S. A. capellan.

«Fr. P. Gual.»

Esperanza se echó á discurrir sobre el orígen de este dinero, cuya procedencia Elena comprendió al momento, guardando suma discrecion.

— Francamente, dijo Esperanza, no puedo ni presumir de donde venga este dinero, el pobre Genis no tuvo nunca 12,000 soles.

— Dime, Elena, ¿has devuelto tú el dinero de Magdalena? preguntó Teresa con la mayor inocencia.

— ¡De Magdalena!! exclamó Esperanza, dejando caer en sus faldas los billetes de Banco.

— ¡Oh! esto no es de Magdalena, contestó Elena con firmeza, toma Teresa mis llaves, abre el tercer cajon de mi escritorio y trae los papeles que allí encuentres.

Teresa fué y regresó con los vales y billetes.

— ¿Ya ves, Esperanza? ¡este es el dinero de que habla Teresa!

— Si este dinero me viniera de Magdalena, nunca, jamás lo recibiria; repuso ella sin poder contener sus lágrimas.

— Entonces, hija, Dios te lo envia; dijo Teresa, y como viene por manos del padre Gual, no tengas escrúpulo, guárdalo para tus hijos.

— ¡Si Dios me lo envia, gracias á Dios! contestó Esperanza con manifiesto candor.

Ocho dias despues, D. Joaquin de la Puente presentó á la señora Asecaux, una carta de Magdalena, con data de 30 de junio, en que le autorizaba á recibir

el depósito : la señora le entregó 8,000 soles en vales Perrosé, y 5,500 en billetes de Banco. Puente convirtió los vales en dinero en la Caja de crédito público, se dirigió á la sindicatura del Patrocinio y pagó los 1,500 soles de la dote de Magdalena, en seguida regresó á su almacen y asentó en sus libros de caja, la siguiente partida en el haber :

«Caja. 12,000 soles, devueltos por el reverendo padre Gual, anticipo hecho el 30 de junio, sin intereses.»

La penitente practicaba en amor de Dios ese acto de arrepentimiento, porque su confesor le habia dicho : «Hija mia; el daño que no se repara y la deuda que no se paga, si es posible al penitente, es un obstáculo invencible para la absolucion y la bienaventuranza; cede, pues, á la viuda y los huérfanos lo que has recibido, sin aprovechar mas que lo necesario para mantener tu arrepentimiento ; a Dios deja lo demás.»

La Carosa besó las manos del padre y contestó :

— ¡Sí, señor, á Dios! ¡nada mas que á Dios!!

XXVII

ASTROLOGÍA Y MAGNETISMO

El 27 de julio de 1868, existia aun en Lima, monsieur Paul d'Arcigny, ardiente partidario de la astrología combinada con el magnetismo lúcido de Deslon, discípulo de Mesmer: aquel dia los aficionados á las ideas de M. Paul, se reunieron en las habitaciones de este de la calle de Judíos, y por supuesto recayó la conversacion sobre la situacion política.

— Vamos á ver, M. Paul, dijo Washingthon Laflor, ¿qué dice V. del nuevo presidente?

— ¡Oh! señores mios, decir eso no es tan fácil, contestó M. Paul, seria necesario saber antes si las observaciones astrológicas son confirmadas por el magnetismo lúcido; además, nada es posible hacer, porque mi sonámbulo no está en casa.

— Pero, M. Paul, si V. quiere complacernos, nada le es mas fácil que hacerle venir de donde se halle; estos amigos, agregó Laflor, desean mucho convencerse de los *trabajos comparados*.

— Sí, señor Paul; si los *trabajos comparados* son

exactos, no dudaré mas de las doctrinas de V., repuso José Rivadeneira.

— Por mucho que el señor haga, jamás creeré en estos misterios; replicó Guillermo Prieto, agente de la « Fraternal. »

— ¿Entonces V. no cree que la muerte de Luis XVI, le fué predicha el 10 de mayo de 1774, el mismo dia de la muerte de su padre y de su advenimiento al trono de Francia, es decir, diez y nueve años antes? repuso á Prieto M. Duresne, viejo de sesenta años, caluroso creyente de los *trabajos comparados*.

— Puede ser, repuso Prieto con excepticismo, pero señor Duresne, en estas cosas soy como Santo Tomás, creo lo que veo.

— ¿Y si V. viera, creyera? le preguntó M. Paul, con entera conviccion.

— ¿Qué habia de hacer? ¡Creeria! ¡contra hechos no hay argumentos!

— Pues va V. á creer; contestó Paul, con tono muy solemne.

M. Paul se fué en seguida á su *reflector cóncavo*, ó *espéculo magnético*, se cruzó de brazos, y con la mirada firme en el punto céntrico, dijo :

« ¡Eranio, Eranio, de donde estés! ¡aquí! aquí! ¡aquí! »

Eranio se llamaba un jóven de catorce años, el mejor sonámbulo que M. Paul habia encontrado durante sus viajes.

— ¿Y dónde está Eranio? preguntó Prieto.

— No lo sé, pero, salvo el tiempo de la distancia, vendrá al instante, acabo de llamarle, contestó Paul.

— ¡Cosa singular! repuso su interlocutor, pues si Eranio viniera en efecto.....

— Entretanto, caballeros, dijo Paul, podremos comenzar las observaciones astrológicas, ¿quién de ustedes quiere escribir?

— Yo, yo, señor Paul; se apresuró á responder Prieto.

— Está bien; entonces, agregó, V., M. Duresne, confirmará las observaciones astronómicas.

Todos se quedaron en silencio: M. Paul, tomó de su consola un observatorio, se fué á su balcon y lo dirigió al sol, dos minutos despues dejó el instrumento y dijo á Laflor en secreto: — « apunte V. mi grado en la eclíptica del horizonte. » Laflor lo apuntó. En seguida, M. Duresne tomó el observatorio, se dirigió al mismo sitio, y á pocos momentos dijo tambien en secreto á Rivadeneira, el grado marcado por él. Confrontados los grados, dieron un resultado exacto, matemático, 26° 72', M. Paul sacó entonces una tabla astrológica y con ella en la mano, dijo á Prieto:

— ¿En qué dia ha tenido V. el mas grande pesar ó placer de su vida?

— Placer, ninguno; pero sí dolor, el 2 de agosto de 1862, en que murió mi padre.

M. Paul hizo luego una operacion aritmética, multiplicó 2,672 por 21,862, números reunidos de la eclíptica y de la fecha del dolor y obtuvo 58.425,264; dividió este resultado por los números reunidos del dia que se contaba, esto es, 271,868, y sacó por conclusion 2,140 dias. De esto, dijo entonces, hay que deducir un quinto y 87 de la eclíptica, ó sean 587 dias, por consiguiente quedan útiles 1,453 dias. Al momento dijo á Prieto:

— Apunte V., señor, este resultado, 1,453 dias; y dirigiéndose á M. Duresne, agregó: haga V. las ob-

servaciones barométricas, entretanto que yo obtengo el tema celeste, sobre la tabla astrológica.

— ¿Está V. listo? preguntó Paul á Duresne.

— Sí, dijo este, con una luna en la mano de poderoso aumento, para observar el ascenso ó descenso barométrico por imperceptible que fuera.

— Estoy en el 5° del zodiaco, ¡el signo boreal mas destructor! dijo M. Paul, con mucha melancolía.

— Tengo lluvia, fuerte lluvia.

— ¿A qué hora?

— A las siete de la noche.

— ¿Hasta qué hora?

— Hasta las tres de la mañana.

— Bien marcado? ¿Observa V. bien, M. Duresne?

— Perfectamente, ocho y tres de la mañana.

— Apunte V. señor Prieto; dijo M. Paul y dictó: 5° del zodiaco, ¡mi signo fatal! 8 de la hora y 7 de la lluvia, hacen 587!!

— Ya está; respondió Prieto.

— No hay mas que hacer, hemos terminado; contestó Paul, muy conmovido.

— ¿Y qué? preguntó Prieto con asombro.

— ¡Está claro! que siendo exacta la deduccion de la eclíptica, comparada con el signo boreal, la hora del mal tiempo y su duracion, si esto es confirmado magnéticamente, el nuevo presidente del Perú ni gobernará ni vivirá mas que 1,453 dias!! ¡Vendrán con su Gobierno los elementos sublevados! ¡los mares cubrirán á los pueblos! ¡se derribarán las ciudades y de sus ruinas saldrán las epidemias!! ¡Un descendiente de Roboan, se apoderará de la riqueza pública, y la miseria será general!!!

— ¡Pero falta la afirmacion magnética! dijo entonces Laflor.

— Y si no es exacta, el cálculo ha sido erróneo; agregó Rivadeneira.

— ¡Oh! no lo será, señores; Eranio sube ya por la escalera, viene á confirmarla, y á leerla en el porvenir; ¡cuidado, señores, con decirle nada!!

Efectivamente, el jóven Eranio se presentó en las habitaciones.

— ¿Dónde estabas, Eranio? le preguntó Paul.

— En la plazuela de Santa Ana, sentí el primer fluido; contestó simplemente el jóven tomando asiento entre los concurrentes.

M. Paul pasó solo á otra habitacion, pero no bien dejó la en que estaban sus amigos, Eranio fué sumergido, delante de todos, en un sueño profundo.

Cuando M. Paul regresó, le dijo:

— ¿Duermes, Eranio?

— ¡Sí, M. Paul!! contestó el jóven con un profundo suspiro.

— ¿Qué has visto en la calle? ¿Qué ves ahora mismo?

— Los preparativos de las fiestas; el jóven suspiró otra vez.

— ¿Conoces al coronel Tabal? ¿Sabes su signo boreal?

— ¡Lo he visto dos veces! ¡Nació en *Leo!* ¡quinto del Zodiaco!

— ¿Dónde está en este momento? ¿En qué calle?

— En el estudio del doctor Gelvas, calle del Correo.

— ¿Qué hace? ¿Le ves? ¿Qué color es el de su vestido?

— Escribe en un papel varios nombres, le veo, vestido negro.

— ¿Puedes leerlos? ¿ves bien claro?

— Sí; veo bien, puedo leer.

— Lee.

— Juan Francisco; — Gelvas; — Nerocis; — Roden Calciraga; — N. Barrecha; no dice mas; ahora dobla el papel, sale del estudio, va á la calle de Palacio, entra en Palacio.

— ¿Sabes tú la edad del coronel Tabal?

— ¡Sí, M. Paul, desgraciadamente! Eranio suspiró otra vez.

— ¿Cuántos dias ha vivido? ¿Puedes contarlos?

— 17,155 dias y once horas, nació el 17 de marzo de 1821 á las dos de la mañana.

— ¿Cuántas veces representa este número en la deduccion de la eclíptica?

— 29 veces y 135 dias, pero no, y ciento... treinta y.... dos dias.

— ¿Es decir?

— 587 dias por cada una.

— ¿Y qué haces con ellos, para leer el porvenir?

— Los voy á deducir de la resultante de la fecha de hoy.

— ¿Cuál ha sido? ¿La conoces? ¿puedes leerla en el papel que ha guardado el señor Prieto?

— 2,140 dias, exactos, los veo y los leo.

— ¿Cuánto tienes? ¿Cuál es tu resultado de la fecha de hoy?

— ¡1,453 dias!? Eranio no pudo continuar.

— ¿Qué fecha es esta? le preguntó M. Paul, descargando los fluidos magnéticos.

— ¡Esta es la vida que queda al coronel Tabal!! El jóven Eranio se ahogaba en medio del sonambulismo, M. Paul le despertó al fin.

— Señores, dijo entonces M. Paul á sus amigos;

¿han oido VV. el resultado del magnetismo lúcido? ¿Confirma ó no las observaciones horoscópicas? ¿Creen VV. ó no, en los *trabajos comparados?*

— Y, á V., M. Paul, ¿cuántos dias le quedan de vida? le preguntó sonriéndose el señor Prieto, que á pesar de haber visto, dudaba todavía.

— A mí, señor Prieto, segun mi horóscopo y la vision magnética de este jóven, solo me quedan 13 dias!!

— Pues si V. se muere el 9 de agosto próximo, entonces dejará V. en mí al mejor de sus creyentes, desde entonces podríamos contar un hecho.

¡¡El 9 de agosto de 1868 murió en Lima M. Paul d'Arcigny!!

Washingthon Laflor, José Rivadeneira y Guillermo Prieto, condujeron á la huesa los restos del astrólogo, del magnetizador y el espiritista.

¿A qué fatal accidente atribuir la muerte de M. Paul?

¿Habia algo de serio en sus *trabajados comparados?*

XXVIII

EL 2 DE AGOSTO

Al dia siguiente á estos *trabajos comparados* de M. Paul d'Arcigny, tuvo lugar el « Mensaje » de apertura del Congreso de 1868.

Surgió en la Cámara la inesperada duda de, si seria posible en cuatro dias, que iban á correr hasta el 2 de agosto, examinar todas las actas de las elecciones de presidente de la República, y uno de los diputados se atrevió á decir :

— « Señores : Es imposible, de todo punto imposible, sin dar al pais un grave escándalo, examinar en cuatro dias los documentos de ciento veinte colegios electorales de provincia, y mucho menos de 1,414 distritos parroquiales. Proroguemos los poderes del general Perrosé por treinta dias, mientras que el Congreso cumple, el primero, con las leyes; éste sacrificio es menor, que el de violar la Constitucion del Estado. Los Gobiernos que tienen este orígen marcan, en la historia, los períodos de las desgracias públicas. »

Grande sensacion causaron estas palabras, el Con-

greso estaba indeciso, no se sabia cómo salir de semejante situacion, cuando el doctor Naresa, una de las personas mas respetables del Senado, pidió la palabra y contestó :

« Señores : El pais tiene en la actualidad dos grandes necesidades, salir del régimen provisorio y establecer el régimen normal, es decir, recibir el poder del general Perrosé y trasmitirlo al coronel Tabal. Las grandes necesidades políticas afectan la salud pública , la existencia del pais, que es todo superior, á las instituciones, á los hombres y á las cosas ; todo lo que hagamos por la salud pública es sacrificio de pequeña significacion, comparado con los males que pueden sobrevenir. Ahora bien, señores, hemos aprobado en sesiones preparatorias todas las elecciones de la República, lo que está demostrado con nuestra presencia en el Congreso, por consiguiente están de hecho aprobados todos los actos de los colegios de provincia y de parroquia. ¿Qué es, pues, lo que nos resta para salvar el pais? Nuestro deber se reduce á formar un cuadro de los votos, llenemos esta simple tarea de unas cuantas horas, y nuestros procedimientos serán completos. Voluntad y patriotismo es lo único que necesitamos, y al Congreso le sobra patriotismo y voluntad. »

El doctor Naresa bajó de la tribuna en medio de frenéticos aplausos de sus colegas y de la barra. El pais iba á salvarse, la ley iba á cumplirse segun la voluntad del orador, y como la ley es muda y carece de oratoria para contestar á cuanto se dice y hace en su nombre, la ley se cumplió maravillosamente, y el 2 de agosto, despues de una operacion de simple aritmética, el general Perrosé recibió sus dimisorias, el régimen normal quedó establecido, el nuevo pre-

sidente proclamado, y nombrado el Consejo de ministros de la administracion inaugurada, compuesto del coronel Juan Francisco Tabal, el doctor Pedro Gelvas, el doctor L. Nerocis, el doctor J. A. Barrecha y el doctor Roden Calciraga, nombres que el sonámbulo de M. Paul habia leido el dia de las predicciones horóscopicas ¡de las terribles predicciones del porvenir!

El 2 de agosto se abrió la sesion á las diez de la mañana con el objeto de tomar juramento á los diputados ausentes de la sesion del 28 de julio y aumentar con esos votos la proclamacion del nuevo mandatario.

El secretario Parrales comenzó á llamar á los representantes y llegó por fin al de Trujillo, cuya eleccion de propietario y suplente estaba dias antes aprobada por unanimidad. Iba el doctor Saría á arrodillarse humildemente para jurar el fiel desempeño de su cargo, cuando de improviso apareció Alejandro Asecaux, con gran sorpresa de los que contaban con su inconcurrencia á la legislatura. El presidente ¡Ovideo no pudo hacer otra cosa que recibirle el juramento; Alejandro llamó entonces á su suplente y le dijo:

— Lleve V. este oficio á los secretarios y ocupe V. mi lugar; diga V. al coronel Tabal que este es el resultado de la visita de Dátiles el 17 de mayo y de su carta al general Perrosé; que no vendré al Congreso, mientras su Gobierno sea honrado, pero que si un dia me reclama el pais, aquí estaré para defender las leyes y el honor nacional.

Alejandro Asecaux habia recibido en Cañete, en la mañana del 31 de julio, una copia de la carta del coronel Tabal al general Perrosé, despues de la visita

de Edgardo Dátiles. La perfidia lo llenó de indignacion, mandó en el acto preparar sus caballos, y á las doce del mismo dia partió para Lima : llegó á las nueve de la mañana del 2 de agosto, y uno de sus amigos fué encargado de avisarle el momento preciso de los juramentos en la Cámara.

Despues que Asecaux prestó el juramento, muchos de sus amigos desearon conocer sus propósitos; él les dijo :

« Hago esto, porque ha de llegar un dia de arrancar aquí muchas máscaras y descubrir muchas úlceras; en ese dia la pátria querrá oir la verdad toda entera; yo se la diré, y quedará esculpido para siempre en la historia el nombre de todos los hombres de bien!! »

Aquella misma noche Alejandro regresó á Cañete.

FIN.

CUARTETOS AD HOC

CUARTETOS AD HOC

LA TRASMISION DEL MANDO

ENERO Y AGOSTO

A MI AMIGO D. JUAN MANUEL POLAR

EX-MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES

I.

Allá, en la plaza de toros,
El pueblo se divertia,
Cuando en la de armas habia
La de cristianos y moros.
¡Viva la Constitucion!
Gritaba el pueblo al partir,
Y la halló muerta al salir
De la toruna funcion.
Y el mismo que con furor
Aplaudió al primer espada,
Al ver la farsa cambiada,
Gritó: ¡Viva el dictador!

Y quedó el otro mandando,
Y el pueblo, como era justo,
Miraba, loco de gusto,
Esta trasmision de mando.
Y como es tan buen muchacho,
Volvió, al domingo siguiente,
A aplaudir al mas valiente
Torero en la plaza de Acho.
Y cuando en silla de plata
Gustaba el *otro* el poder,
Don Pedro se fué á comer
Los carneros de Chiguata.
¡Qué bien iba la funcion!
Pero ¡oh desgracia! se deja
El *otro* mirar la oreja,
Bajo la piel del leon,
Y hacen al pueblo crugir
Los que lo hicieron callar,
Y hacen al pobre bajar
Los que le hicieron subir.
Gritan unos: ¿Hasta cuándo
Se está cambiando la escena?
Y el pueblo dice: ¡Esta es buena!
¡Nueva trasmision de mando!
El *otro*, que en la bajada
Al subir nunca pensó,
De largar antes trató
Los dientes de la tajada.
Y puesta su tropa en fila,
Dijo: « Me como al que hable, »
Sin pensar que corta el sable,
A veces al que lo afila.
Y en sus cañones confiando,
Por una quinta se zampa....

Inútil.... se vió en la pampa
Nueva trasmision de mando.
  Y al punto dijo la gente
(Y no fué por ningun medro):
¡Señores, llegó Don Pedro!
¡Viva el vice-presidente!
  Del patriotismo la fragua
Por *este* estaba chispeando,
Y *aquel* iba ya pasando
La dictadura por agua.
  Y hubo entusiasmo y gaspacho,
Nochebuena, *agua de vida*,
Y luego la consabida
Funcion en la plaza de Acho.
  ¡Cuánta sonrisa de corte!
¡Cuánto saludo y abur!
Unos vencen en el Sur,
Otros vencen en el Norte.
  El vencido es un menguado,
Mesa limpia, nueva cara...
La política declara
Lo pasado sin pasado.
  Pero es tan fino el estambre
De la política urdiembre,
Que los triunfos de diciembre
Eran en enero fiambre.
  Y muchos en la maroma
Van dejando con cautela,
Asegurada una vela
Al nuevo viento que asoma.
  Y el santo de la funcion
Está (como aquel decia),
Tirado en la sacristía
Despues de la procesion.

Ayer su casa era un mundo :
¡Cuánta salida y entrada!
¡Cuánta sonrisa prestada!
Pero hoy... silencio profundo.
Ya no se miran las sombras,
Y de tanto traficar
Solo han venido á quedar
Las manchas en las alfombras.
La experiencia al mas certero
Puede enseñar á su costo,
Que se debe hacer agosto
De la cosecha de enero.
Hoy á ninguno le falta
Patriotismo singular,
Para gritar y gritar
¡Que viva, que viva Balta!
¡Que viva! y mientras resuena
Con gritos el escenario,
Digo yo desde el vestuario :
¡Dios te la depare buena!
Paz, progreso, bien y gloria,
Dale á la gente peruana,
Y bendígate mañana
En sus páginas la historia.
Bienestar de tí reciba
La pátria que tanto espera,
Pues lo mismo grita *¡muera!*
La boca que grita *¡viva!*

II.

¡Oh tú! ex-ministro Polar,
En estas cosas ya viejo,

Que por Tiabaya el Consejo
De Gobierno has de trocar;
  Allá cuando algun domingo,
Acabada ya la misa,
Te mudares la camisa
Despues de un baño de Tingo;
  Dile sin muchas homilias
A mi amigo y tu pariente,
Que mejor que presidente
Es ser buen pater-familias.
  Que en las épocas del trigo
El amigo es como el gato,
Si saca tajada, ingrato;
Si no la saca, enemigo.
  Que no se procura un puesto
Por afectuoso motivo,
Pues tiene mucho atractivo
El manjar del presupuesto.
  Que en una revolucion
Haber servido.... de escoba,
No cambia á Juan de la Coba
En el sabio Salomon :
  Que se gasta mas y mas,
Y al ver comida la pulpa,
Echa de fijo la culpa
El de adelante al de atrás.
  Que no es de sano consejo
Lo hecho desbaratar,
Pues á eso suelen llamar
Política de cangrejo.
  Que entre probar y probar
Se cambia en polvo el anís,
Y al diablo se va el pais
Entre andar y desandar.

Que como chicos de escuela,
Con el ando y el desando,
Al cabo vamos formando
De Penélope la tela.
Que no consiste el Gobierno
En dar á cada peruano,
Su partecilla de huano,
Pues el huano se va á un cuerno.
Que á fuerza de hacer el bien,
Y á fuerca de prosperar,
Nos vendremos á quedar
Con el *hueso* en la sarten.
Que cuando en rocas salientes
Las islas vengan á dar,
Entonces será el llorar
Y será el crugir de dientes.
Roguemos á santa Rita
Nos haga el gran beneficio
De dar á la pátria juicio,
Que muy bien lo necesita.
Por final este refran
De recordar no me arredro :
« A tí te lo digo, Pedro,
Pero entiéndelo tú, Juan. »

JUAN V. CAMACHO.

Lima, agosto 3 de 1868.

DESPEDIDA

DE ENRIQUE MEIGGS EN SU VIAJE A CHILE, DESPUES DE CONTRATAR LOS CAMINOS DE LA OROYA Y PUNO, EN SESENTA MILLONES DE PESOS.

¿Te vas? Con amor leal
A darte ansioso la mano
Corre todo fiel cristiano
Que vive en la capital.
No puede un hombre cual tú
Darse á tierra, mar ó viento,
Sin conmover al momento
Medio mundo en el Perú.
Y á fé que tienen razon,
Pues con solo haberte hablado,
Newton hubiera encontrado
Las leyes de la atraccion.
Tienes el *metal sonoro*,
Sabes *mojar* cuando llueve,
Y en el siglo diez y nueve
Se adora el Becerro de Oro.
Como el acero al iman
Y como la aguja al Norte,
Como moza de buen porte
A todo verbo galan;

Cual humilde girasol
La luz que dora los cerros,
Como la luna á los perros
Como á los cuervos el sol;
A todo bicho viviente
Atrae el firme y feliz[1]
Al pasar por la nariz
Su limpio metal luciente.
Y tú *bien sabes*, Enrique,
Que ante escollo tan sutil
No hay una barca entre mil
Que no pueda echarse á pique.
Dar y *dar* es tu divisa,
Y tú lo sabes tan bien,
Que eterna puso el desden
En tu boca una sonrisa.
Cuánto golilla arrogante,
Cuánto finchado marqués,
Cuánto sumiso al revés,
Cuánto altivo negociante;
Cuánta ufana juventud,
Cuánta hipócrita mamá
Que al mundo imponiendo está
Con máscara de virtud,
¡Verás tú sin rica enjalma
En limpio y mondo esqueleto,
Mostrando en su ruin objeto
Todo lo súcio del alma![2]
Sin contar como es verdad,
Que haces mucho y mucho bien,
¡Con cuán profundo desden

1. Mote de nuestra moneda.
2. Véase nuestro último párrafo de fojas 134, capítulo de las « Avispas. »

Verás tú la humanidad!
  Lo que al mundo causa pasmo,
Pues de cerca no lo toca,
Hará asomar á tu boca
La sonrisa del sarcasmo.

. . . . . .

  ¿Quién mira *del sol las fáculas*
Al través de un buen metal?
Solo con negro cristal
Se pueden notar sus máculas.
  Yo pido al Dios de bondad
Que la fortuna te sobre,
Porque sé que mas de un pobre
Vive de tu caridad.
  Y nadie llegó á tu cuarto,
Triste, afligido y hambriento,
Sin que saliera al momento
Consolado, alegre y harto.
  Si á veces la suerte ciega
Colma *al malo* con sus dones,
Y á los nobles corazones
Todo su favor les niega,
  Contigo justa, en verdad,
No erró esta vez su camino,
Pues rinde culto al divino
Fuego de la caridad.
  Si mañana en el deshecho
Temporal del mundo dás,
¿Quién te quitará jamás
El placer del bien que has hecho?
  ¿Ni quién la satisfaccion
Te quita de conocer
Sin máscara á la mujer,
Y sin disfraz al varon?

¡Feliz quien tiene en su centro
Tan vasta circunferencia
Y goza la complacencia
De ver el mundo por dentro!

JUAN V. CAMACHO.

Lima, abril 2 de 1871.

A los hombres y á la moral, de estas dos composiciones poéticas, fluidas, espirituales, verídicas y picantes, solo hay que agregar las dos palabras del Génesis:

« *Crescite et multiplicamini.* »

S. PRUVONENA.

INDICE

Capítulos.		Pagin.
	Prólogo	1
I.	La *Carosa* y la crisis	25
II.	Los israelitas	37
III.	Malos encuentros	50
IV.	Trabajos gubernativos	62
V.	Nunca es tarde para explicarse	79
VI.	El genio Yankee	87
VII.	Destino de la *Carosa*	99
VIII.	Sablazos	105
IX.	Las dos potencias	113
X.	Esperanza Genis	120
XI.	Las avispas	126
XII.	Cincinato	135
XIII.	La Salamanca en campaña	142
XIV.	La liquidacion de S. E	150
XV.	Ceremonias fúnebres	156
XVI.	Afiliacion de un dictador	167
XVII.	La precursora de la Valiente	174
XVIII.	La candidatura civil y sus oradores	185
XIX.	La candidatura oficial y los suyos	191
XX.	La sinagoga	199
XXI	Querer es poder	207
XXII.	¡Triunfamos!	219
XXIII.	Vuelta de viaje	221
XXIV.	Visitas oficiales	227
XXV.	Ni panteista ni deista	234
XXVI.	La restitucion	243
XXVII.	Astrología y magnetismo	249
XXVIII.	El 2 de agosto	256
	Cuartelos ad hoc. — La trasmision del mando	263
	Despedida	269

14473. — PARIS. — TIPOGRAFIA LAHURE.
Calle de Fleurus, 9.

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

WIDENER
SEP 1990

3 2044 010 530 517

SAL 7151.2.3

HARVARD COLLEGE
LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF
ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND
CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE
PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE, DECEMBER
MDCCCCVIII

FROM THE LIBRARY OF LUIS MONTT